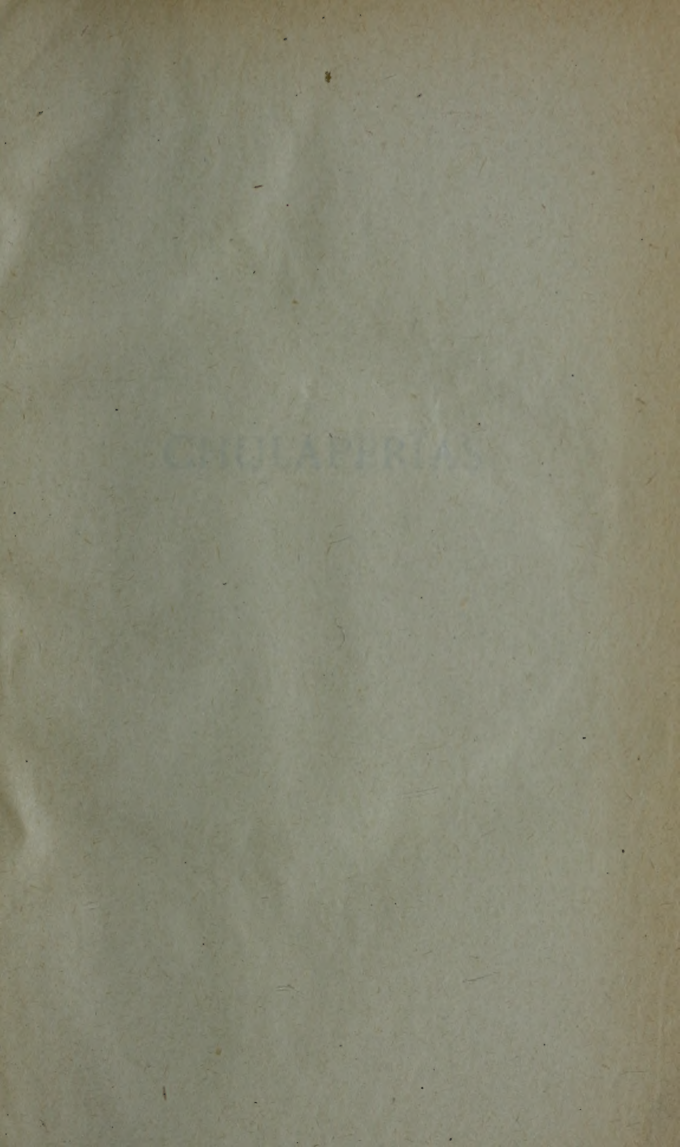

3 1761 09545155 5



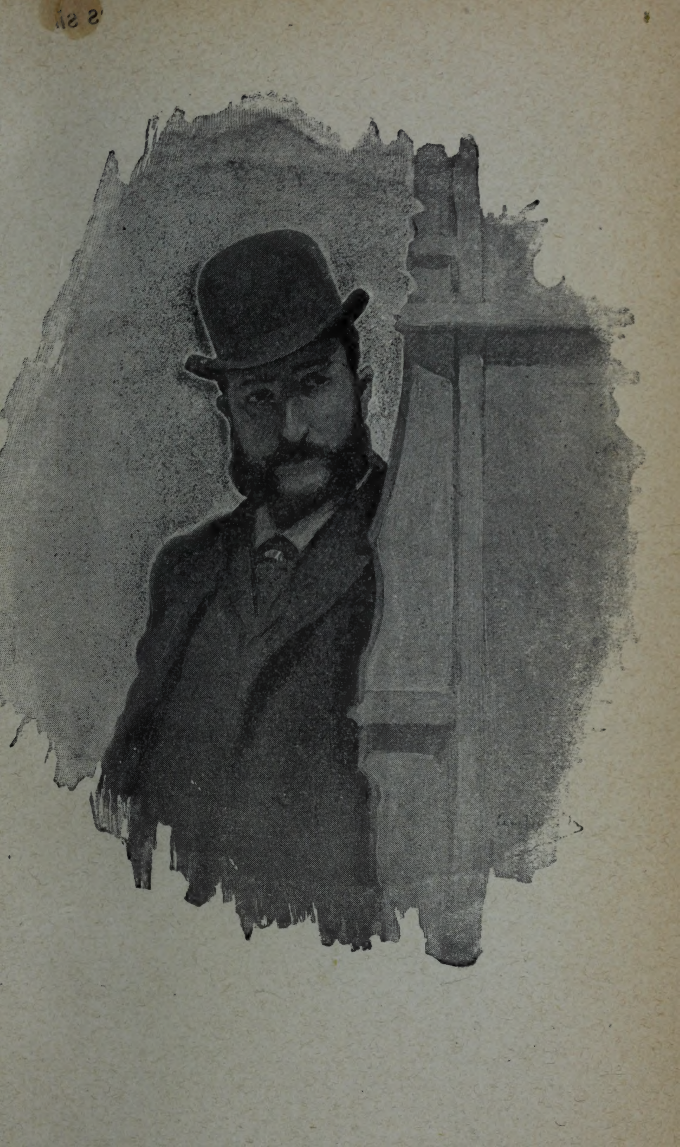




CHULAPERÍAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Migajas, colección de diálogos (2.ª edic.).	**3**	**ptas.**
Los barrios bajos, idem id. (6.ª edic.). .	**3**	»
Los Madriles, idem id. (3.ª edic.).	**3,50**	»
Gente de tufos, idem id.	**3,50**	»
La gente del pueblo, idem id.	**3,50**	»
Los Hijos de Madrid, idem id.	**3,50**	»



.8647c

J. LÓPEZ SILVA

CHULAPERÍAS

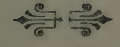
COLECCIÓN DE DIÁLOGOS EN VERSO

CON UN PRÓLOGO DE

DON MARIANO DE CAVIA

Y UN EPÍLOGO DE

DON JOAQUÍN DICENTA



MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
15, Puerta del Sol, 15
1914

306631

ES PROPIEDAD

Madrid, 1914.—Imprenta Española, Olivar, 8

Zaguán

Pórtico han dado en intitular á los prólogos, proemios ó prefacios de sus libros algunos eximios escritores, ni más ni menos que si, al trasponer semejantes umbrales y dinteles de papel, fuese el lector á encontrarse dentro del mismísimo templo de Palas Atenea.

De todo un peristilo labrado en puro mármol pentélico rodearía yo este Partenón del aticismo chulapo—cuyas genuinas sales madrileñas pueden dejar por sosas las demás del mundo;—pero ni yo tengo la menor semejanza con Fidias y Calícrates, ni

creo que López Silva, Aristófanes de nuestros barrios bajos, pretenda labores tan suntuosas para exornar por de fuera ésta que no nos ofrece sino como una especie de nueva casa de Tócame Roque, mansión y asilo, en corto recinto, de toda la «vida hablada» del Madrid del desgarro y el desgaire.

De plantón me pone López Silva á la entrada de su hormigueante y bulliciosa casa de vecindad, y todo se reduce—volviendo del revés la advertencia de marras—á que nadie pase por delante de la portería sin que le dé un poco de murga el remendón.

Por consiguiente, y aunque la palabra esté de moda, no hay *pórtico* que valga. ¡Bueno nos lo pondrían entre el *Chichín* y el *Tapioca* y los chicos de la Obdulia, y el perro de la trapera!... *Zaguán*, y gracias.

Remedando y remendando un conocido «cantable» de *Sueños de oro*, puedo decir al autor de CHULAPERÍAS:

Sus prometí un prefacio
y sus le vengo á dar,
aunque todo esto sea
cháchara de portal.

¡Ah! ¿Por qué me dejé arrancar, siendo yo tan gran adversario del prologueo profesional, aquella promesa preñada de peligros? ¡Manes de Cañete, acorredme!

¡Ah, Silva, Silva! No en vano llevas el apellido del implacable émulo de Hernani. Has hecho sonar la fatídica trompa (eso sí, más de tres veces, porque yo tengo algo averiada la de Eustaquio) y tu víctima no tiene ya más remedio que rendirse á discreción.

Escribir un proemio—así sea tan de mogollón como el presente—para el nuevo libro del autor de *Migajas* y *Los barrios bajos*, después del prólogo magistral que Jacinto Octavio Picón puso á *Los Madriles*, definiendo el carácter literario y «costumbrista» de López Silva con el más claro

criterio y la más persuasiva elocuencia, es empresa de tal temeridad que ya viene á rayar en el sacrificio. Pero no hay mal que por bien no venga, y á un glorioso sobrenombre tengo derecho desde hoy; porque esto, lector pacientísimo, es ser ¡el «héroe de Cascorro» de los prologuistas!

Procurando huir de la quema en lo posible, dije al autor de CHULAPERÍAS cuando me hizo sucumbir á su feroz «atraco» literario:

—Del mal, el menos. Principalmente para el público, nuestro dueño y señor. Voy á proponerle á usted un medio á guisa de transacción honrosa que ahorrará al lector el enojo de pasar por mis *cuatro vaciedades ó ligeras consideraciones*, como dijo un bizarro general en el Senado, anticipándose al lenguaje de algunos oradores de los que usted pinta.

—Usted dirá.

—Ya sabe usted, puesto que tiene el buen gusto de leer *El Imparcial*, que este cura, sin haber heredado el empleo que tenía el

inolvidable padre Laforga más allá de la Elipa, disfruta de muy buenas relaciones en «el otro mundo».

—¿Despacho tenemos?

—¿Por qué no? Harto más vale algo juicioso y sustancioso dicho por cuenta ajena que lo insustancial y rancio por cuenta propia. Me consta, sí, señor, me consta que hay por allá famosísimos ingenios españoles que se enorgullecerán de saludar en usted, valiéndose de mi cable misterioso, á uno de los de su casta y raza, de los de su abolengo y linaje; y á fe que más de cuatro á quienes por acá sufrimos, rabiarán de lo lindo al ver que de bóbilis bóbilis se encuentra usted con parentela tan gloriosa y tan buena casa solariega...

El autor de CHULAPERÍAS no me dejó proseguir; tachó de evasiva medrosa y no sé si hasta de vil subterfugio la que yo juzgué solución soberana, y se obstinó en su deseo, invocando—¡hasta con cierto temor supersticioso!—el clásico

dejemos en paz yacer
á los que con Dios están.

Pero ¡ah! que si López Silva es madrileño neto, yo soy neto aragonés, y mi testarudez ha de valerme. No haré hablar, por complacer buenamente ál amigo, á ninguno de los que en otros tiempos «le precedieron en el uso de la palabra»: de la palabra desenfadada, expresiva, maliciosa y jovial de nuestra plebe. Mas he de rendir el debido tributo al escritor, y creo que después de lo mucho, muy bueno y muy justo que acerca de su personalidad se ha dicho antes de ahora, el mejor modo de acertar en aquel homenaje consiste en hacer mías, para aplicar su significado á López Silva, ciertas frases muy gráficas y amenas, en las cuales hubo de formular nada menos que su *profesión de fe* uno de los críticos más sagaces, cultos y sinceros que ha tenido la España contemporánea.

José Ixart—que éste es el crítico á quien

ahora me honro en copiar y seguir—escribía diez años hace al frente de uno de sus libros:

«Se trataba del modo usado comúnmente para apreciar la aptitud artística y literaria que consiste en atribuir más valor del que tienen á cualidades ó defectos de segundo orden, desconociendo en cambio lo que vale ella en sí misma. Á este propósito citó un ilustre escritor que estaba presente una frase de Montalembert: «Para pronosticar la »suerte de un principiante no he tenido »nunca en cuenta sus yerros ó sus extra»víos. Lo primero es el talento; con él todo »lo demás puede remediarse. Sin él es vana »toda lección. El más hábil cocinero no »servirá nunca un *filete*... sin *filete;* en cam»bio la más torpe Maritornes hará con él »un plato nutritivo, por ahumado que esté »Lo que importa, pues, por encima de todo, »es tener el *filete.*» La frase fué para mí desde luego como troquel de donde salió acuñado con gran relieve mi opinión par-

ticular de toda la vida, hasta entonces blanda y borrosa. No hablé más y me metí el troquel en el bolsillo. Y sucedió que desde aquella hora he ido aplicándolo á todo. Vaya un ejemplo.»

Lo cita Ixart, diserta acerca de él con un su amigo, y entre otras varias cosas, naturalmente de mucho jugo y que están sangrando, añade:

«... Lo que la humanidad entera con sus semidioses lo hacen las diversas tribus en cada pequeño aduar con sus idolillos. Por cada mil hay, si no un genio, un talento genial; por tanta carne con hueso, un filete. Y como si lo comiéramos todos los días nos entretenemos discutiendo si está mejor ó peor guisado. Y no es esto lo notable, sino que llamamos filete á las piltrafas. Porque no crea usted que es tan fácil distinguirlo como parece á primera vista. Hay además del filete legítimo carne muy fresca y sazonada que lo parece, sin serlo; otra magra y correosa que los paladares

comunes toman por tal, sin serlo tampoco; un arte especial de guisar que da el sabor de filete al hígado ó adereza la salsa de modo que se puede servir filete... sin filete, contra lo que creía Montalembert. Gracias á tal arte los tragamos gordos, amigo. Y hay, por fin, filete crudo de primera calidad chorreando sangre, que siendo el mejor repugna al vulgo y aun á los mismos cocineros.»

Trata luego el malogrado crítico del arte de guisar el filete—¡materia vasta y discutida, si las hay!—hasta que concluye por decir: «Yo, por mi parte, en vista de tan contradictorias opiniones, de la escasez del filete bueno y de las detestables especias con que lo aderezan, acabo por exclamar para mí: ¡Viva el filete crudo y abajo las salsas!»

Aun yendo quizás contra mis propios intereses, pues tal vez sea yo de los de las salsas, hago mío el *filete*, digo, la opinión de Ixart.

Y aplicando el contenido de esta «profe-

sión de fe», estética, con vistas al fogón, al contenido de las CHULAPERÍAS, digo á todos los que hayan tenido la bondad y la paciencia de pararse en el *Zaguán* en donde López Silva me ha puesto de plantón:

—Pasen, pasen, señoras y caballeros. Adelante, adelante, que aquí á nadie se engaña. El casero no da gato por liebre, ni disfraza la falta de solomillo con salsas complicadas, guisos sabios, especias exóticas y condimentos sorprendentes. Sepan todos que López Silva sigue siendo de los del *filete*... Y para que no pierdan el tiempo en discutir si estará ó no estará á su respectivo gusto, éstos que lo quieren en salsa, aquéllos que lo prefieren á la parrilla, y los de más allá que lo apetecen fiambre, sépase también que el *filete* de José López Silva es tal cual lo pedía José Ixart: de primera calidad ¡y crudo!

No por eso carecen las CHULAPERÍAS de álgunos primorosos aderezos... Huertas, que también es de los del *filete*, ha enriquecido

el tomo con dibujos llenos de picante gracia y rigorosa exactitud. Joaquín Dicenta (¡buen *filete*, y chorreando sangre!) se ha encargado en el epílogo de que el lector «desengrase» de mi cháchara de portal, viendo de qué modo el que tan bella y valerosamente trazó en *Juan José* la tragedia plebeya, juzga al que en un sencillo diálogo traza todo un sainete, rebosante de espontánea agudeza, pintoresca exactitud y satírica intención.

Este libro no tiene más que un defecto: el introito. Pero hasta en eso ha de ser CHULAPERÍAS un libro eminentemente madrileño. La entrada en la villa suele ser desagradable, y luego ¡cómo toman el gusto á los pícaros y achulapados Madriles hasta los más refinados y exigentes cosmopolitas!... Y es que en Madrid, como en su López Silva, podrá no haber salsas raras y fatigosas, pero hay *filete* de verdad.

Mariano de Cávia.

VIAJEROS ILUSTRES

—¿De modo que este verano
qué es lo que piensas hacer?
—¡Vaya una pregunta! Dirme
fuera de Madriz.
—¡Tú!
—¡Qué!...
¿Te figuras, por si acaso,
que Carolino Chacel
se va á quedar en Madriz
estos dos meses ú tres
destilando aceite de hígado
de bacalao por la piel?
¡Eso se queda pa algunos
méndigos, que no tenéis
representación social,
ni ropa ni bisoñé;
¡pero pa mí!... ¡Yo quedarme!...

¡Primero pierdo la nuez!
Y no te creas que voy
á dirme á Carabanchel,
ni á Brunete, ni á Titulcia,
ni á Canillas, ni á Aranjuez;
yo voy á San Sebastián,
ú á Gijón ú á Santander,
¡ú pué que á Vichyn!
—¡No digo
que no, si te vas á pie!
—¡Buena gana de cansarse
mientras haiga sudo-exprés!
—¡Ah, vamos, irás entonces
en el *reservao!*
—¡Pue ser!
—¡Adiós, Fernán Núñez!
—Hombre,
soy un poco menos que él,
pero salgo.
—¡Tú qué concho
vas á salir, si no tiés
dos pesetas!
—¡Ay, qué gracia!
¡Pues si hubiera que tener
dinero pa dirse fuera,
no se marcharían seis
de ca ciento que se marchan!

—¿Tú qué sabes?
—Yo lo sé
porque he visto á más de dos,
y quizás á más de tres,
comiendo patatas huérfanas
too el año, por escasez
de recursos pecunarios,
y así de que llega el mes
de Julio con las calores
y se les corre la pez
por la funda del envase,
ya están agarrando el tren,
talmente como si fueran
de la *higa lif.* ¿Y eso qué es?
Que hay cincuenta martingalas
pa veraniar sin parné,
y sobre too, que muchismas
personas nacen de pies.
¿Por qué consigue de gratis
Trifino el de Peñafiel
los billetes, y se marcha
por ahí? Porque su mujer
le da el pecho por las noches
al sobrino de un marqués
hasta ver si le destetan.
—¿Pero la pagan?
—¡Y bien!

—¡Entonces valiente mérito!
—¡Qué mérito va á tener!
Na más que la suerte. ¡Cuántas
mujeres habrá que den
el tiple, si á mano viene,
y hasta el cuaduples, y pué
que tengan á sus maridos
como están en la sartén
las calandrias! ¡Con diznca!
—¡Me parece!
—¡Pues ahí tiés!
Y de eso hay muchos más casos
que fresas en Aranjuez.
¿Tú conoces á la Urbana?
—¡Pues no la he de conocer!
—Y sabrás, por consiguiente,
que vive con estrechez,
porque hay noches que hasta creo
que no cena.
—Ya lo sé.
—Bueno; pues yo me pregunto:
¿cómo se vá esta mujer
en segunda toos los años
á San Juan de no sé qué...
—De Luz.
—Y se está dos meses,
y pernozta en el hotel

mejor, y da más que hablar
que el Navarro Reverter?
—¡Qué sé yo!
—¿Cómo se arregla
pa salir ese cimbel
de Gómez, teniendo sólo
quinientos riales al mes
en la ofecina y pisando
con el contrafuerte?
—Pué
que lleve dietas.
—¡Llevaba!
¿Qué dietas va á llevar él?
¡Las que ha pasao en la vida,
que son varias! No le des
vueltas, hoy hasta los golfos
cambian de aires, Juan Manuel,
porque salir unos días
hace muy pequeño el pie.
¿Que no hay dinero? Se busca.
Pides, es un suponer,
pa enterrar á tu señora
(que te se muere una vez
tóos los años), y paz Cristi.
¿Que no encuentras quien te dé
ni un perro, porque se huele
la manteca del pastel?

Pues no te apuras; entonces
vas y quedas á deber
la casa, los comestibles,
la ropa y hasta el *col crem*,
si lo usas. ¿Que no te fían
el valor de un alfiler?
Pues vas y coges y empeñas
la Biblia Santa y amén.
Aquí la cuestión es dársela
de príncipe japonés
y salir, aunque el estómago
te se apene.
—¿Sí?
—¡Chipén!
—¿Y tú sales?
—¡No te digo!
—Pero ¿de veras?
—¡Á ver!
—¿Á puerto de mar?
—¡Es claro!
—¿Te bañarás?
—¿Yo, pa qué?
—Pa quitarte, por lo menos,
esa corteza que tiés
en el pescuezo, y supongo
que en las rodillas también.
—Hombre, mira... la corteza

me la ha dao Dios, Juan Manuel,
y yo á Dios nunca le enmiendo
la plana. ¿Sabes por qué?
Porque las cosas de arriba
ni tú ni yo somos quién
pa suzsanarlas. Suponte,
porque too pué suceder
dentro de la vida, que esta
naturaleza de buey
que tengo y este carázter
dulce y esta robustez
se deben á la corteza
de que estás hablando, bien
porque evita que penetren
por los poros de la piel
un porción de enfermedades,
ú por otra cualisquier
circustancia de las muchas
que concurren.
—Ya lo sé.
—Y que un día yo, pa dármela
de elegante, sin tener
gran nesecidaz realmente,
voy y me restrego bien
con potasa, porque de otra
manera no puede ser,
y que pa aclararme el cutis

me doy un baño después,
y que el cuerpo me lo extraña,
con mucha razón, y que
me se azdiere un paralisis
de esos que hay de mala ley,
y que de resultas tengo
que pasarme la vejez
en un catre, propiamente
como el general Weyler
se la está pasando en Cuba,
y que me aburro...

—Pero es
que á la vuelta de dos años
ya no te va á conocer
tu madre, porque pa entonces
te ha brotao musgo en la piel,
Carolino.

—No hagas caso.
—¡Hombre, creo que pa hacer
una oservación me sobra
franqueza!

—Y hasta pa diez;
pero estoy muy sastifecho
con mi manera de ser...
Yo no salgo por higiene,
porque pa lavarse bien,
con bajar al Manzanares

basta y sobra, Juan Manuel.
Yo salgo por elegancia
lo primero, y á la vez
por conveniencia.
—¡Mecachis!
—Y te voy á convencer:
Se esplica que no salgáis
en verano los que seis
artistas de habitaciones,
con negocios á granel,
porque ésta es la temporada
más lucida que tenéis;
pero ¿qué hago yo en Madriz
con dos relojes ú tres
que van á quedar, y pa eso
de níquel ú de dublé?
¿Qué cómo yo si me quedo
sin trabajo too este mes?
¡Chochas en vinagre! Y ahora,
tú, que llevas el quinqué
bien alumbrao, dí si debo
marcharme.
—¡No has de deber
Bajo ese punto de vista
comprendo que haces muy bien.
—¿Verdaz que sí?
—¡Ya lo creo!

—¿Tengo razón, Juan Manuel?
—¡Te se sale por la punta
de los dedos de los pies!



GENIO Y FIGURA...

—Pero, hombre, ¿qué te pasa, que parece
que hay que hacer rogativas pa que muevas
los labios desde ayer, y pa que pongas
la gaita en el estao en que se lleva
por regla general?

—Mira, Vitorio;
¿tú eres amigo mío?

—En esa idea

por lo menos estoy.
—¿Tú me conoces?
—Te conozco lo mismo que si hubiera
llevao tu propio ser en mis entrañas
doce meses, lo menos.
—¿Tú recuerdas
algún suceso grave que haiga sido
capaz de trastornarme la cabeza
desde que nos tratamos?
—No recuerdo.
—¿Tú carculas que tengo yo esperiencia?
—Ya no eres ningún niño, Sinforoso,
y á juzgar por la edaz debes tenerla.
—¿He corrido yo mundo?
—Cuando menos
no le has andao á paso de carreta.
—¿Distingo yo?
—¡Pa chasco que distingas!
—Pues yo, que soy un hombre en toda regla,
périto en los asuntos mundanales,
cansao de conocer las triquiñuelas
del llamao seso débil por algunos
que en su vida sabrán lo que se pescan;
yo, que he tratao desde que tengo el goce
de la razón, y no es de ayer la fecha,
un centenar, lo menos, de mujeres
de todas las calañas y raleas;

ardientes unas, reflesivas otras,
guapas las más, las menos pasaderas,
dulces como el arrope de la Mancha
las de aquí, las de allá perros de presa,
delicás de saluz, llenas de vida,
gordas, flacas, honrás y viceversa;
yo, que sé como pocos en el mundo
profundizar el pensamiento de ellas,
porque me ha puesto Dios un aparato
de cien bújias debajo de ca ceja,
y que me ha sido fácil el llenarlas
en sus gustos, caprichos y esigencias,
sin consentir jamás que se bajasen
haciendo indicaciones indireztas;
yo, que tengo esa práztica, que gozo
de ventajas tan grandes y diversas,
y que domino cuasi todo aquello
concerniente á las cosas de las hembras,
de tal modo que no hay quien me aventaje
ni dentro de Madriz ni en sus afueras,
estoy en este istante propiamente
lo mismo que un chiquillo de la escuela
por mor de una mocosa, que me ha vuelto
modorro de los pies á la cabeza.
—Sospecho de quién hablas.
—De la Irene.
De la Irene, de la única doncella

(perdona la espresión) que ha conseguido
tomarme el cutis y pisar mi cencia;
de esa mujer sin gratituz ni nada,
que debiendo besar donde se sienta
un hombre como yo, tan desprendido
que pone too lo suyo en manos de ella,
paga los beneficios que recibe
con el desdén más grande de la tierra,
sin que me haiga servido la pericia,
ni el tazto, ni el quinqué, ni la esperencia
pa dar con la razón, causa ú origen
de un proceder tan sucio como el de ella.
Tú conoces la historia.
—Sí.
—Tú sabes
que la he quitao de encima la miseria
y que la he retirao del periodismo
y de otras distraciones cuasi anejas
que si no dan provecho, lo que es honra...,
¡me río yo, Vitorio!
—¡Cualesquiera!
—Yo la metí en mi casa por su gusto,
teniendo que echar antes á la Petra
pa evitar rozamientos; yo la paso
tan buena mantención como á una reina,
pongo por comparanza; yo la visto
como puede vestir á la princesa

del *Caramán Chimay* el propio *Róchil*
cuando le llegue el turno de tenerla;
yo la he diznificao, temporalmente,
á los ojos del mundo, dando pruebas
de que pa mí no hay castas ni linajes
tratándose de hacer una obra buena...
y ¡ahí la tienes, Vitorio, sin embargo,
cuasi siempre morruda y descompuesta
con el que la ha sacao de la intemperie
pa llenarla de honores y finezas!
Cuando la miro gruñe como un perro;
cuando la hablo se calla, ó si contesta
lo hace con los extremos inferiores.
Si la toco por una concidencia
los pelos de la ropa, verbo en gracia,
se vuelve contra mí como una fiera,
y á todo esto yo, loco, me pregunto
sin poder tropezar con la respuesta:
¿No vive como quiere? Pues entonces
¿qué le ocurre? ¿qué busca? ¿qué desea?
—¿Quiés que yo te lo diga?
—Si lo sabes
ya lo creo que sí.
—Pues no te ofendas
y escucha el evangelio.
—Ya te escucho.
—Lo que le pasa, pa que tú lo sepas,

á la Irene, hoy en día, Sinforoso,
es... que tú ya has cumplido los cincuenta
va á hacer más de seis años; que la chica
pué pasar fácilmente por tu nieta;
que es guapa, que es baril, que tié la sangre
de fuego, como todas las morenas;
que has perdido en humor y en circustancias
al ganar en edaz y en esperiencia,
y que el tiempo destruye, y que ya debes
pensar en ir sentando la cabeza,
porque dice el refrán que el chocolate
no se hizo pa las mulas de colleras.
—¡Entoavía estoy útil pa el servicio
de las armas, en caso de una guerra!
—¡Según con quien tuvieses que batirte!
—¿Qué es eso de según? ¡Con cualesquiera!
—¡Te engaña el ardor bélico!
—¡Pa rato
hay corazón y táztica!
—¡Sí, juega,
que, si sigues jugando, verás cómo
te pone el enemigo en una de esas!

LOS COMPARSAS

A mi distinguido amigo Mariano Alsina.

—Poco más ó poco menos,
ocurrió de esta manera
la cuestión: Tú ya conoces
á Tomás, *el Medialengua*.
—Le conozco.
—Tú ya sabes
que á sucio y á sinvergüenza
no le ganan dos.
—Me costa.
—También es facil que sepas
que tié la sangre más mala
que un toro de Concha y Sierra,
y que vende por dos céntimos
á su madre como pueda.

—¡Claro está que sí!
—Corriento.
Pero lo que tú no llegas
á saber, porque á Dios gracias
nunca le has tratao de cerca,
es que le ocurre lo mismo
que á la torre de la iglesia
de Santa Cruz: que de puro
largo se le ve á cien leguas,
y que se la da á los tontos
de nación, pero no á menda.
—Contraite al asunto.
—Bueno.
Pues Tomás *el Medialengua*
y yo estábamos un poco
picaos por desaveniencias
ocurridas en el seno
de *El Arco de Iris,* ú sea
la comparsa de odaliscas
que presidía *el Malluendas,*
donde él era postulante
y yo cabo de panderas.
¡Na, si se mira bien! Una
disconformidaz de ideas
sobre el sitio donde habíamos
de dir á ensayar la orquesta.
Él se empeñaba en llevarnos

de hocicos á la trastienda
del despacho de bebidas
de Venceslao *el de Méntrida,*
porque le vale dos copas
ca parroquiano que lleva,
y yo quería que fuésemos
á casa de la Lorenza,
donde, como tú comprendes,
hay libertaz y franqueza
pa tocar too aquello que á uno
se le ponga en la sesera.
—Y sin molestar á nadie.
—No tan sólo no molestas,
sino que te dan las gracias
encima y hasta te osequian,
porque ella goza con eso,
Zenón.
—¡Á quién se lo cuentas!
¡Mia tú que habremos tocao
cosas en su casa de ella
siendo de la estudiantina
de *Los Siete Niños de Écija!*
—¡Y qué mujeres las que iban
á los ensayos! ¿Te acuerdas?
—¡Así se esmeraban todos
en la ejecución!
—¡Qué Usebia,

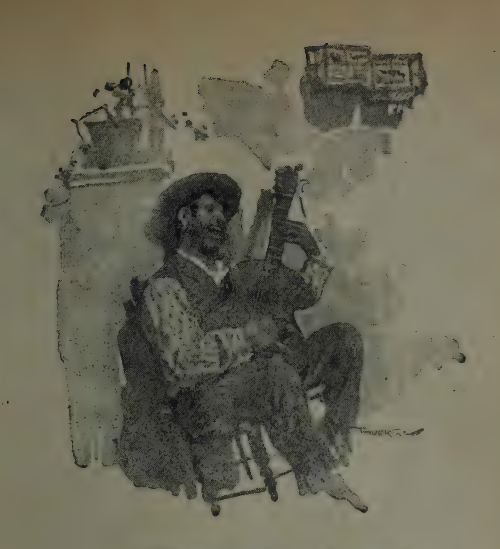
la del Pasaje de Murga,
chico!...
—¡Mia que estaba gruesa!
—¡Y qué formas que tenía!
—¡Y qué complaciente que era!
¡Y qué manos!
—¡Y qué boca!
—¡Y qué gitana!
—¡Y qué abierta
de carázter! Ya podías
gastar bromas con la Usebia,
que nunca le hacían daño
por muy pesadas que fueran.
—En cambio, quieres hoy día
tomarte cualquier franqueza
de buen género con una
que te se antoja que alterna,
y va y se atufa de pronto
y se vuelve y te contesta:
«¡Tóquese usté las narices
á ver si las tié usté frescas!»
—¡Y luego, si á mano vieno,
sabe Dios!
—¡Ese es mi tema!
—Hoy hay más hipogresía,
Zenón.
—Y menos vergüenza,

si cabe.
—Sí, porque entonces
parecía como que á ellas
les importaba una chufa
del decoro y la decencia,
por su genio, pero un día
te daba la ventolera
de marcharte del seguro
sin pedir antes licencia...
y tú ya sabes las veces
que te han lastimao la geta.
—Más de quince.
—¡Ya lo creo!
Y más de cien.
—Con la lengua
te dejaban que gastases
las bromas que tú quisieras,
porque les gustaba mucho
la cháchara, pero fuera
de eso...
—Lo contrario que ahora.
Ahora es todo filadelfia,
y mírame y no me toques
y orgullo y presopopeya...
¡y ves por ahí ca desgracia
de familia que Dios tiembla!
—Hay esceciones.
—Es claro

que las hay. ¡Lástima fuera!
—Sí, pero... en fin, al asunto.
Sigue.
—Pues que *El Medialengua*
se conoce que se dijo
al llegar Carnestolendas:
«Estos de *El Arco del Iris*
son unas tórtolas huérfanas,
y en cuanto que se distraigan
les tomo la cabellera».
Pero yo, que aunque hay algunos
como él que tienen la idea,
porque sí, de que me mamo
el pulgar de la derecha,
no me le mamo, á Dios gracias,
porque es una cosa fea,
le vide el martingaleo,
y le oservé con cautela,
y noté que en los tres días
sacó de mala manera
de lo de su postulancia
lo menos cuatro pesetas.
Yo me hice el tonto pa darle
la leción en toda regla,
y el Miércoles de Ceniza
me le cogí en la pradera
del Canal, cuando ya estábamos

alegres de la cabeza,
y delante de too el mundo,
pa no andarme con reservas,
le esclamé: «¡Tú eres un hijo
de mala familia, y piensas,
porque me has tomao por otro,
que los galápagos vuelan!»
Él tuvo á bien contestarme
dandome aquí, en la cadera,
con un ladrillo, y entonces
yo le segundé la idea;
la mitaz de la comparsa
vino y tomó mi defensa,
la otra mitaz fué y se puso
de parte del *Medialengua*,
y á los dos ó tres minutos
se armó allí tal trapatiesta
de palos, coces, mordiscos
y mamporros, que la juerga
de la unión republicana
fué un *tedéum* al lao de ella.
—Tú te ocecastes.
—¿Yo?
—Claro.
Tomás será lo que quiera,
pero no creo yo que haiga
ninguna persona seria

capaz de pringarse en una
porquería tan pequeña.
—¡Ay, qué gracia! ¡Vamos, hombre,
no salgas ahora con esas!
¡Si estoy yo cansao de hacerlo
y ya conozco el sistema,
conque pa que á mí me cuelen
sinvergüencerías de esas!
—¡Ah, tú también!...
—¡Y tú mismo!
—¡Toma, pues no que se juega!



COPLAS

Entorna los ojos
si no quieres verme,
pero déjame, niña, besar en tus labios
aunque me envenene.

—

No te burles de ella
porque haya caído;
nadie debe burlarse del ebrio
si le gusta el vino.

—

¡Qué buena vida te espera!
Ya tienes mujer bonita,
salud y poca vergüenza.

—

No presumas ni me digas:
—*De este agua no beberé,*
que he visto en el mundo cosas
más negritas que la pez.

—

Ya sé por qué gastas
calcetines negros:
porque de ese modo las manchas de tinta
se conocen menos.

—

El cuento de las escobas
con tus coplas me recuerdas;
tú también las das baratas...
¡tú también las robas hechas!

—

¡Anda y sablea á tu padre,
y no me vengas con gaitas
y trabaja, si te sale!

—

Mañana me estrenan
un drama en tres actos.
¡Quiera Dios que á mis buenos amigos
les parezca malo!

—

Madre, no te acongojes
al verme inútil,
porque á mi *comendante*
le han *dao* tres cruces.

—

Á un crítico dió la mano
tu confesor la otra tarde.
¡No se la beses, morena,
que puedes inficionarme!

—

¡Ay, madrecita del alma,
quién lo había de decir!
Ella está loca por otro...
y la quiero más que á ti.

—

¡Qué dientes tan blancos!
¡Qué boca tan fresca!
¡Qué carita de Virgen del Carmen.
¡Qué poca vergüenza!

—

¿Por qué te afliges, mujer,
si, más tarde ó más temprano,
tenía que suceder?

—

Dí que sí, gitana,
¡mira que estoy loco!

¡Pero tarda, mi vida, en decirlo,
que no quiero olvidarte tan pronto!

—

Lo mismo que con tus risas
pierdo el tino con tus lágrimas:
cuando ríes... me alborotas,
cuando lloras... me desarmas.

—

Vengo con un brazo menos,
pero no te apures, madre,
que en cambio me han *dao* las gracias...
y una cruz de treinta reales.

—

No llores más, que ya tengo
todo lo que me hace falta:
un beso tuyo, morena,
un maüser y una guitarra.

—

¡Míralos cómo se baten!
¡Qué hombrecitos más pequeños!
¡Qué corazones tan grandes!

UNA ADQUISICION

—¿No sabes que me he echao novia?
—¿De qué quieres que lo sepa?
—Pues hombre, de que podías
haberme visto con ella
casualmente por la calle.
—Pues no te he visto; dispensa.
—Yo pensé que lo sabrías,
porque como hace ya cerca
de dos meses que entablemos
la fusión en toda regla,
cuasi siempre estamos juntos.
—¿Y qué tal persona es ella?
—¿De aspecto?
—Claro.
—¡Pero, hombre,

si debes de conocerla!
—¡No sé de qué!
—Do cuando íbamos
al callejón de las Velas
al baile aquel que llamaban
del *Tersícore.*
—Es que pueda
ser que sí que la conozca.
—¡Natural! ¿No te recuerdas
de una chica que la dicen
Reimunda la *Chapucera,*
que tié un puesto de taránganas,
menudos y gallinejas
á la salida del Rastro
tirándose á mano izquierda,
y que estuvo pa casarse
del too con Pepe *el Mollejas?*
—¿Es una que va de claro
cuasi siempre?
—No tié regla;
va de claro y va de oscuro
según cómo caen las pesas.
—No me recuerdo.
—Pues mira,
es una chica morena
con una mata de pelo
como la mora de negra,

¡con cá ojazo y cá carrillo
y cá forma y cá cadera,
y con unas simpatías
y un aquél y unas maneras...
que hace falta ser de corcho
pa no hincar el pico al verla!
—¡No te tiras á lo feo,
Licinio!
—¡Lástima fuera
que después de tantos años
de conocer á las hembras
y de alternar con too Cristo
y de dir de ceca en meca,
fueses á poner tus miras
en un escuerzo cualquiera!
—Eso es verdad.
—¡Pocas gracias!
Cuando eres joven y empiezas
á dar vuelos por el mundo
motur propio; cuando llevas
un estómago de bronce
que azmite too lo que le echan,
verbo en gracia, igual que torno
de inclusa ú que faldriquera
de concejal inesperto,
y cuando no te hacen mella
las eruciones cutanias,

ni los golpes, ni las juergas,
ni las bebidas alcohólicas,
ni las legumbres histéricas,
ni los cambios amosféricos,
ni los desengaños de ellas,
ni na en este mundo, entonces
pa ti no hay guapas ni feas,
ni señoritas, ni chulas,
ni casadas, ni solteras;
pa ti no hay más que mujeres,
que te atontan y te ciegan,
y te parecen hurises
hasta los mozos de cuerda.
Pero á cierta edad, los hombres
tien, Paco, sus desigencias,
y pa que se encalabrinen
es necesario que sea
la mujer una Cibeles,
más bien más que menos.
—Y ésa,
por lo que aquí se deduce,
llena tu ojezto.
—Le llena,
porque además de bonita
y de graciosa y de gruesa
es maznánima, ¿comprendes?
y no admite que carezga

de na de lo necesario
el hombre que hable con ella.
Es decir, que á ti de pronto
te hace falta, si se tercia,
bien un par de calzoncillos,
ó bien una camiseta,
ó bien pa dir á por una
cajetilla de cuarenta,
pues tiés ahí á la muchacha
que no sé cómo se arregla,
pero va y te lo conoce
y lo sufraga, aunque sepa
que al obrar en esta forma
hiere tu delicadeza.
—Si la tengo.
—Es una pótesis;
pero ya entiendes la idea.
—¡No te has encontrao mal momio!
—¡Regular!
—Ahora no metas
la pata, como acostumbras
con todas las que te osequian,
y te dé un disgusto gordo
la familia.
—¿Cuál?
—La de ella.
—¡No hay cuidao por esa parte!

—¿Por qué?
—Porque es medio huérfana.
—¿Vive sola?
—Cuasi sola.
—¿No tié madre?
—La tié fuera.
—¿Dónde?
—En Alcalá de Henares,
por una mala querencia.
Cuestión de cinco ú seis años;
de modo que, hasta que vuelva,
tocante á trato me río
yo del menistro de Hacienda.
—¡Mia que tiés lo que se dice
vulgarmente!...
—No lo creas,
que anoche me armó un escándalo
de hora y pico la Teresa,
porque me vieron con la otra
unas conocidas de ella,
y como sabes que tienen
las mujeres esa lengua,
pues han ido y la han soltao
la noticia.
—¡Donde quiera
que hay mujeres ya se sabe

que siempre hay chismes!
—¡Y guerra!
—¡Y no sirve que te atufes!
—Ni sirve que le des vueltas,
porque así vienen al mundo
y así hay que cargar con ellas.



AL PIE DE LA OBRA

—Vamos, trae pa acá ese niño,
y siéntate aquí, en el suelo,
y ves calando la sopa...
¡Y no pongas ese gesto
de vinagre, que te he dicho
que me ataca de los nervios
el verte así! ¿Qué te ocurre?

¿Tiés algún dolor interno?
¡Mentira! ¿Te se ha perdido
la cosecha? No lo creo,
porque los que no tien granos
que sembrar, se libran de eso.
¿Te ha llamao alguno fea
por un por si acaso? ¡Menos!
Que no hay quien pueda llamártelo
si no es loco y está ciego.
Entonces, ¿por qué te vienes
con esa cara de perro,
y por qué le miras á uno
como si uno fuese un cero
á mano izquierda? ¡Miá, niña,
que te veo y no te veo,
porque estás un poco tonta
y yo voy cambiando el genio!
¿Es que te crees que has nacido
pa reina madre, lo menos,
y te se caen las veneras
porque comes en el suelo
con un arbañil? ¡Qué gracia!
¡Pues no está llorando!... ¡Bueno!
¡Vamos, hombre, si no fuese
mirando lo que te aprecio,
te daba así en las narices
con la tapa del puchero.

. . . .
. . . .

¡Pero cállate, preciosa,
y sécate esos dos huecos
que Dios te puso en la cara
pa trastornarme el celebro!
¿Por qué tiés tú que estar mustia,
gloria in excelsis el dedo,
si no hay quien tenga en Uropa
lo que tiés tú con tu Usebio?
¿Qué te falta á ti en la vida?
¡Dílo, para dir yo por ello!
¡Y habla, mujer, que si no hablas
te se va á oxidar el juego
y va á haber que colocarte
en la nuez un timbre elétrico!
¿Qué quieres? ¿Quieres canela
fina? ¡Pa qué quieres tú eso,
si te sale á borbotones
por las puntas de los dedos!
¿Quieres cariño y ternura?
¡Qué has de querer, si hay momentos
en que te pones hartiza
de tanto como te quiero!
¿Quieres más sastifaciones
ni más paz ni más sosiego
que el que tiés á todas horas

dentro del hogar doméstico?
¿Que sí? ¡Cállate, embustera,
y no quieras darme el queso,
que te se ve por los ojos
lo que llevas ahí adentro!
¡Qué has de pedir tú, si tienes
un hombre que es un modelo
de perfeción! Si no, ¿cuándo,
desde que nos conocemos,
has tenido que llamarme
borracho, ni mujeriego,
ni jugador, ni mal hombre,
ni sinvergüenza, ni cerdo?
¡Nunca en jamás de la vida!
Pesao y esigente, bueno;
pero pesao y esigente
me lo has llamao, no en conceto
de disgusto, sino en tono
como de agradecimiento.
¿Cuándo has llevao tú señales
amoratás en tu cuerpo
nacarao que no haigan sido
realizás en un arceso
de estimación? ¡Nunca! ¿Cuándo
te ha esigido á ti el deseo
cualquier antojo que no haiga
llenao siempre tu moreno?

¿Dónde has visto tú dos seres
que después de tanto tiempo
estén, pa el caso, lo propio
que el día que los uncieron?
Y no digas que vivimos
asimilaos hace medio,
ni uno ni dos, que en los años
que hace que nos englobemos
legalmente, por conduzto
del cura de San Lorenzo,
puede que otros estuvieran
tirándose de los pelos.
Y no como nos tiramos
tú y yo, pongo por ejemplo,
que el tirarse así es gastar
una broma de buen género,
sino dañándose el cutis
y perdiéndose el respeto.
¡Vamos! ¿Ves cómo te ríes?
¡Porque oyes el Evangelio!
¡Dices tú!... ¿No te da gusto
cuando cualquier caballero
de canoa se nos queda
mirando, como diciendo:
«¡Qué mujer tan rebonita
y que arbañil tan flamenco,
y qué plato de cocido

tan rico se están comiendo!
¡Quién fuera arbañil y pobre
pa ser tan feliz como ellos!...»
Y se va el hombre too triste
porque, aunque tenga dinero,
pué que le falte en el mundo
lo que nosotros tenemos:
dos corazones muy grandes,
un cuartito muy pequeño,
juventuz, calor, cariño,
y un angelito del cielo,
con mi alegría en sus ojos
y entre los labios tu fuego,
pa que mientras que nos viva
no se nos vaya el recuerdo...

....

Vamos, ¿lo ves? Con la cháchara
no he probao el alimento
y estoy como si me hubiese
metido un pavo en el cuerpo.
¿Eso qué prueba? ¿Que nada?...
Levántate ya del suelo
y recoge esa *vajilla,*
y tráele que le dé un beso...
y anda con Dios, envidiosa,
y no pongas ese gesto...

ECOS DEL GRAN MUNDO

Para descansar de sus penosas faenas artísticas, y en busca de alivio á sus dolencias, salió ayer en conducción ordinaria, para nuestras posesiones del Estrecho, donde pasará diez y seis años y un día, el reputado artífice Licinio Expósito, (a) *el Epiceno.*

¡Quiera Dios que las embalsamadas brisas del Mediterráneo afiancen la preciosa y quebrantada salud de nuestro queridísimo amigo!

***

Esta tarde á las dos ha recibido
sepultura cristiana
la digna compañera del insigne
cargador de pellejos *el Mandanga*
y del probo lacero de la Villa
Pelegrín Casarrubios, *el Tiñama.*

El duelo, presidido por un tío
carnal de la finada,
se despidió en el Puente de las Ventas.
¡Descanse en paz la virtuosa dama!

*
* *

Víctima de la peste bubónica, ha fallecido en Bombay, cuando aún estaba en los albores de la vida, la encantadora y angelical criatura Rosaurita Morato.

¡Reciban sus afligidos papás, los señores de Golfo-Alegre, la expresión de nuestro más sentido pésame!

*
* *

Anteayer dió á luz con toda felicidad un robusto infante la caritativa señora doña Sebastiana Regúlez, dueña del acreditado depósito de trapos y pan duro de la calle de Chopa, y ya se dice que han surgido serias dificultades para la inscripción del recién nacido en el Registro civil.

Esta especie, totalmente inexacta, que ha venido á recrudecer el dolor en que está sumida tan respetable amiga nuestra en los momentos

en que se conmemora el aniversario de la muerte de su esposo, ha producido indignación hondísima en los círculos del gran mundo.

¡Están muy altos los prestigios de doña Sebastiana Regúlez para que puedan ser mermados por un calumniador vulgar!

Digamos con nuestro gran pirotécnico: *Honni soit qui mal y pense.*

*
* *

Háblase con insistencia de una cuestión personal entre dos artistas eminentes, cuestión á la que han dado origen, según se asegura, ciertas expresiones ofensivas para las madres de ambos.

Teniendo en cuenta lo pueril del motivo y la calidad de las personas que intervienen en este asunto, espérase una solución tan satisfactoria como digna.

*
* *

Se da como segurísimo
que, examinando una faca
de muelles en cierta tienda
asilo muy frecuentada
por la gente de buen tono,

tuvo anoche la desgracia,
que lamentamos, de herirse
malamente, en una nalga,
el concienzudo peón
de mano Felipe Algarra.

*
* *

Ha sido pedida para el joven y ya notable bandurrista D. Jacobo Labraña, (a) *el Resentido*, la mano de la espiritual mondonguera doña Obdulia Domínguez, (a) *la Pujitos*.

La boda, que se celebrará en cuanto se verifique el bautizo del primogénito de los contrayentes, promete ser un acontecimiento.

*
* *

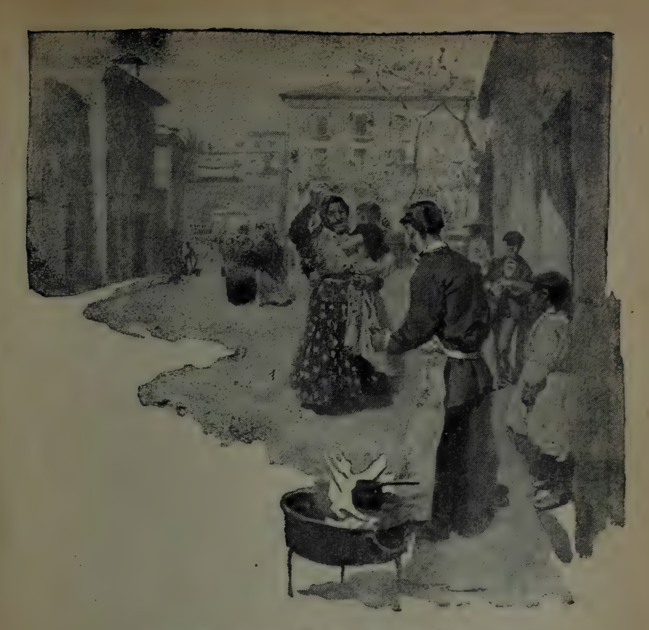
Nos complacemos en anunciar á nuestros lectores que ha sido nombrado socio correspondiente de la Noble Academia del Escalo, el conocido hombre público é integérrimo exconcejal de nuestro Ayuntamiento D. Aquilino Gorrínez.

Felicitamos de todas veras á la ilustre corporación por tan acertado nombramiento, en el que ha presidido la más estricta justicia.

*
* *

Con otra noticia triste,
de cuya veracidad
se nos responde, nos vemos
obligados á cerrar
esta crónica. Parece
que Rita *la Desahogá*,
la linajuda bollera
de la calle del Grafal,
cuyas reuniones íntimas
tanta popularidad
gozan hoy, está resuelta
muy seriamente á dejar
de recibir.
Convencidos,
como estamos, de que habrá
en el mundo aristocrático
quien vea en esto un *canard*,
antes por lo inverosímil
que por lo sensacional,
damos la noticia á título
de información nada mas.

MONIPODIO.



MONÓLOGO

Cuando un hombre que es muy hombre
sus lágrimas deja ver,
allá, en el fondo del alma,
¡qué penas debe tener!

I

Aquí me tienen ustedes
encerrao en una celda,
mordiéndome las entrañas

de coraje y de vergüenza
y vertiendo por los ojos
la bilis que me envenena
en lágrimas que parecen
de estaño por lo que queman.
¿Que por qué estoy en la cárcel?
¡Por ninguna cosa fea!
Porque quiso el que está arriba
ponerme fuego en las venas
y amor en el lao izquierdo,
y pundonor... ande sea.
¿Que cómo fué la desgracia?
¿Que ande pasó la ocurrencia?
Voy á decírselo á ustedes
si no me faltan las fuerzas,
que hay trances en que los hombres
tienen menos resistencia
que las mujeres, por duros
y por templaos que parezcan.

....

¿Lo ven ustedes? Ya tengo
las lágrimas á la puerta.
¡Cómo corren pa escaparse!
¡Qué amargas que son las perras!

II

Era un nido de palomas
mi guardillita trastera,
con sus paredes más blancas
que la nieve de la sierra;
llena de aroma y de música
que pa colmo de grandezas
nos daban dos jilguerillos
y un tiesto de hierbabuena.
Pues en aquella guardilla
de amores, que por lo cerca
que está del cielo, parece
gloria bendita; entre aquellas
cuatro paredes que guardan
mis suspiros á docenas,
vivíamos hace poco
los cuatro juntitos: ella,
mi Luisa, (¡Dios la perdone!)
con su cara de azucena,
causa de mis alegrías
y origen de mis tristezas;
la viejecita de mi alma
que se morirá de pena
sin tener nadie que cierre

sus ojos cuando se muera;
un angelito del cielo
rubio como las candelas
que Dios nos puso en el nido
pa no sentir la miseria,
y yo, el hombre más juicioso,
más bueno y con más vergüenza
de toda España, y ustedes
perdonen que me envanezca.

III

Pues ná; que una tarde estaba
yo muy tranquilo á la puerta
de mi taller, encolando
los tableros de una mesa
de planchao, cuando de pronto
vi de venir á la abuela
con el niño, calle arriba,
pálida como una muerta
y buscándome con ansias,
temblorosa y descompuesta.
Conque salí casi muerto
y cuando la tuve cerca,
¿qué es eso, madre?— la dije.

¿Se siente usté mala? Y ella
sin poder mover los labios,
contestó que no, por señas.
¿Es el niño? No, me dijo
moviendo así la cabeza.
¿Es qué...? y antes que acabara
sentí como si me hubieran
dao en mitaz de los sesos
con una maza de piedra;
miré asustao á mi madre;
vi en sus ojos la respuesta;
eché á correr cuesta abajo,
disparao como una flecha;
llegué á mi casa; subí
de dos brincos la escalera,
hice saltar á patadas
el cerrojo, y tan y mientras
que el cobarde aquel, buscando
su salvación en las tejas,
quiso Dios que se estrellara
de bruces contra la acera,
yo, ciego, loco, borracho,
metí mano á la herramienta...
¡y allí me quedé sin vida
porque se acabó la de ella!

IV

Lloré al ver desencajada
su carita de azucena
causa de mis alegrías
y origen de mis tristezas.
Sentí frío al ver su sangre
resbalando por aquellas
paredes mucho más blancas
que la nieve de la sierra,
y salí de allí frenético
buscando quien me prendiera...
y aquí me tienen ustedes
encerrao en una celda
mordiéndome las entrañas
de coraje y de vergüenza
y vertiendo por los ojos
la bilis que me envenena
en lágrimas que parecen
de estaño por lo que queman.

V

¿Que hice mal? ¡No me se importa,
ni lo siento ni me pesa!
Lo mismo haría cien veces

y cien mil que me ocurriera.
¿Que eso lo castiga el Código?
No entiendo de cosas de esas.
¿Que soy criminal? ¡Mentira!!
Tengo yo tanta conciencia
de mi honradez, que no quiero
ni abogao que me defienda,
ni perdón dao de limosna
ni juez que se compadezca.
Iré al banquillo mañana
seguro de mi inocencia,
con la verdaz en la boca,
con la mirada serena
y c n la frente tan limpia
como la lleve cualquiera;
y si al escuchar los jueces
el relato de mis penas,
y al saber que una arrastrada
mató de mala manera
mi felicidaz, que vale
más que cien vidas enteras,
hay uno que me condene
con arreglo á su conciencia...
¡ese no ha querido nunca
con fatigas á una hembra,
ni ha conocido á su madre,
ni sabe lo que es vergüenza!

EL TEATRO POR DENTRO

—¡Señora, le he dicho á usté
que no se puede pasar
al escenario! De modo
que tenga usté la bondad,
si es que quiere, de quitarse
de enmedio pa no estorbar.
—¡Ay, hijo, vaya unos humos!
¡Ni la fábrica del Gas!
¡Habrá venao!
—¡Mamá, cállate!
—No quiero.
—¡Por Dios, mamá!...
¡Que si te oye va á decirte
cualquiera barbaridad!
—Ties razón.......................
.................—Y diga usté,

¿no podríamos hablar
con el empresario?
—¡Tú,
López!
—¿Qué ocurre?
—Si vas
hacia el saloncillo pa algo
por una casualidad,
le dices a don Enrique
que le vienen á buscar
dos mujeres.
—¡Dos señoras!
—¡No le hagas caso, mamá,
porque hoy tienes mucha bilis
y la puedes ensuciar!
....
....
—Pasen ustés.
—Vamos.
—Anda,
y ten arte, Soledaz,
que dicen que este empresario
es muy duro de pelar.
....
....
—Muy buenas noches.
—Muy buenas.

—¿El señor de Arregui está?
—Servidor de ustedes.
—¡Gracias!
Salúdale, Soledaz.
—Buenas noches.
—Usté claro
que no me conocerá.
—No tengo ese gusto.
—Bueno,
pero pa el caso es igual.
Yo soy madre de esta joven,
y le vengo á molestar
á usté por si puede hacernos
un favor.
—Usté dirá.
—Nosotras hemos vivido
con la buena sociedaz
toda la vida, y en casa
no hubo estrechez en jamás,
porque el padre de la niña
fué seis años concejal
y estuvo en la comisión
de limpiezas y demás.
Puede que usté le conozca.
—Puede.
—Con seguridaz:

un tal Marránez.
—No caigo.
—¡Me extraña mucho, caray!
Bueno, pues en dos palabras:
él se acaba de casar,
porque al cabo de los años
nos ha salido un charrán,
y su mujer, que por cierto
tié dao muchismo que hablar
por algunas cosas feas,
que usté me dispensará
que me calle...
—Sí, señora.
—Por lamuchacha na más,
que lo que es por mí...
—Corriente,
siga usté.
—Pa no cansar,
que yo y la niña nos vemos
muchas veces apurás,
porque él se ha llamao Andaua
desde hace una temporá,
y como que yo no quiero,
porque soy muy especial
en mis cosas, que la niña
dé qué decir en jamás,
y como que usté ya sabe

lo que es la nesecidaz,
la he dicho: «Tú que tiés voz,
y que eres tan bien formá,
y que has visto tantas piezas
líricas y que, además,
cuasi dominas el piano,
te debías dedicar,
como otras, á la carrera
de las tablas y quizás
que sacases, con el tiempo,
más que algunas. ¿No es verdaz?
—Si toca el piano también...
—¡Un porción!
—¡Pero mamá!...
—¡Como que ha estao aprendiendo
cerca de un año! Lo cual
que, si no llega á quedarse
tan joven en la orfandaz,
puede que no le metiera
mano ni el mismo Malats
hoy en día. Por supuesto,
y de la voz no hay que hablar,
porque le han hecho la prueba
muchos músicos y están
asombraos, como quien dice,
de su registro central.
Yo no entiendo de estas cosas,

pero, en fin, algo tendrá
cuando tanto la ponderan
las personas ilustrás.
Lo mismo que de las formas...
¡como eso no hay cosa igual!
¿Conoce usté á la Cibeles?
—¿Yo? De vista nada más.
—Bueno, pues así es mi niña.
—¿De veras?
—¡Escoltural!
Tóquela usté.
—No hace falta.
—Sí, señor. ¡Ven, Soledaz!
Tengo yo gusto en que usté
la toque, porque las hay
que tienen las carnes fofas,
talmente como el cuajar
de una res. ¡Miste qué brazo!
¿Es mentira ó es verdaz?
Pues así tié too su cuerpo.
¡En eso no pué negar
que es mía! Naturalmente
que yo ya estoy desformá,
porque el trabajo y las penas
y el abandono y la edaz
á la misma diosa Venus
la ponen hecha un costal,

¡pero si usté me conoce
por una casualidaz
cuando era completamente
soltera, recién llegá
de Cádiz!...
—Bueno, señora,
yo me tengo que marchar,
de modo que diga usté
lo que quiere.
—Yo, na más
que usté contrate á la niña
siquiera esta temporá.
—¿De qué?
—Misté, don Enrique:
ella quiere debutar
de parte y hacer papeles
como la Bru y la Vidal
y la Pino y la Perales
y otras triples afamás;
pero ¿y si sale y se corta,
por una casualidaz,
y el público se la carga
y luego se ve tirá
por los suelos? ¡No, señor!
Lo que es por mi voluntaz...
que trabaje con el coro
si quiere, pa prencipiar,

y que pierda la vergüenza,
que luego tiempo tendrá
de ponerse, si hace méritos,
encima de las demás.
¿Tengo razón?
—Sí, señora.
—Vamos, ¿lo estás viendo ya?
Esta chica se figura
que too es coser y cantar.
—Bueno, pues vengan ustedes
mañana; la probarán
la voz, y si el maestro dice
que vale, se quedará.
—Muchas gracias.
—Buenas noches.
—Ven por aquí, Soledad.

....

....

¡Á ver, hija, si mañana
quedas algo regular,
que ya llevas siete pruebas
y de todas sales mal!
—¿Y qué quieres que yo le haga
si no sé?
—¡Pues condená!...
¡Fíjate bien en las triples
y haz lo que hacen las demás,

que cantan como galápagos
y ganan un dineral!
—¡Algunas!
—Claro que algunas.
¡Una y media de cá par!



PÓLVORA EN SALVAS

—¿Pero oyes lo que te dicen
ó eres muda, condenada?
Tú te has propuesto quemarme
la sangre, ¿verdaz? ¡Sí, calla
y cierra el pico, no sea
que te se entre alguna ráfaga

por la boca y te malogres
á principios de semana!
—(¡Temprano empieza la música!)
—Yo que tú, me colocaba
un burlete, que ya creo
que ha pasao la temporada
y dicen que lo colocan
á diez céntimos la vara.

....

¡Pero dí, morruda, que hay
que sacarte las palabras
lo mismo que á las botellas
de *Miau* y de Santa Bárbara
los corchos! ¿Es que la madre
que te llevó en sus entrañas
y que te puso en las venas
su sangre limpia y honrada...
es que la mujer que ha sido
toda su vida una esclava
pa darte la porquería
de educación que ahora gastas,
no merece que tú, ¡fiera!
que eres ya más antipática
que la farola que han puesto
en la Puerta del Sol, hagas
el favor de destaparte
las orejas una miaja

pa oirla? ¿Qué es lo que quieres?
¿Quieres que te eche una istancia
y que te la mande por
conduto de la Rial Casa?
¿Quieres que te hable por medio
de intérprete, verbo en gracia,
como si fueras el buey
de Túnez ú cosa análoga?
¿Dí, qué es lo que quieres?
—¡Madre!
—¡Taday, insinificancia,
que no te cruzo esa geta
que tienes de perro de aguas
por no pringarme la mano!
¡Gurrumino! ¡Sosa! ¡Chata!
—¿Tié usté mucha cuerda?
—¡Mucha!
—Pues guarde usté un par de varas,
porque un ñudo corredizo
nunca sobra en una casa,
y no se ponga usté lúgubre,
ni me dé usté la tabarra,
ni se ataque usté los nervios,
ni me saque usté las faltas
físicas á la vergüenza,
que con esa martingala
va usté á conseguir lo mismo,

talmente, que si llamara
con dos tejas á *Cachano,*
que es sordo como una tapia.
—¡No olvides que soy tu madre!
—¡Como si fuera usté el papa!
Si usté no quiere por buenas,
me caso con él por malas.
—¿De modo que no hay consejos
ni reflesiones que valgan
pa sacarte del camino
de perdición por donde andas?
—No lo sé, poro carculo
que es difícil que los haiga.
—¿Es decir que estás resuelta?
—No he visto cosa más clara.
—¿Sí?
—Las señas son mortales,
ya ve usté... ¡verde y con asas!...
—¡Piénsalo mucho!
—Las cosas
del querer no hay que pensarlas;
madre; la mujer que quiere
no piensa ni le hace falta.
—¡Mira que con ese bicho
vas á ser muy desgraciada!
—Sarna con gusto no pica.
—Pero molesta la sarna,

y aunque pienses otra cosa
tú has de ver cómo te rascas.
—Así estaré entretenida,
que ese trabajo no mata.
—¡Mira que esto que te dicen
es por tu bien!
—Muchas gracias.
—¡Mira que vas á perderte
si no sigues otra marcha.
—No faltará quien me busque,
de fijo, que las alhajas
de valor nunca se quedan
dos minutos extraviadas.
—¡Mira que ese hombre no vale
tres pesetas colunarias!
—Velay, pues yo no le cambio
ni por el Banco de España.
—¡Mira que no hay quien le saque
ni con pinzas de la tasca,
y que nunca se ve libre
de *merluzas* y *tajadas!*
—Dios le conserve ese gusto
muchos años, pa que no haiga
quien nos diga que tenemos
la alimentación tasada.
—¡Mira que va á acerte...
—¡Bueno!

—¡Mira tú que no trabaja!
—Con eso tié pa quererme
too el tiempo que le hace falta.
—¡Mira que es un pelagatos!
¡Mira que no tiene nada!
—Pa lo que yo nesecito,
con lo que tiene me basta!
Y además, sé yo ganarlo
pa él y pa mí, conque ¡pata!
—¡Isabel!
—¡Madre!
—¡Hija mía!...
Quítate las telarañas
que llevas en el celebro
y en los ojos y en el alma,
y mira en frío las cosas
y no des la campanada,
y despide á ese gandumbas
indizno de una muchacha
como eres tú, medio imbécil
pero hacendosa y honrada.
—¡No pue ser!
—¿Por qué?
—Primero,
porque no me da la gana,
y segundo...
—No contínues,

que con lo primero basta,
y quítate de delante,
¡sabandija! ¡descastada!
que has de morirte rabiando
como un perro.
—Si en las ánsias
de la muerte quiere el cielo
que él esté junto á mi cama
pa darme un adiós muy dulce
y clavarme una mirada
con esos ojazos negos
que me trastornan el alma,
¡me muero de gusto, madre,
y le doy á Dios las gracias!
—¡Ya te lo dirán de misas
cuando estés más descuidada!
(Se oye un silbido estridente.)
¡Ahí le tiés, burra de carga!
Veste con él.
—¡Muy á gusto!
Y oiga usté una cosa.
—¿Cuála?
—En el querer de las hembras
no meta usté nunca baza,
ni pierda tiempo y saliva
ni gaste pólvora en salvas,
porque á la mujer que quiere

por vez primera y con ganas...
¡ni el de arriba la doblega
con su poder!
—¡Vamos, calla!
—¿Usté no ha querido nunca?
¿Verdaz que sí?...
—Mujer... anda,
que está esperando.
—¡Adiós, madre!
—(¡Tié razón la condenada!)

LA AMISTAD

—Si son así los amigos,
reniego de la amistaz
y me quedo aislao, Tiburcio,
porque lo que es pa tratar
con hombres tan informales
como tu primo Pascual,
prefiero cincuenta veces
el ir solo.
—Pero ¿estás
seguro de lo que dices,
Rosauro?
—¡No lo he de estar!
Como que acaba de hacerme
la mayor indecentá
de mi vida.
—¡Puede!
—¡Toma!

—¡No lo creo!
—¡Me es igual!
—¡Yo sé cómo obra mi primo!
—Pues por el modo de obrar
he visto que es una especie
de automedonte.
—¡Será
que te ciegas!
—¿Que me ciego?
Bueno, pues oye y verás:
Hace como quince días
que estaba yo en el bazar
de la X, desaminando
con detención un bozal
pa la perra, cuando vide,
por una casualidaz,
en la seción de utensilios
culinarios á Pascual
ajustando, al parecer,
uno de esos chismes que hay
pa debatir huevos.
—Era
un regalo pa su ahijá
por la primer comunión.
—Bien, eso es de material.
El caso fué que al marcharse
de seguida de pagar,

pasó por mi lao sin verme
y yo le di por detrás
en la gorra, con ojecto
de que mirase, lo cual
que al volverse fué y me dijo:
—«¡Releñe, qué gordo estás!
¿Y en tu casa?
—Pues toos buenos.
¿Y en la tuya?
—Regular.
La chica nos tié aburridos
con las cosas de su edaz,
porque anda desde hace días
triste y escuchimizá.
—Eso es la falta de sangre
—Puede que sí.
—¡Natural!
. . . .
. . . .
—Pues chico, celebro el verte
porque te tengo que hablar
pa suplicarte que me hagas
un favor escecional.
—¡Si puedo!...
—¡Claro que puedes!
—Entonces tú me dirás.
—Pues la cosa es muy sencilla:

Se ha presentao concejal,
por nuestro destrito, un hombre
á quien tengo que ayudar
como si fuese mi padre,
por razones que sabrás
Dios mediante, y como tengo
la plena seguridaz
de que tú eres un amigo
de lo que no se usa ya,
tanto por lo caballero
como por lo servicial
y lo síncero, quisiera
que le fueses á votar.
—¿Y qué tal persona es él?
—¡Honrao á carta cabal!
No tié oficio, ni carrera,
ni dos pesetas ni na,
pero aunque el cargo es gratuito
quiere salir concejal
porque ciega por el pueblo
y por la moralidaz
del munecipio; de modo
que si sale, ya veras
qué gachó.
—¿Y á cómo paga
los votos?
—¿Quién, él? ¡Á na!

¿No acabo de referirte
que aspira á ser concejal
sin recursos pecunarios
y por gusto de encauzar
la azmenistración?
—Pues chico,
me tiés que disimular,
porque desde que nos dieron
el Sufragio universal,
que como sabe too el mundo
es una cosa sagrá,
yo quiero sacarle al voto
lo que le pueda sacar.
Es decir, que quince riales,
si los quiero, me los dan
por el candidato adizto.
De suerte que, en igualdaz
de circustancias, escuso
decir que puedes contar
el domingo con mi voto
y con diez ú doce más.
—Oye ¿pero hablas en serio?
—¡Pues hombre, cómo he hablar!
—¡Tú no me estimas, Rosauro!
—Sí que te estimo.
—Pues haz
el osequio de votarle

de gratis, que si le dan
el azta ni tú ni yo
nos quedamos sin chupar.
—¡Que no puedo!
—¡Que si puedes!
—¡Que á ti lo mismo te da!
—¡Que él no va á salir de apuros
por voto menos ú más!...»
Y entre promesas y escusas,
y trasteos de Pascual,
y quiebros de mi persona
pa que me dejara en paz,
y el uno que patatín,
y el otro que patatán...
resumen: que me entregué
como un lila, pa sacar
en consecuencia, por boca
de un agente eleztoral,
que le dieron por mi voto
y por tres ó cuatro más
noventa reales, dos brevas
y una copa de coñáz.
Ahora dí tú si me cabe
derecho pa renegar
y si obra nadie que tenga
decoro, como Pascual.
—¡Me estraña mucho en mi primo!

—¡Pues no te debe estrañar,
porque amistades como esas
no sabes tú cuántas hay!
¡Me han dao á mí los amigos
cá camelo y cá tostá
desde que vine á este mundo,
que yo entiendo!
—¿Sí?
—¡La mar!
Y si no, mira: Por causa
de Quintín *el Piticlán,*
tuve que desapartarme
de la pobre Trinidaz
en la luna de la miel,
que es cuando me quiso más.
—¿Y por qué?
—¡No me hagas que hable,
porque no me gusta hablar!
Al *Colindres* le dejé
la chaqueta de astrakán
pa poder ir á la boda
de su madre, pronto hará
cuatro meses, y no sólo
me la piznoró el charrán,
sino que vendió en seguida
la papeleta. ¿Quiés más?
El señor Luis, el pollero

de los *Mostenses,* que ya
sabes que es persona seria
y de posición social,
y que al menos por sus años,
ya que no por la amistaz
que nos une, cuasi estaba
obligao á ser formal,
vino á suplicarme el sábado
que le dejase llevar
á mi hermana la soltera
con varias personas más
pa que pasara un ratito
de espansión y de solaz
en el *Santo,* ya que yo
no era gustoso en bajar.
Acedí, recomendándole
muchisma formalidaz,
porque uno tié cierta práztica
y sabe como el que más
que es fácil hacer algún
esceso perjudicial
pa el cuerpo donde haiga vino,
juventuz y libertaz,
y el me contestó: —¡Rosauro!...
¡Diendo conmigo, bien va!
Bueno, pues fueron, y ¿sabes
lo que sucedió al final?

—No sé.
—Pues que el señor Luis,
con toda la seriedaz
que le dan sus muchas canas
y su posición social,
me la devolvió perdida
cuando vinieron de allá,
porque, según ella dice,
prencipiaron á abusar
de las muchas porquerías
que venden adulterás
en la pradera, que luego
se llenaron el costal
de escabeche de bonito,
de aceitunas aliñás
y de torraos, que después,
pa acabarlo de arreglar,
parece que la montaron
de seguida de almorzar
en un columpio, sabiendo
que eso siempre sienta mal,
y claro, con los vaivenes
y el calor y el mostagán,
se le resintió su estómago,
que es muy débil... y total:
treinta céntimos de greda
llevo consumidos ya

pa quitarle la grasaza
de la ropa, y además
la tengo desde aquel día
completamente tronzá.
¿Me asiste razón?
—Te asiste.
—¿Está eso bien?
—¡Qué ha de estar!
—¿Hay amistades erronias?
—¡Hombre, sí!
—Mira, Pascual:
¡vive con el ojo abierto
respetive á la amistaz,
que en el mundo, los amigos
que crées que te aprecian más,
como puedan reventarte
siempre te reventarán.
—¡Qué cosas dices, Rosauro!
—¡La chipendi!
—¡De too habrá!
—¡Yo lo he visto por los míos!...
y por los de los demás.



COSAS DE LA VIDA

I

—Y con ésta debes doce.
—Bueno, ¿quieres un recibo?

....

—Oye, tú.
—¿Qué?
—Mira, Paco;

francamente, como amigo
tuyo que soy, y como hombro
de concencia, te suplico
que declares en el azto,
delante de dos testigos
pa que coste, que no puedes
ni debes jugar conmigo
á na, porque ya está vista
tu insinificancia, chico.
Y si quiés que lo dejemos
no tengas reparo y dímelo,
porque me se parte el alma
de verte sudar el quilo.
—¿Quién, yo?...
—¡No te enfades, hombre,
que eso no es ningún delito!
Es que los que tenéis tanta
suerte con el mujerío,
generalmente en el juego
sus ponéis hasta fatídicos
inclusive. Ahí tiés mi caso:
yo le juego á Jesucristo
la respiración hoy día,
y la pierde, con ser hijo
de quien es, en menos tiempo
del que he tardao en decírtelo,
pero no iznoras en cambio

qué motes tan ofensivos
me azjudican por la pata
que tengo en los amoríos.
Y con razón; cá uno nace
pa su cosa, señor mío...
—Bueno, mira, barajea
y échate pa acá ese vino,
y guardate los consejos
y no te rasques conmigo,
porque es que, si por si acaso
me quieres tomar de pito,
ya sabes tú de qué forma
suele gastarlas Francisco
Lirón.
—Si vas á ofenderte,
pon debajo que no he dicho
na.
—Ya está puesto.
—Y dispensa.
Corta.
—Sal.
—Con tu permiso.
El dos de copas.
—Me encarta
con el tres.
—¡Milagro!
—El cinco

de oros.
—Pa ti.
—Las cuarenta,
y ya cuasi me he salido.
—¡Maldita siá!
—No blasfemies.
¡Arrastro!
—¡Los intestinos
quisiera yo que arrastraras
por el suelo!
—¿Pican?
—Chico,
paeces una vaca suiza.
¡Miá que tiés!...
—¿No te lo digo?

....

¿Sabes una cosa?
—¿Cuála?
—Que entre lo que yo te limpio,
cá vez que con el epítome
quieres alternar conmigo,
y entre lo que la Felipa
te chupa desde que *el Bizco*
te la cedió en usufruzto,
va pa dos años y pico,
á cambio de una bandurria
y un macho de perdiz tísico,

y entre lo que nesecitas
tú sólo pa el regadío
vinicultor de tu cuerpo,
que ocupa más que el Cerrillo
de los Angeles, carculo
que dentro de muy poquito
vas á estar como los restos
del glorioso San Isidro
de trasformao.
—Mientras tenga
saluz, humor y apetito
y una morena con cútis
queriendo como es debido,
y quien gane toos los días
pa el puchero y pa los vicios,
no te intrigues, porque puedo
que te suceda lo mismo
que al Corregidor de Almagro
con la chupa del vecino.
—¡Hombre, como no trabajas!...
—¿Y á ti qué te importa, primo?
¿No te pago cuando pierdo?
—Sí.
—¡Pues hemos concluído!
¡Conque continua jugando,
que estoy más quemao que un pisto
y yo te juego esta noche

el órgano digestivo!
—¡Por mí!...
—¡Roba!
—¡Veinte en bastos!
—¡Duro, y trae pa acá ese vino!
....

II

—¡Caballero, una limosna!
—Dios te ampare.
—¡Señorito!...
—¡Déjame en paz!
—¡Tan siquiera
pa ayuda de un panecillo,
que no he cenao entoavía
y estoy traspasao de frío!
—¿Por qué no te vas á casa?
—Señor, porque no he podido
juntar más que tres pesetas
y tengo que llevar cinco,
si no quiero que me pongan
el cuerpo como un chorizo.
—¿Cuántos años tienes!
—Ocho.

—¿Y tu madre?
—En un asilo.
—¿Y tu padre?
—Bueno, gracias.
—¿Pide también?
—Como ha sido
de buena familia, dice
que no le parece dizno.
—Pero ¿trabaja?
—No sabe,
ni tié tiempo el pobrecillo;
¿no ve usté que, como ocurre
que hace un invierno tan frío,
de día se está en la cama,
y luego al anochecido
sale á jugar á la brisca
ó al tute con un vecino?
Se cuida too lo que puede
por su mujer y por su hijo,
porque muriéndose, claro,
nos dejaba desvalidos.
—¡Valiente canalla!
—Miste,
yo no pensaba decirlo...
pero ¿verdaz, caballero,
que mi padre es un cochino?

Diàlogo triste.

—¡Pobrecillo Baldomero!
¡Que Dios le tenga allá arriba!
—¡Qué buena persona que era!
—¡De lo que ya no se estila!
Sacándonos á nosotros
y á tu padre y á mi chica
y á otras personalidades
raras... ¡él!
—Y que lo digas.
—Hombre tan serio en sus tratos
con la concencia tan limpia,
de sentimientos tan puros,
de educación tan destinta
de las demás, tan verídico,
tan ciego por la familia

y que fuese más amante
del trabajo no le había.
—Vamos contestes, Polonio,
por más de que algunos digan
que en Baldomero encontrabas
de todo como en botica.
—¿Quién lo ha dicho?
—No me acuerdo,
pero lo dicen.
—¡Envidias!
Claro es que el pobre muchacho
tuvo sus cosas en vida,
y que no llevaba siempre
la educación á la vista
de too el mundo, pero ¿esisten
seres perfeztos? ¡Mentira!
Y sobre too, ¿son sus faltas
de las que desacreditan
bien el nombre ú bien el crédito
del sujeto ú del artista?
¡Nunca!
—¡Contestes!
—¡Entonces!...
¿Que á veces no se podía
parar ni cinco segundos
á su lao? ¡Verdaz, Elías!
Las cosas, lo mismo malas

que buenas, hay que decirlas;
pero aquél era un defezto
físico, si bien se mira.
—Y más que defezto tema,
por comer lo que comía.
—¿Que aunque tiene aplicaciones
tan útiles y destintas
en el mundo el agua clara
llegó á tomarla ojeriza?
¡Mal hecho! Porque aun sabiéndose
que el abuso perjudica,
debe el hombre molestarse
siquiera cá quince días
un par de veces. Pero esto,
que Baldomero no hacía
por cortedaz de carázter
tanto como por desidia,
y el hecho de que el ciclismo,
la iglesia y la policía
le pareciesen tres cosas
inútiles y nocivas,
¿echan por tierra mi aserto?
—¿Tu cuálo dices?
—Decía
que, no estante de lo erronio
de sus ideas políticas,
era una persona honrada,

seria, noble, rezta, fina,
con el corazón de un niño,
con sentimientos de artista,
con diznidaz, con guapeza,
con coltura, con pericia
y...
—¡Contestes! No continues,
porque too lo que me digas
lo tengo grabao, Polonio.
—¡Qué lástima de hombre, Elías!
—¡Ya ves!
—¡Pobrecillo!
—¡Bueno;
vamos, calla y no te aflijas
así, que porque tú llores
no ha de volver á la vida!
—No, si es que me estoy sonando.
—¡Ah, pensé!...
....
—¡Miá que debía
de estar delicao el pobre!
¿Verdaz?
—Lo que es estos días
de seguro que llevaba
la saluz muy resentida.
Yo, cuando llegué á enterarme,
por boca de la Quintina,

de que se le hinchaba todo
su cuerpo de día en día,
y así de que entré en su casa
y le vide boca arriba,
relinchando, con aquella
color como de tiricia,
dije: «¡El pobre Baldomero
no está bien!»
—¿Y qué tendría?
Porque él antes de estar malo
no se quejaba.
—¡En la vida!
Pa mí es que cuando el asunto
de la calle de Torija,
como al hacer nuestros cárculos
tomemos mal las medidas
y nos sorprendió la ronda
dentro de la galería,
no nos quedó otro recurso
que colarnos más que aprisa
en la primer atarjea
que se nos vino á la vista
de repente, y se conoce
que al pobre, con la mijita
de miedo y la repuznancia
natural, y con el clima
que las materias fiscales

arman en la alcantarilla,
se le corrompió en el cuerpo
la sustancia consanguinia...
—Y lo de siempre: ¡otro mártir
del trabajo!
—¡Allí debían
de llevar á echar sermones
al *Niño Dios!*
—En seguida.
¡Como que su padre es tonto!

....

....

Y del entierro, ¿qué?
—Mira;
del entierro y de otras cosas
cuasi más entretenidas
tengo que hablarte despacio
y esta tarde llevo prisa,
porque me espera la Ulalia
en cá de la Basilisa
pa ir á que la reconozgan.
—¿Otra vez?
—Velay.
—¡Atiza!
Bueno, pues luego te espero.
—¿Dónde?
—Donde tú me digas.

—¿En el café de Minerva?
—No, porque allí va Fonfría,
el cabo de vegilancia
que ha pasao á la Latina,
y le debo decisiete
pesetas, y me tié tirria.
—Entonces en cá de Urrutia.
Tomaremos unas tintas
y te hablaré de un asunto
que tengo á la espetativa
y que pué que te convenga.
—¿Dónde?
—En una huevería.
—Bueno, pues hasta la noche.
—Oye, á ver si me haces birria.
—¡Qué te he de hacer!
—Bueno, escucha:
Lleva tabaco... y cerillas.



DIÁLOGO TRISTE

(CONCLUSIÓN)

—¿Qué quieres?
—Que me saquen un chupito
de Monóvar, á ver si me se quita
de una vez esta especie de tristeza
que siento en el estómago.
—Pues mira,

pide algo de comer.
—Luego, si es caso,
pediré, pa detrás, unas judías
estofadas.
—Con tal de que te sienten
mejor que al interfeto, por mí pídelas.
—Pierde cuidao, Polonio, que á Dios gracias,
tengo otra contestura muy destinta.
De manjar que penetre en mi persona
no hay quien logre jamás tener noticia.
—Me alegro por los dos. Y ahora, si quieres,
volvamos al ojezto de esta cita,
pero debo empezar por azvertirte
que has quedao como un macho del tranvía
con la pobre mujer de Baldomero
y con toos los demás de la familia.
—¿Yo? ¿Por qué?
—¿Que por qué? Porque no estante
de los varios afeztos que os unían
á ti y á nuestro amigo, que esté en gloria,
y de las relaciones tan continuas
que os han proporcionao ratos felices
á la vez que quincenas bien tristismas,
no tan sólo faltastes al entierro
dando que mormurar á las destintas
personas que estuvimos en el azto
despidiendo al amigo y al artista,

sino que al cabo ni siquiera fuistes
pa mandar á la viuda cuatro linias,
ni un miserable hachón, ni una corona
de malvas ú laurel ú siemprevivas.
—¡Eso es caro pa mí!
—Las hay usadas
que te las dan por una porquería
teniendo voluntaz.
—Bueno, Polonio,
díle que me dispense á la Quintina,
si es que le da la gana, y tú no gastes
el tiempo y el humor y la saliva
en darme á mí leciones de etiqueta
que tengo ya olvidás de tan sabidas
—¿Te he lesionao?
—Tú á mí no me lesionas.
—¡Entonces!...
—Además, tuve aquel día
que llevar una vela en otro entierro
que ha ideao *el Gorrión* desde Melilla,
y teniendo entre manos ciertas cosas
no hay cabeza pa na.
—Por ahí debías
de haberte disculpao y nos hubiésemos
ahorrao de discutir.
—Bueno, contínua,
y pide las legumbres cuando quieras.

—¡Señor Urrutia!
—¡Va!
—Dos de moriscas
silenciosas, un par de panecillos
y una grande del negro.
—¡Va enseguida!

. . . .

—No te hablé del asunto esta mañana,
no ostante tu pregunta, porque había
tela cortá pa un rato, y, como sabes,
yo en aquella ocasión llevaba prisa
porque estaba esperándome la Ulalia
pa ir en cá del dotor con la Basilia.
—¿Fuisteis?
—Es natural.
—¿Y qué?
— Pues ni esto.
¡Figuraciones de ella!
—Si se ostina,
lo va á lograr por fin.
—¡Sí que lo dudo!
—¿Que no? ¡Ya lo verás!
—Pues á lo que iba.
Después de presenciar el espetáculo
que nos dió, sin querer, la pobrecilla
mujer de Baldomero, revolcándose

traspasá de dolor en la cocina;
el jueves, entre doce y doce y media,
salimos de la calle de San Dimas
con direción al Este, los despojos
corrutos del finao, que entre *el Mesías,*
el Chichín, el Carranque y *el Tapioca*
llevaban á hombros como prueba síncera
de azmiración, de aprecio y de cariño,
y formando detrás en cometiva,
mustios, acongojaos y silenciosos
y toos con las cabezas abatidas,
un porción, ocho ú diez, de azmiradores,
de parientes, de amigos y de artistas.
Así andemos lo menos diez menutos
cavilando en lo falsa que es la vida
y en que el hombre no vale dos pesetas,
hasta que entre que el uno te pedía
tabaco pa un pitillo, verbo en gracia,
y entre que éste y el otro le decían
cualquier barbaridaz á una señora,
y entre que tú gozabas al oírsela,
nos fuimos animando poco á poco,
y á conversar de reses y de niñas,
y á sacarle defeztos al difunto
(muchos de ellos que yo no conocía),
y á colocarle motes á la viuda,
que si llega á enterarse habrá que oirla

por detrás...
—¡Dios nos libre!
—Conque en esto
va y exclama, parándose, *el Mesías,*
al entrar en el puente de las Ventas:
—*¡Dejarnos descansar una mijita,*
que este gachó, con el envase, pesa
más que un piano de cola!
—¡Qué bromitas!
—De salón. Como ha sido del resguardo
no sabe gastar más que bromas finas.
—Sigue.
—Entonces no sé si fué al *Carranque,*
al *Tapioca,* al *Chichín* ú á quien sería,
se le ocurrió decir: —*Bueno, señores;*
si á ustedes les parece, nos podían
arreglar un poquito de escabeche,
aquí, en el comedor de la Alegría,
y al propio tiempo que los pies descansan
se toma alguna cosa nutretiva.
Yo quise protestar, pero el hermano
pequeño del finao, que presidía
conmigo el duelo, se azderió; los otros
viendo el modo de obrar de la familia
procedieron lo mismo; de resultas
yo tomé en el asunto parte aztiva
(con repuznancia), pa que no pudieran

hacer de mí la oservación más mínima,
y entremos.
—¿Y comisteis?
—¡Y bebimos!
Y allí hubiera acabao la porquería
que se hizo con el pobre Baldomero,
si un sastre de la calle de Zurita
no exclama, levantándose de pronto:
—*Señores, es temprano entodavía,*
me se figura á mí. Conque si alguno
tié entrañas pa jugarse á una partida
de rayuela el valor del escabeche,
más lo que caiga luego, que lo diga.
—*¡Por el amor de Dios, señor Arístides!...*
(me atreví yo á ojetar). *¡Una mijita*
de respeto al cadáver del amigo,
y deje usté los juegos pa otro día!
—*¡A votos!* (contestaron varias voces).
—*¡Que sí!*—*¡Que no!*—*¡Que seis unos gallinas.*
—*¡Que á tí te se va el aire por la boca!*
—*¡Que tú no tiés equipo!* En resumidas
cuentas, que con la miaja de escabeche
y el alcol y las frases ofensivas
que hubo quien pronunció, nos calentemos,
salimos, se arreglaron tres partidas,
y otras tres pa detrás de las primeras,
y otras tantas después, consecutivas,

y entre que *¡Tú no juegas un pimiento!*
y entre que *¡Yo te juego la papilla!*
y entre que venga vino y vayan bromas,
se nos echó por fin la noche encima...
¡Y de noche quién va desde las Ventas
al Este, que está cerca de Canillas!
—Nadie.
—¡Claro! De modo que tuvimos
que dejar el entierro pa otro día
por divertir á un sastre cualesquiera,
¡lo cual pué que no ocurra ni entre indígenas!
—Es decir, ¿que volvistis los despojos?
—No hubo necesidaz, porque *el Mesías*
tié en consumos al novio de su madre
y dejemos la caja en la casilla,
pa volver á tirarnos luego el viernes
la carretera de Aragón arriba,
con perjuicio del cuerpo, de las botas
y de la seriedaz.
—No jugariais
el viernes.
—Se jugó, pero á la vuelta.
—¡Eso ya es otra cosa muy destinta!
Después de descargar bueno que juegues,
¡pero lo otro!
—¡Por Dios, ni en cafrería!

EL ANIVERSARIO

—Ya sé que el domingo fuistes
al Obelisco.
—¡Pa chasco!
—¡Hombre, bien! Y tan y mientras
te estuvimos esperando
pa ir á coger caracoles,
como quedemos el sábado,
yo, Matilde, *la Sebosa,*
y *el Colirio* y *el Javato.*
—Lo primero es lo primero.
—Lo primero es ser esazto,
y cumplir lo que se ofrece
y no tener ese cuajo,
y evitar que dos señoras
y que tres hombres sensatos

se pasen media mañana
junto á la Casa de Campo
como cinco monigotes
del *Pim, Pam, Pum.*
—¡Vaya un daño!
—¿No, verdaz? Gracias que fuimos
de los dos sesos, y hablando
de nuestras cosas, logremos
el divertirnos un rato,
que si nos da la ocurrencia
de ir espresamente machos,
¡suponte tú que mañana
tan risueña nos mamamos
por tu gusto! ¡Vamos, hombre!
Luego dicen que uno es agrio
y que cá cinco minutos
echa las patas por alto.
¿Qué he de hacer si no trompiezo
nunca, ni por un milagro,
con ningún hombre que pueda
decirse que tié dos gramos
de formalidaz?
—No alabes
así, porque no es pa tanto,
y disimula mi falta,
si es que esiste, y hazte cargo
de que hay cosas sagradísmas

en este mundo. ¡Ay, Romualdo!...
¡Tú no sabes los recuerdos
que tié pa mí el *Dos de Mayo!*
—¡Qué tendrá que ver el vientro
con lo que estamos hablando!
¡Vaya unas salidas chuscas!
A toos nos pasa tres cuartos
de lo mismo, si se mira
con detención. Pero ¿vamos
á obrar por eso talmente
como un norteamericano
de quince arrobas?

—No.

—¡Nunca!

Que sea el aniversario
de la muerte de Velarde
y de la ación del *Callado*,
¿quiere decir que no puedas
acompañar á unos cuantos
á recoleztar molúsculos?
¿Te se achica el amor patrio,
ni na, porque vayas y ores
por el eterno descanso
de los mártires dos leguas
más arriba ó más abajo?
¿Carculas qúe á los menistros
ú que al cuerpo diplomático

les va á resentir el hecho
de que tú faltes al azto
de la procesión, mandándoles,
por ejemplo, un memorandon
con tu rúbrica? ¿No basta
con que te enteres del bando
del alcalde, suponiendo
que esté escrito en castellano,
y con que luego derrames
una ú dos ú tres ú cuatro
lágrimas á la memoria
de las vítimas? ¡Pues claro
que basta! Si eres idonio
dí que cogistes el sábado
la merluza y que el domingo
la estuvistes arropando,
y no me vengas con esos
episodios otomanos,
porque á mi edaz es difícil
que me la dé ningún chato.
—¿Has acabao?
—Me parece.
—Pues has metido las cuatro.
—¿Por qué?
—Porque los recuerdos
que tié pa mí el *Dos de Mayo*
son de amor; lo cual demuestra

que hablas por boca de ganso
muchas veces. Yo he sentido,
como madrileño nato,
que nuestros padres murieran
como murieron antaño,
y hasta el día que me vengue
del invasor, no descanso,
porque tú ya me conoces
y sabes que soy muy bárbaro
y lo que es yo, porquería
que me se hace me la guardo
mientras viva.
—¡Pocas gracias!
—Pero si voy toos los años
al Obelisco, en tal fecha
como la indicada, lo hago
porque aquel sitio fué donde
prencipiemos á tratarnos
con ingenuidaz yo y ella.
(¡La mujer de más recato
natural de cuantas haigan
podido comer garbanzos
en el mundo!) ¡Pobre Zoila!
¡Dios la tenga en su regazo!

. . . .

. . . .

Ella estaba allí sentada

la noche del Dos de Mayo
del ochenta y seis, ú puede
que del sursiguiente, cuando,
después de dar un paseo
por delante del Botánico,
me se ocurrió, no sé cómo,
pasar por junto á su banco,
y la vide solitaria,
y la esaminé despacio,
y al llegar á las faciones
y al ver aquel par de ojazos
más negros que la antracita
y más chulos que mi barrio,
empezó á darme latidos
con más fuerza que á un caballo
el corazón, y me dije:
¡Ahí tiés lo que andas buscando!
¡Vaya una mujer con méritos!
¡Esa es pa ti, Cayetano!
Conque me senté contiguo
de su lao, y al poco rato
la pregunté con ojecto
de reconocer el tránsito:
—*¿Qué hace usté aquí, vida mía?*
y ella respondió:—*Tomando*
la fresca. Lo cual que entonces,
al ver el camino franco

le añidí varios concetos
dulces y la di unos cuantos
alcagüeses, de esos grandes
que tien un porción de granos.
Ella los tomó con gusto.
Yo se lo agradecí tanto
porque fué como decirme:
¡Miste que es usté simpático!
Nos metimos en preguntas
y demás; fuimos gastando
poco á poco tal cual broma
de buena ley, está claro,
porque virtuz como aquella
no la han conocido cuatro;
hablemos de las familias
de los dos; me puso en autos
de que tenía la madre
muy delicá por el trato
que la daba toos los días
el bestia de su padrastro;
yo me referí á la mía,
y (pa abreviar el relato)
que la pedí relaciones
amorosas en el azto;
que al mes justo nos casemos
contra la opinión de varios,
por uno y otro sistema:

el cevil y el eclesiástico;
y que después, tú ya sabes
que me estuvo sufragando
la mantención ocho meses,
quince días y seis años,
hasta que murió la pobre
de resultas del trancazo
dejándome con la pena
de tener que ir al trabajo
como endenantes. De modo
que dí si pué tener ánimos
pa pensar en caracoles
el que se encuentra en mi caso,
¡y si obré mal aquel día
diendo á orar al *Dos de Mayo!*
—Bueno, pero no te afeztes
y ten reflesión y cárculo,
y sécate, que los hombres
de tu edaz y tus redaños
no lloran aunque se vean
los intestinos colgando.
—¡Es que hay cosas!...
—¡Vamos, cállate,
que te miran, Cayetano!



ENTRE ORGANILLEROS

—No, la verdaz es que semos
dañinos y sanguinarios,
y golfos y sinvergüenzas
y menflis y mamarrachos.
—¿Por qué?
—¡Vaya unas preguntas
que haces á tu edaz, Donato!

—¿Qué tienen?
—¡Ni que acabaras
de llegar de Candelario!
¿Tú no lées lo que nos dicen
los periódicos al tanto
de los perjuicios que hacemos
á la sociedaz?
—Sí.
—¡Claro!
¿No ves cómo se les pudre
la bilis á los del ramo
de urbanidaz en diciendo
que nos cogen con las manos
en la cigüñuela?
—¡Digo!
¡Como que yo soy cegato!
—¿No ves á los arguaciles
correr lo mismo que galgos
así de que les lastiman
el fondo del aparato
del oído?
—¡Me parece!
¡Lo que es si corrieran tanto
pa otras cosas, no estaríamos
tan cerriles como estamos
en Madriz!
—¡Mira, tú no eres
quién pa criticar los aztos

de ciertas corporaciones
y de ciertos funcionarios!
A mí me dañan las leyes
también, porque al fin y al cabo
si no le doy al manubrio
me tengo que estar á caldo,
pero yo soy de los hombres
que saben hacerse cargo
de las cosas, y me pongo
con la razón, si es que hay caso
como ahora.
—¡Pero mecachis
en los riñones! ¿Qué daño
hacemos pa que nos traten
lo mismo que á presidarios?
—¡Cuando la prensa y el público
cevil, castrense y urbano
nos tratan con esa inquinia,
sus motivos tendrán! Vamos;
figúrate, por ejemplo,
que eres tú, pongo por caso,
una autoridaz.
—Corriente.
—Y que estás en tu despacho
cavila que te cavila
dos horas, ú tres ú cuatro,
pa hacer una ley que acabe

con las chirlatas de cuartos
donde se dejan los pobres
el fruto de su trabajo.
—Ya me lo figuro.
—Bueno.
Pues figúrate, de paso,
que al tropezar con la idea
y al ir á dar en el clavo,
después de tantismas horas
de calentarte los cascos,
yo, que soy organillero,
voy y me pongo debajo
de tu balcón, verbo en gracia,
y te toco; supongamos,
el pasacalle del *Nene*
ú el chotise de *los patos.*
¿Qué ocurre? ¡Pues que te corto
la espiración en el azto!
Y como que leyes de esas
no se ocurren á cá paso...
pues continuan las chirlatas
y se chincha el proletario.
—¡Vaya un ejemplo que emites!
—¿No está bien? ¡Pues otro caso!
Suponte que un periodista,
bien de Pí, bien de don Carlos,
ú bien de don Lucas Gómez

(que el matiz no viene al caso),
se pone á hacer un artículo
con los primeros redaños
pa derribar al gobierno
de Sagasta y pa librarnos
de la ruina.
—¡Derribaban!
—¡No me interrumpas, Donato,
y supóntelo!
—Corriente.
—Y ya suponte de paso,
porque á ti te da lo mismo,
que cuando le está soplando
la musa, cualquier berzotas,
como tú, sin ver el daño
que puede hacer á la patria
y á los gremios y al erario,
sale con una mazuerka,
con un vals ú con un tango,
y escachifolla el asunto,
porque le quita los ánimos
al redator, y resulta
que contínua gobernándonos
Sagasta por seculorum.
¿Te convences?
—Sí.
—Pues claro.

—Pero digo yo una cosa.
—¿Cuála?
—¿Semos, por si acaso,
los pianistas ambulantes
los únicos que azaramos
al público?
— Puede.
—¡Magras!
¿Y ese quinteto de varios
que se ponen en las ceras
á tocar cosas del año
cincuenta y siete, no estorban?
—¡Qué han de estorbar! ¡Al contrario!
—¿Por qué?
—Porque son artistas
y ejecutan sus trabajos
con perfeción, y la gente
ve lo que es bueno y es malo.
—¿Y esos gachós de la Hungría
que van por ahí enseñando
lo que Dios les dió, lo mismo
que el chulapón de los *Cuadros*
disolventes? ¿Y esas golfas
tostás de arriba y de abajo,
con más bichos en el cuerpo
que chismes hay en el Rastro,
y que llevan á las crías

metidas en unos sacos
talmente como si fueran
patatas?
—¡Miá que eres ganso!
¿No ves que son extranjeros
y que si les molestamos
puede que nos reclamasen
de su nación?
—¿Y esos pájaros
que llevan al aire libre,
pa camelar á los blandos
de corazón, llagas y úlceras
hechas á pincel, Ubaldo?
¿Y esos pobres vergonzantes
que arquilan chicos á plazos,
igual que si fueran máquinas
de la Singer? ¿Y los mancos
que si no les das limosna
te largan un puñetazo?
¿Y esos pobrecitos ciegos
inútiles pa el trabajo
que luego, en casa, te cuentan
los pelos que tiene un gato?
¿Es justo que *el Paminondas*,
que nunca le molestaron
durante los quince meses
que se dedicó al afano

de moqueros, hoy en día
tenga que ver á cá paso
con el juzgao, por el crimen
de ser condutor de pianos?
Dí tú que nos tienen tirria,
no sé por qué, los urbanos,
y nos cazan como cazan
á las liebres en el campo.
—Son figuraciones tuyas.
—¿Son figuraciones? Vamos:
pa que veas lo charranes
y traicioneros y malos
que son ciertos arguaciles,
te voy á contar un caso
que me ha pasao. La otra tarde,
me parece que fué el sábado,
Valentín, *el Menudencias*,
se puso á tocar un rato
junto al almacén de pieles
de la calle del Rosario,
donde sabes que hay algunas
que acostumbran á llamarnos
al pasar, con el ozjeto
de que las toquemos algo
de zarzuela. Pues corriente;
yo me puse, por si acaso,
de escucha, como es costumbre,

pegao en el esquinazo
del cuartel, cuando de pronto
me se apareció de manos
á boca, donde yo estaba,
Segunda la de Venancio,
que tié las grandes fatigas
por ver si al fin nos echamos
de novios; ella á este cura
y mangue vice al contrario.
Conque empezó á darme coba
y á decirme dicharachos
y á hacer juegos con los ojos,
y á levantarme de cascos
de resultas de unas cuantas
indiretas que mediaron
mutuamente, cuando en esto,
valiéndose de que estábamos
astraídos con nuestras cosas,
un guardia nos echó mano,
por detrás, al *Menudencias*
y á un servidor y al piano
y nos llevó cuasi arrastra
lo mismo que si acabáramos
de rascar un remontoire
ú de hacer algún atraco.
—¡Natural!
—Pero en el ínterin

se estaban abujereando
la cubierta dos traperos
á unos diez ú doce pasos
de allí, sin que hubiera nadie
que les ozjetara.
—¡Claro!
¡Como que los guardias tienen
cien ojos y veinte manos
igual que Dios! Y en resumen,
ya que te pones tan bárbaro,
¿qué tié que ver el trapero
con las témporas del año?
¿No saben hasta los chicos
de palotes que hay escándalos
y faltas que no dependen,
poco ni mucho, del ramo
de urbanidaz? Pues entonces,
¿qué puede tener de estraño
que un guardia del munecipio,
supusiendo que es esato
lo que tú dices, no acuda
donde se están ventilando
dos traperos el azdomen,
y que á ti te coja, en cambio,
por hollar las ordenanzas
munecipales? Donato,
la ley, aquí y en toas partes

es la ley, y el funcionario
público que la ejecuta
es el estrumento humano
que la sociedaz elige
de su seno, con el ánimo
de evitar que ciertos golfos
pongáis en ella los cascos.
De modo que no discutas,
porque viene á ser pa el caso
como si tuvieras tifus
y te frotaras el bazo.
—¡Too eso es campeche!
—¡Contigo
no hay quien debata, Donato,
porque refutas con términos
demasiao libres!
—En cambio,
tú nesecitas intrépete
la mayor parte del año,
porque el día que te pones
doztrinal, ¡yo entiendo!
—¡Vamos,
agárrate de las varas
y párate frente al cuatro,
que voy á tocar un poco
pa ese que vive en el bajo.
—¿Pa ese que fué tanto tiempo

concejal y que le echaron
por una caluznia?
—Pa ese.
—A ver si es que está pensando
cuando nosotros lleguemos
alguna ley pa librarnos
del matute, si le vuelven
á elegir, y la ensuciamos
con la música.
—Tú sigue
sin aprensión, que no hay caso,
porque esa ley la tenemos
desde hace muchismos años.
—¿Palabra de honor?
—¡Palabra!
—¿Sí? Pues entonces, andando.

LA DESPEDIDA

¿Porque me voy al Cascorro
ú al Bolondrón ú á la China,
si se tercia, te acongojas
y te azaras y te achicas?
¡Vamos, cállate y no llores
ni suspires, flor de un día,
que no hay motivos pa tanto,
ni está bien que tú te aflijas!
Una mujer andaluza,
y recriá en *Las Vistillas*,
que lleva fuego en las venas,
y que es chula, y que tié fibra,
como tú la tiés, no llora
mas que se vea las tripas
en el suelo y esté el gato

preparao pa echarse encima.
¡Conque sécate esos ojos
y calla y que no se diga
que la moza de mis ansias
llora por cualqüier pamplina!
¿Que si hablo en serio? ¡Pues claro!
¿Que si quiero que te rías
cuando me voy á la guerra
dejándote muertecita
de dolor? ¿Y tú qué quieres,
morucha del alma mía?
¿Que me ponga á hacer calceta
cuando la patria peligra?...
Si tú vieses unos cuantos
sinvergüenzas en cuadrilla
martirizar á la madre
que te echó al mundo, ¿qué harías?
¿Darles caramelos? ¡Magras!
¿Estarte quieta? ¡Mentira!
¡Cogerlos por el gañote
y hacerlos almondiguillas,
ó ser tú, de lo contrario,
más sinvergüenza entoavía!
¡Pues si yo veo á mi patria
débil, pobre y abatida,
y una piara de granujas
que salen de sus pocilgas

y que toos juntos no valen
dos riales en perras chicas,
la maltratan y la ofenden
al verla desfallecida
y desangrá... ¿qué hace un hombre?
¿Dí? ¡Picarlos pa morcillas
y darles como recuerdo
las raspas á sus familias!
¿Que va á matarme la pena
cuando llegue á la manigua?
¡Como no me mate el tifus,
ya ties novio pa unos días!
Con tu retrato de chula
que llevaré siempre encima,
pa merendármelo á besos
cuando el cuerpo me lo pida;
con mi guitarra flamenca
pa recordar noche y día
los suspiros de tu pecho
y tu cante y mis fatigas,
y con la *lengua de vaca*
que llevo aquí, en la mochila,
pa desocupar bandullos
y pa despenar gallinas,
no se muere tu moreno
de pesadumbre, chiquilla.
¿Que el corazón te se encoge

pensando que cualquier día,
si no me mata la pena
puede quitarme la vida
uno de aquellos?... ¿De cúálos
van á ser, si en la manigua
dicen que no hay más que loros
y cotorras y maricas?
Por mi tardanza no sufras
que yo despacho en seguida,
porque en cuanto desembarque
too es cuestión de un par de días.
Voy; entro en Pinar del Río,
le echo el guante al cabecilla
Quintín; le arranco dos dientes
pa hacerte á ti una sortija;
luego apipiolo al *Maceo,*
mas que me pringue de tinta,
y vuelvo con dos cabezas,
pa ti las dos, chiquitina,
una en el morral; la de *ése,*
y otra en los hombros; la mía.
....
....
Vaya, nena de mis ojos,
suelta ya, que tengo prisa,
porque á las nueve nos cuelan
en el tren. Conque aproxima

pa acá esa cara, que paece
la de la Virgen Santisma,
y ven que te dé en la boca
dos besos de despedida.
¡Este pa mi pobre vieja
y este otro pa ti solita!...



COSAS DE COMADRES

—Por más de que conozca tu carázter
y por más de que sepa que tiés gusto
de entrar en relaciones con Elías,
ahora que ha terminao con la de Ozdulio,
yo, como mujer périta que ha visto
tantas y tantas cosas en el mundo,
me voy á permitir darte unos cuantos
consejos de amistaz, que de seguro
no has de seguir, porque jamás he visto
sesera ni tesón como los tuyos.

—Por mi parte, principia cuando gustes,
si es que no piensas molestarme mucho,
porque tú cuando coges la palabra
vuelves á Dios modorro.
—Te aseguro
que he de ser too lo breva que permita
cuestión tan delicá.
—Pues al asunto.
—¿Tú conoces á Elías?
—¡Una miaja!
—¡Perdona si te digo que lo dudo!
Elías tié dos partes: una interna,
que es la parte moral, ó lo que el público
suele llamar conduzta, y otra física,
que es la que está á los ojos de too el mundo.
Y tú de lo primero estás asperges
aunque distingas respetive á lo último.
—¿Qué me quieres decir?
—Quiero decirte,
mirando por tu bien, como acostumbro
desde que te conozco, que de Elías
no ves más que la parte de extramuros,
ó sea el exterior de su persona,
que no te acuerdas ya de los disgustos
que te ha dao el amor en esta vida
por causa de ese obrar que tiés tan súpito,
y que así que tropiezas con un hombre

que á ti te haga tilín, pierdes el pulso
y te se va la burra por los trigos
y ya no ves ni siete sobre un burro.
¿Qué es pa gustar Elías? Lo conozco,
porque, gracias á Dios, aún tengo gusto
y distingo el jamón de las patatas
y el potaje de acelgas del besugo.
¿Que las cosas que dice á las mujeres
llegan al corazón en dos minutos
y ponen como cuerdas de bandurria
los nervios de una santa? No lo dudo,
que ya sé que, si él quiere, con su pico
es capaz de ablandar hasta los puños
del menistro de Estao. ¿Que tié salero
y que en jamás de los jamases hubo
un zurrador de pieles tan gitano
desde los Chamberiles al Viaduto
y desde las alturas de las Ventas
al propio cementerio de San Justo?
Es verdaz, Marcelina; pero en cambio
¿tú sabes lo que lleva en lo profundo
del armazón? Un alma cuasi podre,
una hiel más espesa que el engrudo
y un pedazo de esponja donde lleva
too Cristo el corazón.

—Me alegro mucho.

Llenando mi ozjetivo, que es uncirme

pa siempre con el hombre de mi gusto,
me importan los defeztos que le saques
tanto como el arriendo de consumos.
—¡Miá que han quedao muy hartas cuasi todas
las que han tratao con él!
—¡Se aumenta mucho!
Dicen que quedan hartas y darían
por volver á cogerle, cinco duros.
—¡Miá que tié mal beber!
—No le hagas caso.
—¡Miá que ese zurrador, como es tan bruto,
te va á zurrar la piel el mejor día!
—¡Como no se la zurre al dios Neztuno!
—¡El tiempo lo dirá!
—Y últimamente,
cá persona dispone de lo suyo;
de modo que si Elías me sacude
tú no has de ser la que se rasque el bulto.
—¡Piénsalo, Marcelina!
—¡Que te zurzan!
—¡Qué modales tan finos y tan cultos!
¡Ya sospechaba yo que pagarías
mis pruebas de amistaz con un eruto,
nombre, el más apropiao, pa esa andanada
que acabas de verter por el embudo!
¡Valiente gratituz!
—No nesecito

consejos, Asunción, y menos tuyos,
porque mirando sin pasión las cosas
te hacen á ti más falta que á ninguno.
—¿A mí, por qué?
—Pregúntaselo á Laurio,
que te suele poner de medio luto
la pelleja cá tres ó cuatro días,
á golpes.
—¡Miá que sabes!
—Más que muchos.
¡Ya soy mayor de edaz!
—¡Desde muy joven,
según lo que murmuran por el mundo!
—Cuatro meses después que tú lo fueras
lo fuí yo.
—¡Puede!
—¡Vaya!
—¿Cuatro justos?
—Y quince días más; ¡conque carcula
si me habrán enterao por buen conduzto,
que te digo los meses y los días,
como puedo decirte los menutos!
—¿Quién te ha dao pormenores tan esatos...
si no es indiscreción?
—¡El propio Nuncio!
—¡Alguna mala lengua de las varias

que te han tratao!
—No estás en lo seguro.
Ha sido tu cuñao, que te conoce
más que la madre que te trajo al mundo,
y no creo que digas en mi cara
que tiene mala lengua Sisebuto,
costándote de sobra que á verídico
le ganarán muy pocos ó ninguno.
—¿Sabes lo que te digo, Marcelina?
—No, mujer; pero sigue, que te escucho,
y acaba de una vez porque las uñas
me están pidiendo ya que les dé gusto.
—Pues que eres una...
—¿Qué?
—¡No te sulfures
y aplácate los nervios un segundo,
que aunque es una verdaz la que te diga
no será la más grande, ni con mucho!
—¡Te adivino la idea!
—¡Pues entonces
me evitas un trabajo!
—Y un disgusto;
que si á decir verdades nos ponemos,
voy á nesecitar too el mes de Junio.
—¡Te podías rendir!
—¿Y pa qué vives?

¡Pa servirme de asiento en un apuro!
—¡Quizás que así, de pronto, no te hicieras,
acostumbrada, como estás, al uso
de los divanes del juzgao de guardia.
—Tú lo estás á los de otros sitios públicos
de condición más fea.
—Si sacamos
tu casa, no recuerdo de ninguno.
—¡Mi casa es más honrá que tus parientes!
—¡De eso hablaba muchismo mi difunto
padre, que en gloria esté!
—Yo soy testiga
de que habló de la cosa con algunos
la noche que salió con otros títulos
pa el balneario del penal de Burgos.
—¡Deja en paz á los muertos!...
—¡En garrote!
—¡Marcelina!
—¿Qué dices?
—¡Que carculo
que te vas á marchar con dos *porfolios*
en donde yo me sé!
—¡Sí que lo dudo!
—¿Quieres verlo?
—¡Pa chasco!
—¿Sí? ¡Pues toma!

—¡Borracha!
—¡Golfa!
—¡Bruta!
—¡Pingo!
—¡Chucho!
(Bofetadas, mordiscos, arañazos,
exhibiciones *póstumas*, insultos,
un auditorio que vocea y ríe
al ver el *desarrollo* del asunto,
y un agente que surge de improviso
y que exclama con aires de tribuno:
—*¡Jóvenes, haiga paz y buenas formas,*
y evitemos que pueda ver el público
dos mujeres perdidas por cuestiones
que en nada afeztan al decoro mutuo!
Conque dénsen ustés las cuatro manos
y ahuéquensen y acaben los disgustos.
Aplausos, carcajadas, chirigotas,
dispersión general, silencio *mudo*... (1)
y aquí ¡gracias á Dios! termina el diálogo.
¡Perdonad sus defectos, que son muchos!

---

(1) Que dijo el otro.

LA PÉRDIDA DE LAS TUNAS

—¡Pelegrín!
—¿Qué quieres?
—Hombre...
pero ¿qué es lo que te pasa
que estás hace quince días
con ese morro de á cuarta?
¿Tienes algún golondrino?
¿Te ha vencido ya la capa?
¿Se han malograo los viñedos?
¿Te se ha roto la guitarra?
¿Está fuera de peligro
tu mujer, ó qué desgracia
gorda te se ha echao encima
pa que estés con esa gaita?
¡Valiente humor! ¡Pues si llegas
á tenerlo en una pata

no te mueves, de seguro,
ni en tres meses de la cama!
Vamos, ¿qué pena te aflige?
Dí qué es lo que tienes, habla.
—¡Que se han perdido *las Tunas*,
Polonio!
—¿Y eso te achara?
—Naturalmente, porque ahora
¿qué hacemos nosotros?
—¡Anda!
Pues irnos á la manigua
si notamos que hace falta,
y no hablar más del negocio
ni acoquinarnos por nada,
que si esas *Tunas* se pierden
aún nos quedan otras varias
poblaciones importantes
donde vivir, á Dios gracias.
¿No es esto verdá?
—¡Polonio!..
—¿Qué dices?
—¡Que me da nausias
que tomes á chirigota
los dolores de la patria!
—¡No he de tomarlos, si veo
que te se corren las lágrimas
talmente como á los chicos

que van á istrución primaria,
cada vez que alzan el dedo
y se quedan con las ganas!
¿Cuándo al mocetón más terne
que tié la calle del Aguila,
nacido en Puerta de Moros
al pie de una barricada,
sobre un montón de cascotes
y entre una lluvia de balas,
se le arruga el entresijo
por semejante tontaina?
¿Dónde has visto tú que al hombre
que, según cuenta la fama,
no ha encontrao entodavía
guapo que le dé en la cara,
si ha tenido entre los dátiles
una tercia de navaja,
se le humedezcan las niñas
lo mismo que á una madama?
¿Y á ti te llaman el tigre
del mercao de la Cebada
porque todo lo razonas
con la punta de la chaira?
¿Y habla de su lao izquierdo
como de una cosa mazna
el hombre que lleva un higo
chumbo en la región cordiaca?

¡Y tú presumes de tuétanos!
¡Y eres tú el de las agallas!
¡Paece mentira!
—Pero, hombre...
¿qué quieres? ¿que baile?
—¡Baila!
¡que nunca será tan feo
como verte así la gaita
por un hecho que no vale
la saliva que uno gasta!
¿Que se han perdido *las Tunas?*
¡Valiente sinificancia
pa el que ha salido del claustro
maternal aquí en España!
¿Que una cuadrilla de golfos
con el jefe de la taifa
luchando mil contra ciento
nos ha podido? ¡Qué gracia!
Ni eso es gloria pa el que triunfa,
ni es vergüenza pa la patria,
ni es asunto que merece
que dos prójimos con canas
en too el cuerpo, le dediquen
cinco minutos de cháchara!
Tú, mientras los insurretos
no entren en Guadalajara,
que no entrarán, porque es gente

que en seguida se le cambia
de color, por mor del *canguis*,
la ropa interna, ten calma
y no te aflijas tan pronto,
Pelegrín.
—¡Es que da lacha
ver lo que está haciendo Weyler
en la Isla de Cuba!
—¡Calla!
—¿Pero no es verdá?
—¡Comprímeto
y ten ojo con lo que hablas,
que al general que está enfrente
del enemigo, más que haga,
voy á suponer, doscientos
disparates ca semana,
no está bien que le difames;
primero porque le coartas
su autoridaz, y segundo
porque el contrario toma alas
y pide la independencia
y un jamón encima.
—¡Gracias!
¿De modo que va á estar uno
mordiéndose las entrañas
de coraje y entoavía
tié que darse dos puntadas

en los labios?
—Los patriotas
ven, se enteran y se achantan.
—¿Pues sabes lo que te digo?
—Dí lo que te dé la gana.
—Que mientras nuestros hermanos
se mueren llenos de rabia
porque en toda la manigua
no ven más que retaguardias,
los golfos de los mambises
nos torean á sus anchas,
con un *Capote* cualquiera.
—Tu sonríete unas miajas,
que ese *capote* no sirve
pa lidiar reses de casta,
porque si le caen tres gotas
se les encoge, y nequáquam.
—Sí, pero seguimos dando
mucha sangre y mucha plata
pa que en la corrida gocen
cuatro novilleros mandrias
y una coleción de puntos
de Nueva York y de Tampa
que usufrutan, de rositas,
tendidos, palcos y gradas.
—Tiés razón, pero todo eso
yo sé cómo se acababa.

—¿Cómo?
—Siendo yo menistro
de la Guerra dos semanas.
— ¿Qué ibas á hacer?
—Poca cosa,
Pelegrín.
—¿Qué?
—Principiaba
por guardarme los machetes,
los máuseres y las balas
pa cuando quisieran guerra
pájaros de mejor casta,
y me iba luego en persona
con cien millones de cajas
de polvos insecticidas
con sus fuelles, y ¡ni ratas!
—Claro, y entonces los yankees
iban y desembarcaban
cien mil hombres... y el conflito.
—Lo cual nos aseguraba
la mantención por espacio
de un porción de temporadas,
porque con sacar entonces
los máuseres y las balas,
¡carcula tú qué manojos
de embuchaos y butifarras!
¡Conflito! ¡Valiente ostáculo!

¡Eso es lo que aquí nos mata,
la pachorra y el respeto
que tenemos en España,
Pelegrín! ¡Y con pachorra
nunca se consigue nada!
—¡Pachorra Weyler, que lleva
medio siglo de campaña
y está prencipiando, cuasi!
—Eso no es pachorra; es táztica.
El tié su plan y ¡quién sabe
si será bueno!
—¡La lástima
es que no se pierde Cuba
pa siempre!
—¡Si no mirara
que tu mujer y yo semos
afines, te excomulgaba
pa seis años los hocicos
de un manotón! ¡So bocaza!
—¡Mide las frases, Polonio!
—¿Quién, yo? ¡No me da la gana!
¡Y que te coste por sécula
que mientras quede en España
un corazón que palpite
y un brazo y una navaja,
no habrá poder en el mundo
que se nos lleve de guagua

ese pedazo de tierra
que hizo Dios pa nuestra patria!
—¡Eso ya lo sé!
—¡Besugo!
Pues entonces, ¿por qué ladras?

UN JUICIO

—Refiera usté lo ocurrido.
—¿Me permite usía que hable
con libertaz?
—Cuente el hecho
con sus pelos y señales.
—Es que... porque como guardia
puede ser que me se escape,
sin querer, algún conceto
ú palabra mal sonante.
—No tenga usté miedo.
—Gracias
Pues estábamos el martes,
al amanecer, contiguos
á la estatua del Cervantes
yo y mi compañero, hablando
sobre si debían darle
uno, dos ú tres banquetes

mostruos al señor de Gálvez
Holguín, cuando de improviso
noté que, sin importársele
tanto así de que estuviera
nuestra autoridaz delante,
subió el señor al Congreso
y le vide colocarse
de cierta postura erronia,
un si es ó no denigrante
pa el Parlamento.
—¡Calunia,
señor juez!
—¡Escuche y cállese!
¡Y, sobre todo, procure
no hacer esos ademanes!
—¡Señor, si me pica!
—¡Bueno,
pues se rasca usté en la calle!
Siga el guardia.
—Con permiso
del señor juez. Yo, no ostante
de saber que tengo clara
la visual, pa asegurarme
le pregunté al compañero
con intención:—Tú, González,
¿distingues bien aquel bulto
que se ha puesto en el remate

de la escalinata?—¡Digo!
—Pues si le ves, díme qué hace.
Y él me contestó:—Lo propio
que hacemos toos los mortales
sin diferencia de sesos
y sin distinción de edados,
bien sean mujeres, hombres,
ú niños ú melitares.
Conque al ver corroborada
mi oservación, yo, quizaque
saliéndome, motur propio,
fuera de mis facultades,
porque pa ciertas materias
están los munecipales,
le dije al cólega:—Vamos
á sosprenderle inflaguantes
pa que sepa de qué forma
tié que obrar en adelante.
Conque mi cólega entonces
me repuso:—No le coartes,
Butragueño, porque á veces
hay cosas inevitables.
Pero yo, que soy más pelma,
que el propio señor alcalde
con la cuestión de las zonas,
y que respezto á carázter
y á tener los cascos duros

me dejo atrás á los yankees,
le busqué al señor las vueltas
con cuidao, pa no escamarle,
y le pregunté de pronto
cuando le tuve á mi alcance:
—Pero ¿qué es esto?... Y entonces
él me contestó:—¡Compadre,
ni que gastara usté gafas
azules y con volantes
pa no ver á medio paso
los bultos que tié delante!
Yo hago lo que me se antoja,
porque aquí estoy en la calle
y á mí no me pide cuentas
ni usté, ni el Papa ni nadie...
—Lo cual que el señor entonces
me metió en salva la parte
el puño cerrao, á pique
de hacer cualquier disparate,
porque hay órganos...
—¡He dicho
que habla usté cuando le manden!
—¿Es que he faltao?
—¡Varias veces!
—¡Hombre!...
—¡Silencio!
—¡Mecachis!

—Siga el guardia.
—Reasumiendo:
que faltó á la pobre madre
de un servidor, ya difunta,
con expresiones capaces
de avergonzar á un lacero
municipal, y que cuasi
nos le llevamos arrastra
de allí después de arrancarme
seis cerdas de la perilla,
las cualas, dao mi carazter
de autoridaz, pué decirse
que son de usía.
—Bien; hable
ya el acusado, y procure
ser breve.
—¡No hay na tan grave
ni tan cochino en la vida
como que á uno le levanten
una calunia, y el guardia
me la ha levantao delante
del señor juez!...
—¡Al asunto!
—Voy en este mismo istante.
Un servidor, en efezto
tuvo la ocurrencia el martes
de estar ande dice el guardia

con el fin de ventilarse,
porque las calores estas
no hay Cristo que las aguante
deportao en la guardilla,
sin más distración que un catre
con más bichos que conventos
hay desde Irún hasta Cádiz.
No recuerdo mi postura,
la verdaz, ni falta que hace,
porque creo que cá quisque
tenga oción pa colocarse
dentro de la vía pública
como quiere ó como sabe;
pero eso de que era erronia
y un sí es ó no es denigrante,
según él, dígale usía
que magras y que se la ate
con una cuerda del dedo
gordo pa que la dé el aire.
Hay seres muy cabezotas,
y el señor, que está mochales
ú que ha comido repollo
y se le ha picao la sangre,
cuando tuvo la ocurrencia
de subir á molestarme
tropezó con un ojezto
junto á mí, de mal carázter,

y se le puso en la bola
sin testigos oculares
que era de mi pertenencia,
y de eso no hay quien le saque,
pero yo le juro á usía
por la saluz de mi padre
que el ojezto no era mío.
—Sí que lo era.
—¿Usté qué sabe?
—¡Sí que lo era!
—¡Que lo pruebe!
—¡Vamos á callar!
—La madre
del cordero, pa que usía
lo sepa, si no lo sabe,
era que el señor buscaba
que yo le diera diez riales
de indeLización, con ánimo
de tomar un piscolabis
de guagua; pero el que quiera
caprichos que se los pague.
Esta es la chipén del caso,
pero como sé que es fácil
que no valga dos puntetas
lo que yo declaro, másime
llevando en el uniforme
ciertas insinias la parte

que está contra mí, me voy
á permitir suplicarle
al señor fiscal que tenga
la caridaz de sacarme
la cara.
—¡Cómo!
—No creo
que haiga por qué incomodarse.
—¡El fiscal no puede nunca
defender á los culpables!
¡El fiscal acusa!
—¡La órdiga!
¡Vaya unas antigüedades
que se trae usía! ¡De eso
se hablaba mucho endenantes,
pero han cambiao el sistema
de poco tiempo á esta parte!
—¡Habrá insolente! ¡A ver, guardias!
¡A este prójimo, al instante,
que le den el amoniaco!
—¡Si me dejo!
—¡Sujetarle
y ponérmelo á la sombra
por desacato!
—¡Mecachis!
¡Lástima que no fuera uno

concejal!...

—(¡Anda pa alante,
so lechón!)

—(Sí, tú rempuja,
pero el día que te agarre
sin las insinias, te dejo
los morros intransitables.)



UN BENEFICIO

—Y tuvo algún fin benéfico
la función?
—¿Ahora te enteras?
—¡No sé lo que tié de estraño!
—Pues poco que habló la prensa

del pograma el día de antes,
y flojo cartel con grecas
azules y con la mar
de carázteres de letras,
hecho á pluma por Menéndez,
coloquemos en la puerta
del *Salón Zorrilla!*
—Bueno,
pero ¿cuála fué la idea
del espetáculo?
—Mira,
pa ti no tengo reservas,
Antolín, porque entre amigos
no debe haber cosas de esas,
y tú eres amigo de uno
y además persona seria,
si se quiere.
—¿Si se quiere?
¡Lo soy aunque no se quiera!
—Muy conformes.
—¡Por si acaso!
—Sentiré que te resientan
mis indicaciones.
—Déjate
de músicas y concreta.
—Corriente. Pues los pogramas
y el anuncio de la prensa
decían que el ozjetivo

de aquel espetáculo era
socorrer á la señora
de un deportao muerto en Ceuta
del tifus, y se añidía
debajo, que la interfeta
(una andaluza más guapa
que las rosas, que maneja
la guitarra propiamente
como *Paco el de Lucena)*
se tocaría *el Zorongo,*
el Ole, las Carceleras
y *el Vito,* pa que tuviese
más atraztivos la fiesta.
—¿Y dió resultao?
—¡Pues hombre,
lástima que no lo diera
tomando parte una viuda
que se trae cosas tan buenas!
—Te lo digo porque al público
de hoy en día le mosquean
los beneficios, por causa
del abuso.
—Siempre quedan
panolis que se conmueven
con las desgracias ajenas
y si les das un pograma
sensible van de cabeza.

—Quiere decir que la viuda
sacó raja de la fiesta.
—¿Cuála viuda?
—La que dices.
—¡Qué viuda ni qué...
—Dispensa.
—¡Paece mentira que á un hombre
de tu edaz y tu esperencia
haiga que darle las cosas
como á los niños de teta
las papas, ¡mascás!
—Ya creo
que voy cayendo en la cuenta.
—Mira: yo necesitaba
comprar una becicleta,
no tan sólo porque hoy día
paece feo no tenerla
cuando la gasta too el mundo,
si escetúas á la iglesia
y al generalato y á otras
estituciones como esas,
sino porque desde lo último
de la Ronda de Valencia,
donde tiés tu domecilio...
—Gracias.
—Hasta la glorieta
de Quevedo, diez y doce,

donde le tié mi maestra,
hay un porción de kilómetros
y Dios padre se revienta,
y además sales de casa
con las alpargatas nuevas
y al llegar vas con los dedos
autonomistas. Por estas
circustancias, la otra tarde
me encaré con la Grabiela
junto á Colón y la dije:
—*¿Tú quieres, por lo que sea,*
hacer el lunes de viuda
en una función benéfica?
Y me contestó:—*Ya sabes*
que yo hago lo que tú quieras.
—Otra cosa: tú que tiés
esa sangre tan flamenca
y que haces, como quien dice,
primores con la vigüela,
¿quedrías tocarte el lunes
cualisquier cosa en escena
pa el auditorio?—Según
y conforme lo que sea,
Nicolás, porque si al público
le da por las desigencias
y me pide cosas finas...
¡á morir!—Es gente buena.

¿Tú conoces el Zorongo?
—Tan bien como la primera.
—¿Y el Fandango?*—¡Me parece!*
—¿Y el Vito?*—Y* las Malagueñas,
el Ole, las Seguidillas,
el Zurito, las Jaberas
y too lo tocable, menos
los asuntos de etiqueta.
—¡Pues te acoto!—Pero dime;
¿yo qué voy ganando en esa
combinación?—Too depende
del resultao que se oztenga.
Por lo cual, así que acabe
la función se ve lo que entra,
deduzco los gastos que haiga,
saco el líquido que queda,
y del líquido que quede
yo me guardo tres terceras
partes, percibes tú luego
lo demás... y satisfecha.
Pa no cansar; que quedemos
acordes á las primeras,
que yo me fuí tan alegre
como un par de castañuelas
por haber topao tan pronto
con una viuda como ella...
—Y disteis el espetáculo.

—Que á poco acaba en trigedia,
porque si no es por los guardias
yo entiendo cómo me dejan
los tendones. En fin, ch co,
si llegas á dir te afeas
de risa con los dizterios
que hubo entre la concurrencia.
—¡La dariais mal pograma!
—¿Mal pograma? ¡De primera!
Y si no escúchalo y dime
si hay quien dé más en la tierra.
«Primero. Porpurrí de aires
nacionales por la orquesta
del *Menflis*, que se compono
de él y Paco Melendreras.
Segundo. *La vida es sueño*,
con varios cuplés acerca
de cómo emite las erres
el señor conde de Peña
Ramiro.»
—¡Me gusta el número!
—¡Y tié novedaz la idea!
—Y además eso hace gracia,
por más de que no la tenga.
—«Tercero. Estreno del diálogo
popular *¡Pa mí que nieva!*,
escrito *azoc* por el joven

arbañil Román Candelas.»
—¿Pero Román hace diálogos?
—¡Ahora los hace cualquiera!
«Cuarto. Trozos andaluces
ejecutaos por Grabiela
Píriz, la beneficiada,
en un lauz Edad Media
hecho en el penal de Burgos
por un ispetor de Hacienda.»
—¡Mentira!
—¡Ya se comprende!
«Quinto y último. *La vértiga*
del señor de Núñez de Arce,
por Nicolás Alcobendas.»
—¡Tú!
—Yo. ¡Como que no había
quien supiese hablar siquiera
entre toos!
—No es mal pograma.
—Bueno, pues pa que tú veas:
después de *La vida es sueño*
nos pidieron que saliera
Calderón, y como el hombre
tuvo la mala ocurrencia
de no asomar por *Zorrilla,*
se armó la gran trapatiesta.
Luego estrenemos el diálogo,

y el público, que es un bestia,
llamó á Román, con ojezto
de cortarle la cabeza.
—¡No sé pa qué la quería!
—Pa lo que él: ¡pa ná!
—¡Rarezas!
—Y ya, claro, como estaba
de bulla la concurrencia
no respetaron los sesos,
y al asomar la Grabiela
se la cargaron, por causa
de que dió la concidencia
de que uno la conocía
con entimidaz y al verla
descubrió que no era viuda,
ni casada, ni soltera.
Conque, es natural, la chica,
por más que no tié vergüenza
de los públicos, efezto
de su muchisma esperencia,
se abroncó. Lo cual que entonces
yo, pa calmar la tormenta,
me aparecí por el foro,
prencipié á soltar *La vértiga*
de dicho Núñez, y aquello
les pareció cosa buena
porque á las ocho ú diez línias

se oyeron voces como éstas:
¡Bravo! ¡Mucho! ¡Só bonito!
¡Sangrecita! ¡No hagas fuerzas
que vas á pasarte! ¡Vivan
las condiciones escénicas!...
Yo estaba, carcula, ¡hueco
de placer! cuando un boceras
gritó de pronto:—*¡Tú, niño,*
veste á recitar podemas
á la cuadra! Yo repuse:
¡Y usté se va á hacer protestas
al arroyo! Prencipiaron
á llamarme cosas feas;
yo, cegao, no sé qué siznos
indiqué; la concurrencia
se resintió, suponiendo
que lo hice con mala idea...,
y si no asoman dos números
de seguridaz, *¡requiescat!*
—¡Gachó, pues no pasarías
mal miedo!
—¡De clase de extra!
¡Pero á ver si hay quien me quite
las ciento doce pesetas,
líquidas, que me produjo
la función!
—Ahora escarmienta,

Nicolás, que á la segunda
puedes dar en las Salesas.
—¡Quién! Ya estoy organizando
la gran *kremés,* con idea
de socorrer á seis huérfanos
de Felipinas...
—¡Dios quiera!...
—Vamos, tu cállate y déjame
que siga con mi sistema,
porque yo sé que no pasa
la mar el que no se arriesga.

IMPRESIONES DE VIAJE

—¿Cuándo has venido?
—Antiyer.
—¿De ande?
—De San Sebastián.
—¿Cuánto has estao?
—Quince días.
—¿Te has divertido?
—¡La mar!
—¿Te habrás bañao?
—Por supuesto.
—¿Con algas?
—¡Es natural!
—¡Miá que habrás visto ca forma!...
—¡Carcula!
—¡Maldita siá!
¡Qué suerte tiés!
—No me quejo.

—¡Pues te podías quejar,
encima de haber gozao
más que un menistro!
—Quizás.
Pero eso no es suerte.
—¡Gracias!
—Eso es saberse gastar
veinticinco pesos.
—¿Cuántos?
¡Y también cuarenta!
—¡Quiá!
Los que, como yo, no llevan
las cornias esmerilás
y chanan, por consiguiente,
y han tenido sociedaz,
disfrutan con tres ochavos
lo que otros con un platal.
Yo con veinticinco duros,
peseta menos ú más,
voy y vengo, vivo quince
días en el *boulevard,*
ú en un hotel de la Concha
cerca del palacio rial,
y entro en el Casino y juego...
—Y pierdes.
—¡Claro, no van
á divertirte y á darte

cinco duros además
de rositas! Pero, en cambio,
tengo el gusto de alternar
con jueces, con generales,
con *banqueros* y con cá
marquesa y con cá *cocotre*
que Dios tirita.
—No habrás
hecho el viaje con tan poco
dinero en el *lispin car*.
—¿Quién, yo? ¡Pues no hubiera sido
menuda barbaridaz!
—¿Por qué?
—Pues porque en el *lispin*
te gastas un dineral
y te llevan en seguida
y apenas disfrutas na
del paisaje, tan y mientras
que diendo en tren especial
de esos botijos, ú como
los quieras clasificar,
te cuesta muchismo menos
y tardas muchismo más,
y oservas el panorama
con toda comodidaz,
y llegas á una estación
y te bajas á cargar

comestibles y haces todo
lo que tengas voluntaz,
porque sabes que no pueden
meterte prisa en jamás,
como en Miranda; en Miranda
nos bajemos yo y Damián
con la Inés...
—¿Qué Inés?
—*La Zurda,*
que nos fué recomendá
por su marido al salir
juntos pa San Sebastián.
—¿Iba sola?
—¡Me parece!
—¡Gachó contigo!...
-¡Velay!
Pues, como digo, en Miranda
la Inés se empeño en tomar
un refrigerio, porque iba
desfallecida, lo cual
que pedimos en la fonda
tres chuletas rebozás,
salchichón, una tortilla
de patatas (pa halagar
á la Inés), una botella
de á litro de mostagán
y dos ceneques; nos fuimos

con el convoy á un maizal
y nos lo echemos al buche
sin inquietuz y sin na.
Conque después nos jugamos
el consumo yo y Damián
á la brisca, nos mamenos
una siesta regular
luego después á la sombra,
y en cuanto hizo la señal
el pito, pues nos montemos
y andando.
—Comodidaz
tié mucha.
—¡Qué iban á hacer
eso los del *lispin car*
en ningún punto del tránsito
con lo atropellaos que van!
—¡Suponte!
—¡Como no hicieran
cabezas de pavo rial!
—¿Y tú que opinas?
—¿Quién yo?
¿De qué?
—De San Sebastián.
—¡Que aquello es el *non pus!*
—¡Leñe!
—Prencipiando por el mar...

—¿Que será grande?
—Lo menos
ciento treinta veces más
que el Niágara de la cuesta
de San Vicente.
—¡Julián,
que tiés madre!
—¡No te rías,
que eso se pué preguntar!
—Tendrá ballenas...
—Ballenas
yo no sé si las tendrá,
pero pulpos los he visto
varias veces.
—¿De verdaz?
¡Pues cualisquiera se baña!
—Cualisquiera; tú si vas.
Allí da gusto el bañarse.
No te vayas á pensar
que es como aquí en *los Jerónimos*
ú en *los Cipreses*.
—¿No?
—¡Ca!
Hay menos hipocresía
y más confraternidaz,
y se bañan los dos sesos
juntos y no pasa na,

porque gastas una broma
con cualesquiera, y lo más
que te dice es que te estés
quieto.
—Pero llevarán
algo pa taparse.
—¡Claro
que lo tienen que llevar!
¡No, que iban á dir lo mismo
que la mujer del Adán!
¡Qué cosas preguntas, hombre!
¡Cuidao que eres animal!
—De toos modos, más que aquí
cuasi siempre se verá.
—¡Pa chasco! Pasa lo mismo
que en la calle; tú te estás
en Madriz dos ú tres meses,
ú cuatro, sin trompezar
con una que se levante
la falda ni un dedo más
de lo marcao, aunque caiga
el diluvio universal,
y allí, con el tiempo seco,
te se suelen remangar
hasta semejante sitio.
—¡Qué envidia!
—¡No, pero na!

Pasaos los primeros días
te llegas á acostumbrar
y las ves como si vieras
á un sacerdote.
—¿Y qué tal
se pasa la vida?
—¿Cuála?
¿La vida?
—Sí.
—¡Ni el Cazar
de Rusia con toos sus miles
de duros la pasa igual!
—¡Qué ponderativo que eres!
—Claro, como tú no estás
acostumbrao á salir
del Arroyo Abroñigal,
ni á comer más que inundicias,
y esas por casualidaz,
ni has visto más menumentos
notables que la central
de Correos, te figuras
que uno miente.
—¡No, Julián!
—¡Hombre, sí!
—¡Por estas cruces!
—Pues te voy á detallar
la vida que se hace allí,

pero antes ten la bondaz
de colocarte las cnanclas
ú sírvete de sacar
un poco de espliego.
—¡Chico,
dispensa la libertaz!
¡Pensé que no se notaba!
—Pues sí se nota.
—Ya están.
—Entonces, arrima y oye.
—Cuando quieras.
—Pues verás.

(*Sigue.*)

IMPRESIONES DE VIAJE

(CONCLUSIÓN)

—Espérate que me sueno.
—¡Pero oye!... ¿qué novedaz
es ésa?
—¿Cuál?
—El pañuelo.
—¿Ahora lo ves? ¡Pues no estás
poco atrasao de noticias,
y hace mes y medio ya
que lo estoy usando!
—¡Chico,
tú no eres el de antes!
—Hay
que seguir con la corriente
de la moda.
—¡Camará!...
¡Si hoy día resucitara

tu padre, por un casual,
y de buenas á primeras
viese lo cursi que estás,
no iban á ser coscorrones
los que te ibas á encontrar!
—¡Tú qué sabes!
—¡Pues es claro!
¡Miá que moquero!... ¡Julián!
¡Luego dicen que no quedan
hombres! ¡Cómo han de quedar
si paecís del bello seso
cuasi toos!
—Oye, si vas
á colarme too el pograma
dilo con formalidaz
y otro día seguiremos
con lo de San Sebastián.
—¡Pero, hombre, no te arrebates!
¡Es que te quiero, y me da
vergüenza de verte!
—Gracias
por la buena voluntaz
y voy á seguir contándote,
si no lo tomas á mal,
mi escursión.
—Prosigue.
—Bueno.

Supongo que tú sabrás
la historia de *Jauja.*
—Claro.
Figúrate quién habrá
que no la sepa si ha sido,
como yo, menor de edaz
anteriormente.
—Pues eso
viene á ser San Sebastián.
—¡Atiza!
—¡Cómo que atiza!
Oye y te convencerás:
Por las mañanas madrugas
ó no, porque libertaz
como aquélla no la ties
en ningún lao, si no vas
al extranjero; te aseas,
si acostumbras, porque no hay
obligación. Allí en eso
cá uno hace su voluntaz.
—¡Superior!
—¡No te entusiasmes
entoavía, que eso no es na!
Tomas luego el desayuno,
que por regla general
suele consistir en cuatro
sardinas recién pescás

y unos buchitos de sidra
y un buen cuscurro de pan...
—¡Al pelo!
—Después te largas
hacia la *Concha*, te das
un paseo ú dos ú tres,
si es que tiés nesecidaz,
á fin de que las sardinas
te se queden bien sentás
en el órgano; después
te metes con disnidaz
en el agua (porque sabes
que hay duquesas que te están
oservando con antiojos
de esos que aumentan la mar
los ojeztos), y en el agua
te humedeces el costal
y te recreas la vista,
y hasta puedes juguetear,
ú con las olas que vienen
ú con las hembras que van.
—¡Ole!
—Sales, te sacudes,
te vistes, echas á andar
pa el hotel ande te hospedes,
comes mejor que un bajá
tus alubias y unas cuantas

sardinas recién pescás
(másime el postre y ecétera),
sacas un pito de á rial,
ú bien lo pides, te embriaguas
con su aroma y á roncar
un rato, si algún repórtero
no te se cuela ande estás
con la mira de enterarse
de tu modo de pensar,
referente, supongamos,
al hecho del general
H ó B, ó á cualquier otro
poblema de aztualidaz.
Pero—¿qué le importa á nadie
mi opinión?
—Como importar,
prósimamente lo mismo
que al hijo de mi mamá
la venida del *Woodford*
y las turbias del Canal;
pero, claro, como ocurre
que aquello es puerto de mar,
hasta los congrios explican
su aztituz.
—Es natural.
—Bueno, pues te echas un rato
con el fin de reposar

las alubias y tener
la cabeza despejá;
te pones tus alpargatas
y tu boina pa alternar
con la grandeza, porque es
el traje de sociedaz...
—¡El que uso yo por las noches
cuando voy á camelar
al fielato las vejigas
del alcól!
—*¡Equilicuá!*
¡Pues ahí tiés la democracia!
—Y está muy bien.
—¡No ha de estar!
—Continuda.
—De seguida
que te has compuesto, te vas
y oyes la murga de gratis
junto al Casino, lo cual
que no te choque de ver
entre la gente, cargás
de perifollos, algunas
que toda su vida van
pisando por esas calles
con el contrafuerte. Das
una vuelta por la *Concha*,
llegas hasta *Miramar*,

luego desandas lo andao,
después vuelves hacia allá,
y así sucesivamente
hasta la hora de cenar.
—¡Cuántas distraciones, chico!
—¡Y too sin costarte un rial!
—¡Así cualquiera se aburre!
—¡No pué ser, porque además
con las pulgas te distraes
un porción!
—Sigue, Julián.
—Corriente, pues como llevas
abierto de par en par
el apetito, por causa
de lo que has andao, te vas
camino del *restaurante*
(vulgariamente posá),
cenas ocho, diez ú doce
sardinas recién pescás
de barba de mico, tomas
el pendingue y á gozar
á la *Zurriola*, que es ando
suele dir lo prencipal
de lo *chique* y de la *créme*...
—¿De lo cuálo?
—Pa abreviar,
que allí no ves más que nata

por cualquier sitio que vas.
¿Que aquello no te resulta
por mor de la escuridaz
ú del olor á marisco
que te sube dende el mar?
Pues por una porquería
te metes en el local
del Casino, ves mujeres
capaces de sublevar
á una garrafa, te rozas
con la flor y ves jugar
á muchas personas serias
que luego á cá paso están
en Madriz echando pestes
contra la inmoralidaz.
—¡Qué gacholis!
—¡Cucalandras
que, si á mano viene, van
y te levantan un muerto
sin que lo llegue á oservar
el *gurrupiese* más vivo
de Uropa!
—¡Pero no irán
ciertos personajes!
—¿Cómo?. .
¡Pué que hasta príncipes! Hay
un surdelegao de Hacienda

que mientras tanto que está
jugándose las pestañas
al monte ú al *bacarraz*,
manda á sus hijas abajo
pa ver si pueden sacar
del tren ú de las pelotas
ú de los caballos, más
que haciendo *crochete*.
—¡Chico,
pues eso es de criticar!
—Pero ¿te entretiene?
—Claro.
—¿Entonces á ti qué? ¡Na!
—Bien, y después del Casino
¿qué es lo que se hace?
—Pues vas
á tu casa, te desnudas,
te quedas al natural,
te quitas las pulgas luego
con una rede que habrás
comprao antes, porque á pulso
no tiés tiempo material,
y así que estés en el catre
te presinas y á roncar.
—¡Qué lástima que haiga pulgas!
—Pues no lo creas, Isaz.
Bien mirao es una suerte

muy grande.
—¿Sí?
—¡Natural!
Porque así no hay chinches.
—¡Concho
—¡No las dejan levantar
el pico! ¡Pues buenas pulgas
tién los de San Sebastián!
—¡La mantención sí que es buena
según tú!
—¡De Casa Rial!
poco más ó menos!
—Oye,
¿sardinas también habrás
comido?
—Cuando me daban
tentaciones de variar.
—¡Y que no estarían frescas!
—¡Ya ves tú, recién pescás!
....
....
Conque ¿qué dices?
—¿Quién, yo?
Que hago una barbaridaz
y lo que es el año prósimo
me voy á San Sebastian,
aunque pase too el ivierno

con el hambre á bofetás.
—¡Muy bien!
—¡Es claro!
—Y si sabes,
por una casualidaz,
de algún amigo que manda
su señora pa hacia allá,
dí que te la recomiende,
que siempre te distraerás
en el camino.
—Muy fácil
es que aparezca.
—Pues na,
yo que tú lo averiguaba.
—¡Pues no lo he de averiguar!



«MEETING» DE PANADEROS

....

(Se levanta Cebadeira.
Expectación.) ¡Compañeros!
En vista de la conduta
que el *ilustre* Ayuntamiento
de Madriz, como le llaman,
oserva con este gremio
diznismo de fabricantes,
vendedores y *lanceros*

de pan *(aplausos)*, y en vista
de que ha llegao el momento
vergonzoso pa la industria
panadera y pa sus miembros,
(sensación) de que el alcalde,
pisándonos un derecho
costitucional, nos quiere
poner la soga en el cuello,
yo, Luisidio Cebadeira,
seguro de que interpreto
con esaztituz las justas
aspiraciones de un gremio
tan caluzniao por algunos
que viven del merodeo,
propongo á mis dinos cólegas
presentes, que nos juntemos
pa protestar en el azto
de esta clase de atropellos,
y pa sostener incúlome
la subida de dos céntimos
en libreta, sin dejarnos
acochinar por el miedo.
—¡Bravo!
—¡Bien!
—¡Ole los tíos!
—¡Aquí hay que dir por derecho!
¿Buscan bronca? ¡Pues que la haiga!

¿Nos hacen obrar? ¡Obremos
toos juntos con energía
pa taparles el resuello!
¿Nos quieren matar la venta
de la calle, desigiéndonos
la chapa del Munecipio
y á más de la chapa un peso
y además una licencia
y además la biblia en verso?
¡Pues se sirve á la parroquia
sin la chapa y sin na de eso!
¿Que nos privan del reparto
del pan? ¡Pues repartiremos
tortas, hasta que se enteren
un porción de caballeros
de que tien los del oficio
los calzones muy bien puestos.
¡Porque si hoy día dejamos
que nos traten como negros,
se van á montar encima
de nosotros con el tiempo!
Una voz.—¡Yo tengo chapa!
Otra.—¡Yo también la tengo!
Cebadeira contrariado:
¿Qué importa que tengáis eso
cuando no sos garantiza
la seguridaz del cuerpo?

¿De qué sos sirve la chapa
si el Munecipio tié miembros
que sos copan en la calle
y sos osurpan el género?
¡Y digo que sos osurpan
por no emitir otro término,
si no tan parlamentario
más apropiao y más neto!
—¡Que lo diga!
—¡No!
—¡Sí!
—¡Mucho!
—¡Ahí le duele!
—¡Compañeros!
¿Es lícita la subida
del pan?
—¡Sí!
—¡Pa chasco!
—¿El precio
de los cereales permite
quese rebaje ni un céntimo
la labor?
—¡No!
—¡Nunca!
—¡Magras!
—¡En jamás!
—Y suponiendo

de que lo permita, ¿puede
ningún alcalde primero
tasar el precio de venta
de los produztos del gremio?
—¡Qué ha de poder!
—¡Ni el menistro!
—¿Qué entiende el alcalde de eso?
—¡Ni un cañamón!
—¡Tendrá granos!
—De todos modos, el hecho
real es que ha sido viólada
la libertaz de comercio,
y que si nos queda un gramo
de lacha gremial, debemos
hacer un azto muy gordo
pa que sirva de escarmiento.
(*Aprobación.*) ¡Se nos dice
que hay ladrones en el seno
de la industria panadera!
¡Claro que hay! *Un compañero*:
—¡Pido la palabra!
—Diga
pa lo que es.
—Con el ojezto
de defender á un ausente.
—¡No hay palabra!
—¡Pues protesto!

—¡Á callar!
—¡Fuera!
—¡Que baile!
—¡Darle una patá!
—¡Silencio!
—¡Que hable Cebadeira!
—¡Gracias!
Pues bien, nobles compañeros:
¡Se nos dice que robamos!...
¡Como si el dar falto el peso
dependiera de nosotros
por más esaztos que fuésemos!
¿Y las mermas naturales
que por distintos concetos
tié el pan en cuanto se saca
del horno? ¡Que cuando hacemos
el cárculo del amase
resulta siempre de menos,
sin que dé la concidencia
ni una vez de que haiga esceso!
¡Será un casual! porque todos
conocen nuestro deseo
de favorecer al público
mas que nos perjudiquemos.
¿No es esto verdaz?
—¡Esazto!
—¡Chipendi!
—Y en prueba de ello,

vosotros que seis legales,
pundonorosos y reztos,
¿qué ganáis con las tahonas?
¿Qué sus producen los puestos?
¿Qué sacan los que reparten
á domecilio su género?
—¡Lumbre!
—¡Ni pa agua!
—¡Cabezas!
—¿Hay en el mundo sujetos
más aznegaos que nosotros
y con más desprendimiento?
Todos.—¡No!
—¿Cuántos artistas
de pan, vulgo panaderos,
se hacen ricos? ¡Ni uno solo!
¿Cuántos perecen? ¡Doscientos
cada mes! ¿Y cómo paga
la sociedaz los desvelos,
bien aislaos, bien coleztivos,
que pasa por ella el gremio?
¡Diflamándonos los públicos,
hollándonos los gobiernos
y tirándonos la prensa
periodística al degüello!
—¡Eso es hablar!
—¡Ahí los hombres!

—¡Muy bien dicho!
—¡Compañeros
¿Hay en la conduzta pública
razón, equidaz y aseo
pa con nosotros? *(Murmullos.)*
¿Juzgáis vosotros que semos
acreedores á esta guerra
que se nos hace?
—¡No!
—Bueno.
Pues ya que hoy día el consumo
no agradece los esfuerzos
de la industria panadera,
yo sos propongo: primero,
nombrar una comisión
salida de nuestro seno
pa que entere al Munecipio
de que desde hoy tomaremos
todas aquellas medidas
que nos salgan de aquí adrento.
—¡Bravo!
—Segundo, dejarse
de músicas y arrodeos
y subir los panecillos
(sin garantizar el peso),
y el que quiera, que lo tome,
y aquel que no acete el precio

señalao, que coma mielgas
y que le hagan buen provecho.
*(Risas, aplausos, rumores,
y enhorabuenas.)* Tercero,
tener muy presente que ahora
con el cambio de Gobierno
se harán nuevas eleciones,
y así que llegue el momento
si los trigos se abaratan
subimos el pan dos céntimos.
(Aprobación.) Cuarto y último,
mantener este proyezto,
y si el alcalde continua
pisándonos el derecho
mercantil, cerrar los hornos
y que amase pan el verbo.
(*Entusiasmo.*) *El Presidente*:
—¿Queda aprobao lo propuesto
por el socio?
—¡Sí!
—¡Se aprueba!
—Pues entonces, compañeros,
antes de que disolvamos
este *meetinge*, gritemos·
¡Viva el alza!
Todos.—¡Viva!
¡Viva la unión de los gremios!
....

ARTISTAS ILUSTRES

—Que te pongas tantos moños
no estando presente yo,
y que vayas y presumas
de vista y de corazón,
se comprende, mas que mientas,
porque eso nos gusta á toos,
bien mirao, pero que lo hagas
delante de un servidor
sabiendo que te conozco
igual que la que te dió
á la luz pública, mira,
me hace la misma impresión
que el tomar un vomitivo.
—Puede.
— Palabra de honor.
—¡Qué mala cosa es la envidia!

—¿La qué?
—La envidia.
—¡*Sifón*!...
—No me hagas reir que tengo
pupa en el labio inferior.
—Ya sabes que te hago sombra.
—Cuando te pones al sol.
—Eso dicen.
—Y lo dicen
con muchísima razón.
—¿Tiés muchas corridas?
—Tengo
las que tié mi matador.
—¡Valiente puñao!
—¡Es claro!
Si escetúas una ú dos
novillás cá temporada,
que por conmiseración
le cedes al pobre *Guerra*,
tú eres el amo del cok.
—Porque he visto en este mundo
muchísmos cuernos.
—¡Adiós,
que desde que te conozco
no he visto ninguno yo!
—Puede ser, pero hay bastante
diferiencia entre los dos
en práztica y en pupila.

—Sí que hay.
—Pero á mi favor.
—¿Mucha?
—Poco más ó menos,
la que hay entre un cañamón
y tu cara, que es más grande
que la esfera del reloj
de Canseco. Tú lanceas,
es una suposición,
á un cornupeto de pieses,
y parece, salvo error,
que sacudes un felpudo,
y en cambio, ya sabes que hoy...
(no lo digo pa que sufras
ni pa darme pisto yo,)
toda la prensa taurina
me llama *¡el primer peón!*
—¡De música! Porque asi
que ves delante un buró
te se salen los sonidos
lo mismo que á un acordeón.
—Hay quién se asusta en silencio
y le resulta peor
—¡Calla, nulidaz!
—Quisieras
tener mi reputación
tauromática dos horas

pa ser más nombrao que Dios.
¿Tú quiebras á cuerpo limpio?
—Ni tú tampoco.
—¿Que no?
—¡Vamos, hombre!... Tú quebrastes
el año noventa y dos
cuando tuvistes el puesto
de dátiles y jabón
en las Peñuelas, ¡pero ahora
qué has de quebrar, hablador!
¡Y á cuerpo limpio, y le tiés
más negro que el *Chulalón!*
—¡Gracias!
—No hay por qué.
—De modo
que estando como estás hoy
también puede ser que digas
que me falta corazón.
—¡Eso nunca! Ya sabemos
que por sobra de valor
te has mudao hace tres días
de la calle del Peñón,
así de que te enterastes
por el azmenistrador
de que han arquilao el bajo
pa casa de vacas.
—¿Yo?

No me he mudao por los cuernos;
me he mudao por el olor
que arroja el ganao vacuno
dentro de la población.
—La saluz es lo primero
que hay que cuidar
—Sí, señor.
Y te azvierto que esas bromas
no se las permito yo
ni á mi padre, porque corren
y atacan al pundonor
profesional.
—Tú tiés poco
que perder, gracias á Dios.
—De manera que resulta
que no valgo pa peón
y que tampoco pareo,
y...
—¿Quién ha dicho que no?
—¡Cá par de coces que arrimas
vale seis duros.
—Yo doy
coces y corto asaduras,
cuando llega la ocasión,
fuera del terreno artístico,
pero dentro de él estoy
muy por encima de algunos

que sos dais cierto charol.
—¿Tú, por qué?
—Porque yo paso
como nadie.
—¡Sí, señor!
—¡Y que te coste!
—Tú pasas...
boqueras junto al Salón
del *Heraldo* y á la puerta
de El Diván.
—¡Mia que estás hoy
negativo!
—¡Ya lo creo!
Como que tengo el honor
de saber que no te cabe
la iznorancia en el zurrón.
—Me choca que digas eso
sabiendo que en Algodor
y en Meco y en Pedroñeras
y en Huete y en Mocejón
he matao bastantes toros...
¡como pué que no haiga dos
que los maten aztualmente!
—¿A disgustos?
—No, señor.
¡Recibiendo!
—Sí, puntazos

en semejante región.
Por cierto que de resultas
tiés la parte posterior
igual que un azucarillo.
—Eso les ocurre á toos
los que pisan el terreno
de los moruchos, Eloy,
y á los que no ven la *ginda*
y hacen lo que un servidor
y se tiran con vergüenza.
—¿Qué haces tú?
—¿Que qué hago yo?
Que cuando voy á la plaza
me llevo un dispertador
porque al meterme en la cuna
me quedo como un lirón.
—Y así de que abres los ojos
te encuentras al ispetor
con dos números del orden.
—¡Mentira!
—Calla, guasón,
y cuéntale todas esas
papas al embajador
de la China, que los chinos
se lo tragan cuasi too
¡Ni tú sabes ver los toros
como manda la afición,

ni distingues un pimiento,
ni has conocido el valor,
ni pasas más que fatigas,
ni matas más que *el Hurón*,
y á ti lo que te hace falta
es encontrar un gachó
que te rompa la cabeza
pa que arrojes el vapor
que te se ha metido dentro
del celindro, y sobre too,
que te dé pa unos garbanzos,
porque estás débil, *Sifón*.
—Natural, como tú sacas
de los cuernos más que yo,
comes á lo rey.
—No tengo
ganas de conversación,
y quítate de mi vista
volando, y haz el favor
de alternar con los maletas
de tu par igual!
—¡Adiós,
Luis Mazzantini y Eguía!
—¡Tadai, mamarracho!...

. . . .
. . . .

—¡Eloy!

—¿Qué quieres?
—Miá qué *colasa*
va á tirar tu matador.
¿La cojo?
—¡Naturalmente!
¡Pues no eres poco rumbón!
. . . .
Y vente pa acá con ella,
que alternaremos los dos.

CUESTIÓN DE GUSTOS

—¿Tengo razón?
—Sí la tienes.
Mirándolo bien es chata,
y una mijita bisoja,
y un poquitillo tartaja,
y tiene, como tú dices
con mucha razón, la cara
cuasi más negra que el forro
de las morcillas ahumadas.
—Y ribetes en los párpados.
—Y un sobrehueso en la espalda.
—Y es un sí es ó no torcida.
—Y á veces un poco tarda
para la higiene. ¡Las cosas
que se ven no hay que negarlas!

Pero ¿qué me importan esas
cinco, seis ú siete faltas,
que no lo son si te fijas
en su desinificancia,
sabiendo que la Dolores
es una mujer honrada?
—¿Quieres que hablemos en serio?
—¡No te estoy hablando en chanza!
—Como nunca se conoce
cuándo te expresas en guasa
y cuándo en formal, no debe
de chocarte que uno te haga
esta interrución.
—¡Liborio,
te hablo seriamente!
—¡Basta!
—Yo sé (y esto te lo digo
dentro de la confianza)
que la Dolores no vale
lo que un kilo de patatas
respezto á su parte física,
porque además de las varias
deficencias esteriores
que acabamos de sacarla,
no puedes lo que se dice
dirigirla la palabra
ni á veinte leguas, efezto

de que te tira de espaldas
al alentar, pero, en cambio,
cuasi too eso lo sursanan
sus condiciones internas,
que están de non en España.
—¡Siempre habrá que quitar algo,
Ginés!
—No hay que quitar nada;
porque ¿me dices tú donde
se ha visto mujer más llana,
ni más buena, ni más útil,
ni más desinteresada?
¿Cuándo ha existido en el mundo
ningún otro ser con faldas
que agradezca los afeztos
como esa pobre muchacha?
Dónde han tropezao tus ojos,
nunca jamás, con la ganga
de una mujer que se ofenda
cuando su novio trabaja
y que, además, tenga gusto
de sufraguarle la casa
y de vestirle lo mismo
que á uno de la aristocracia?
¿Hay alguien, entre los muchos
desahogaos con que uno trata,
que se cuelgue de rositas

en los hombros una capa
de paño verde botella
y embozos de celpa grana,
y que se ponga á too pasto
camisas cuasi de holanda
y botas de piel de cerdo
con su inicial en las *cañas*?
¿Sabes de algún ciudadano
que sin pisar una fábrica
ni un taller ni dengún sitio
de esos donde se trabaja
lleve siempre, por lo menos,
dos ó tres duros en plata
pa sus vicios y los de otros,
y que beba cosas caras
y que fume de Susini
y que el día que se lava
gaste jabón de lechuga
en vez de arena ú potasa?
¿Que no puedo darme tono
como tú con la Gervasia,
porque la tuya es de buten
y la mía un perro de aguas?
¡Ya lo sé! Pero en el mundo
cuasi too tié sus ventajas,
Liborio, y así sucede
que mientras que tú te pasas

trabajando como un burro
seis días á la semana
pa ir y llevar á tu novia
conforme á sus cercunstancias
físicas, y mientras tienes
á todas horas el alma
poco menos que en el aire,
por mor de que nunca falta
quien te busque las revueltas
pa hacerte una charranada,
yo me doy la primer vida
y estoy hecho un patriarca
y me divierto de gratis
en tanto que ella se afana
despachando en su taberna
rondas de tintas y blancas,
y además estoy tranquilo
porque es imposible que haiga
ningún loco que la diga:
—*¡Por ahí te corrompas!*
—¡Calla,
ciego!
—¡Sí, ciego:
—¿No valen
cinco minutos de cháchara
con una mujer hermosa
que te camele con ansias

mucho más que toos los goces
del mundo? ¡So papanatas!
¿No hacen olvidar las penas
dos ojos negros de á cuarta
que se fijan en los tuyos
y te eletrizan el alma
y te caldean el cuerpo
y te llevan en volandas
hasta los propios dinteles
del cielo? ¿Con qué se paga
un *¡Chulo de mis fatigas!*
y un *¡Negro de mis entrañas!*
dicho con pasión por una
mujer bonita y honrada?
—Eso está bien pa cuando uno
prencipia á tender el ala;
pero así que la esperencia
se echa encima, te se aclaran
los sentidos y no buscas
por ahí más que cosas prázticas.
Yo he tenido, como sabes,
un porción de mozas guapas
de toos gustos y calibres
y de toos pelos y castas,
y ahí están, sin ir más lejos,
pa probarlo si hace falta,
Severina *la Locatis*,

Concha *la Desvencijada*
y la nuera del *Quitolis*
y la novia del *Badanas;*
pero ¿qué me han dao? ¡Disgustos
que me han salido á la cara,
de esos que ofenden al hombre
de más tragaderas que haiga!
Desengáñate, Liborio,
tú no ves las cosas claras
porque llevas el caletre
tapizao de telarañas.
Hoy, entre echarse una novia,
supongamos, pobre y guapa,
que te tenga siempre en vilo
y que no te dé ni pa agua,
y entre andar en relaciones
formales con un fantasma
que esté libre de golosos
y que te llene la panza...
¡recapacita las cosas
con un poquito de calma,
y en cuanto recapacites
díme tú si hay comparanza!
—Es que, pa seguir la ruta
que tú sigues, hace falta
tener el primer estómago
y haber nacido sin lacha

y llevar una acerola
por corazón.
—A Dios gracias,
con esos tres requisitos
me echó á este mundo mi mama,
que, á juzgar por eso sólo,
debió de ser una sabia.
—¡Pues no te envidio la suerte
ni te arriendo las ganancias!
—Deja que pasen los años
y que te den la tostada,
verás cómo luego dices:
¡Qué vista tiene ese caña!

UN GUAPO

—Sabiendo tú, como sabes,
las pulgas que yo me traigo,
y costándote de sobra
que está por nacer el guapo
que me pise el contrafuerte
sin que yo le muerda el cránio,
debes comprender, Quirino,
cómo acabaría el ajo.
—¿Con sangre?
—¡Naturalmente!
—¡Qué tripas tiés, Escolástico!
—¡Ya lo sabes!
—¿Y ande entierras?
—En ningún lao. Yo le masco
los entrecotes al *Sursum
Cordam,* si se viene á mano,
sólo con que me estornude

fuerte; pero no me paro
á levantar su cadáver
de ande caiga, que ese cargo
no es pa los hombres que gastan
la guapeza que yo gasto.
—¡Perdóname si te ofendo
con mi pregunta!
—¡No hay caso!
Si me hubieras ofendido
no estarías preguntándolo,
¡porque el dios que á mí me ofende
se queda mudo en el azto!
—Ya lo sé; pero volviéndonos
al prencipio del relato,
voy á atreverme á decirte
que estuvistes un poco áspero
con Sindulfo, porque el hombre
no dió motivo pa tanto,
según mi ver.
—Eso prueba
que hablas por boca de ganso,
como acostumbras; que iznoras
las aciones de lacayo
de funeraria que tiene
cometidas ese guarro
conmigo, y que tú no sabes
que, dao mi carázter agrio,

he sido con él un ángel
de bueno.
—Pues me retrazto
de lo dicho, porque entonces
es que no me habré hecho cargo.
—¡Natural! Y pa que puedas
enterarte y ser esazto,
cuando cuentes lo ocurrido,
te voy á poner en autos,
y dí tú si no me brota
la razón por los padrastros
de los pies.
—Habla.
—Tú sabes
que tengo tan buena mano,
gracias á Dios, pa cuestiones
de lotería, que es raro
que yo no coja un pellizco
grande, pequeño ú mediano
por lo general.
—Se entiende,
cuando juegas.
—¡Está claro!
Y sabes que de resultas
hace cosa de tres años
que la novia de Sindulfo
siempre quiere estar jugando

conmigo, pa ver si acierta
con el gordo, y deja el tráfico
de la prazuela y se quita
de hablar con ese borracho
por *seculorum.*
—Entonces
me paece que tié pa rato.
—Pueda ser, pero á lo que íbamos:
pasaba yo, tres ó cuatro
días antes del sorteo
de Navidaz por el patio
de mi casa, donde vive
también el Sindulfo, cuando
sin que yo me apercibiera
se abre la puerta del cuarto
y oigo que la Secundina
va y me dice por lo bajo,
con esa voz que ella pone
cuando quié conseguir algo:
—*Si no llevas mucha prisa,*
ó si no te da reparo,
pasa, que tengo que hablarte
dos menutos, Escolástico.
Yo me hice el tonto, por miedo
de que me viera la Amparo
desde el corredor, porque anda
de resultas de aquel chasco

de la Rita, con más ojos
que una ensalá, pero al cabo,
dije:—Cuando ésta me llama
sabiendo lo mal que andamos
él y yo de relaciones
por su culpa, si no paso
pueda ser que se figure
que á mí me se hiela el cuajo
y que me escurro por miedo
de Sindulfo. Conque claro,
como tengo este carázter
y no me asustan los bravos,
entré pa adentro, y entonces
ella me dijo:—*Te llamo*
porque se ha marchao Sindulfo
con unas muestras de granos
á las Descalzas, y puede
que no vuelva en un buen rato,
pa saber si me permites
jugar contigo, Escolástico,
porque tú tiés mucha suerte
y así puedo sacar algo.
Yo hice intención de negarmo,
con ojezto de evitarnos
otro disgusto, diciéndola
que no jugaba ni un cuarto
siquiera, pero no ostante,

ella siguió machacando;
y con que—*¡Ya no me estimas!*
y con que—*¡Eres un ingrato!*
y con que—*¡No me das gusto!*
y con que—*¡Así paga el diablo*
la amistaz!, fué camelándome
la mujer, hasta que al cabo
me sacó parte en el número
mil doscientos treinta y cuatro;
y estaba la pobre chica
más contenta que Aguinaldo
después de hacer el ajuste
pa la entrega de los tágalos,
cuando van y abren la puerta
y entra Sindulfo muy ancho
y emite una frase sucia,
y nos quedemos mirándonos
talmente como si fuésemos
estatuas; ella guardando
las formas con el propósito
sin duda de apaciguarnos,
y él como pidiendo bronca,
y yo... ¡puedes figurártelo
tú que conoces los kilos
de veneno que me traigo!
De esta manera estuvimos
los tres un porción de rato,

hasta que por fin el hombre,
después de muchos preámbulos,
y de plancharse los tufos,
y de escupirse las manos,
y de ponerse de forma
que se le viera el vergajo
pa que á mí me se mudara
la color con el espanto,
como si yo fuera un chico
de los que van á los párvulos,
pregunta con mucha flema:
—*¿Qué hace aquí ese mamarracho?*
A lo cual, desaminándole
con sorna de arriba abajo,
le repuse sin moverme
de junto á ella pa azararlo:
—*Pues vengo á ver si querías*
tomarte dos puñetazos
en la cabeza conmigo.
Y él contestó:—*¡Treinta y cuatro!*
Conque entonces me dió miedo
porque conozco lo bárbaro
que soy, y cuando me pongo
burro no se lo que me hago;
pero pa que no creyera
que á mí se me arruga el párpado,
le respondí, levantándome

del sofá: —*Salte pa el patio,*
Sindulfo, porque si mueres
quiero que mueras al raso.
Y aquí viene la porcada
gorda que me hizo ese guarro,
y que no se la perdono
ni aunque viva dos mil años.
—¿Cuála fué?
—Que sin dejarme
lugar pa salir del cuarto,
como hubiese hecho cualquiera
persona honrada en su caso,
y sin respetar el seso
ni la situación del ánimo
de la pobre Secundina,
me soltó dos vergajazos
aquí, en semejante sitio,
traidoramente, que... ¡vamos!...
no creo que me haga falta
referirte el espetáculo
que di, porque me conoces
y lo supondrás.
—¡Pa chasco!
—Mira, sentir yo los golpes
en la nuca, verme echando
sangre por boca y narices
á chorros, y meter mano

pa empalmarme con idea
de hacer un asesinato,
fué todo uno. Pero el tío
se debió sospechar algo
porque al verme descompuesto
me dió otro par de estacazos,
como el hombre que se teme
perder la esistencia.
—¡Claro!
¿Pero tú?
—¿Quién, yo?... ¡Carcula!
Yo, cegao por aquel azto,
sentí que me se subía
la sangre de toos los vasos
al frontal, y le repuse
despidiendo espumarajos
de rabia: —*¡No me provoques,*
por Dios, mira que te mato!
Y al oservar que el muy primo,
en vez de haberse achantao
por su bien, al viceversa
continuó dándome palos,
saqué la lengua de vaca,
prencipié á largar encargos
y á ofender á su familia
y á blasfemar y á dar saltos...
y *¡el delirio!* Con decirte

que salió huyendo pa el patio
pidiendo socorro á voces
y que se escondió debajo
del mostrador de la tasca
de Quintín *el Maragato*,
figúrate... Por supuesto
que le eché la vista al gato
y ¡no sé! pero carculo
que le di seis mil pinchazos,
porque irme yo de vacío
con las tripitas que gasto...
¡cualquier día!

—De manera
que ahora le estarás buscando.
—¿Quién, yo? ¡Tú no me conoces,
Quirino! Me dió tal asco
la blancura de Sindulfo
por lo que te estoy contando,
que en seguida busqué casa
y me las guillé del barrio,
porque á mí me se envenena
la bilis en ciertos casos,
y el día que me lo encuentre
¡sé que muero en un cadalso!
—¡Sí, porque tú, si te pones,
eres un tigre!

—¿Qué? ¡Varios!

UN HOMBRE PRÁCTICO

—¿Yo trabajar? ¡Buena gana
de darle penas al cuerpo
pa andar siempre á puñetazos
con la carpanta, Quiterio!
—¿Y qué vas á hacer entonces?
—¡Repuño! Ni más ni menos
que lo que hago desde el día
que me se alumbró el celebro
y comprendí que el trabajo,
según yo y tú lo entendemos,
lo han inventao pa los burros
del uno y del otro seso,
pero no pa los que tienen
dos adarmes de criterio,
como yo.
—Pues no trabajes

y te quedarás anémico,
porque ande no se trabaja
claro está que no hay dinero,
y cuando falta la guita
se carece de alimentos,
y sin nutrición no hay sangre,
ni estómago, ni na.
—Bueno.
Eso lo decís los tontos
de nación, porque sois ciegos
y lleváis á todas horas
vendao el entendimiento,
pero yo, que he visto muchas
cosas en el año y medio
que hace que dejé el oficio,
te refuto con mi ejemplo,
y á ver si después de que oigas
las razones que te alego
te atreves á rebatirme
tanto así.
—Habla y veremos.
—¿Tenía yo, ni con mucho,
los colores que ahora tengo,
gracias á Dios, cuando andaba
cargando cubos de yeso
y recontando ladrillos
y descombrando cimientos?

—No, porque entonces estabas
como atigrao, por efezto
de la calor y del polvo.
—Y de los padecimientos
morales.
—Y viceversa.
—¿Me has visto tú, por ejemplo,
no ostante de que usas gafas
con los cristales de aumento,
fumar brevas escogidas
de diez y de quince céntimos
en lo que hace que me tratas?
¡Vamos, dílo!
—No recuerdo.
—Pues hoy me cargo los purc..
á puñaos, y si tropiezo
por ahí con una colilla
me sonrío y la desprecio
mas que sepa que es del niño
de la bola.
—Muy mal hecho.
Porque el hombre nunca debe
tener orgullo.
—Va en genios.
¿Quiéres decirme qué líquidos
han penetrao en el seno
de mi persona, en el año

que hace que nos conocemos?
—Vino.
—¡Sí vino! ¡Las ganas!
¡Lozoya con fragamentos
denigrantes, caldos tísicos
y flor de malva y recuelo!
¿Cómo andaba yo endenantes
de ropa?
—Mal.
—Cuasi en cueros,
Catalino, porque á veces
iba enseñando los huesos
por la calle. ¿Cuántas hembras
me apreciaban?
—No sé.
—¡Cero!
¿Y no es esto triste?
—Mucho.
—Pues pa que veas, hoy puedo
disponer de cinco duros,
y no me falta un chaleco
de Bayona y una capa
y un buen chaquetón, y bebo
del aguardiente más caro
que se encorambra, y alterno
con un porción de personas
de la *higa liz* y me llevo

detrás de mis desperdicios
mujeres de mucho mérito
cntrínseco, que andan locas
hasta ver si las aceto
su estimación. ¡Conque ahí tienes
como varían los tiempos!
—Pues, chico, yo, si he de hablarte
con franqueza, no me quejo.
—Porque eres un cabezota.
—Te se agradece el conceto.
—No hay ofensa, porque dímo:
¿qué sacas tú de pocero
de la Villa?
—Dos pesetas,
cuando se trabaja.
—Bueno.
¿Y qué haces con ocho reales
y con seis chicos pequeños
además de tu señora,
de su hermana y de tu suegro?
—Pues, hombre, se va tirando.
—Quedrás decir recogiendo,
porque con los ocho reales
no tiras tú ni el pellejo
de las patatas, por mucho
que te devanes lo sesos,
¿verdaz? Y dejando aparte

la cuestión del alimento,
¿qué adelantas respirando
siempre los áromas fétidos
de la atarjea?
—Sacarme
mi jornal.
—Ya estoy en ello.
Y aculotarte lo mismo
que las pipas por efezto
de los miasmas putrefaztos
que te se azdieren al cuero,
y perder las relaciones
que tengas, porque te azvierto
que no hay quien hable contigo
cinco minutos (á menos
que esté costipao) sin darle
tiricia.
—Sí que te creo,
pero como ya es difícil
que me den un menisterio
de los de Cuba, ¿qué quieres
que haga yo?
—Lo que este clérigo.
—¿Qué haces tú?
—Pedir limosna.
—¡Puñales!
—Y vender perros.

—¿De ande los sacas?
—Los cazo
con una perra que llevo,
más honrá que la Cibeles
pero más lista que el clero.
—¿Y ande tienes la vergüenza,
Colín?
—Se la he dao á réditos
á Sanguily.
—¡Si tu padre
levantara el esqueleto
de repente!
—Se daría
con una piedra en los pechos
al ver que todas las noches
entran en casa lo menos
cincuenta reales.
—¡Tirando
la educación por el suelo,
y llenando de inundicias
el nombre de los Recueros
que has heredao!
—¡Pues si vieras
cuanto lo agradece el cuerpo!
—¡Calla, sucio!
—Mientras haiga,
como hay, artistas de mérito

que te pinten la cangrena
y que te amputen un miembro
fiticiamente, y quedando
la mar de individuos tiernos
de corazón, que se *corren*
al ver los males ajenos,
ganas más que un contratista
de víveres pa el ejército.
Y si no te incomodaras
yo te daría un consejo
pa demostrarte mi estima.
—¿Cuál?
—Que te metas á méndigo.
—¿Me hablas de formal?
—Pues claro.
—Si vuelves á decir eso,
te introduzco las narices
hasta la nunca.
—¡Qué genio!
¿Y luego pa qué, si al cabo
tienes que acabar pidiendo?
—Pediré limosna el día
que no quede más remedio,
pero con decoro, ¿sabes?
—¡Allá tú! Pero te azvierto
que á los que piden por fuerza
les va muy mal en el gremio.

CRÍTICA BARBERIL

—¡Hola, don Luis!
—Buenas noches.
—¡Adelante!
—Llevo prisa.
—¡Dos minutos!
—¡Vaya, bueno!
—¡A ver tú, chico, una silla
pa don Luis!.......................
....
—Cuando usté guste.
—Vamos, pero deprisita,
¿verdad?
—¡Al vapor! ¿Qué hacemos?
—Afeitar.
—¡Agua, Matías!
¡Anda, vivo! No hay un hombre

que azare más al artista
que usté. ¡Por fuerza le han hecho
con rabos de lagartija!
¡Siempre al galope! ¡Qué sangre!
¿Descargamos las patillas
una miaja por abajo?
—Sí, señor, y por arriba.
—Conviene.
—Bueno, pues duro.

....

—Pero ¿ha visto usté qué día
tan superior? Luego dicen
que hay la mar de pulmonías.
¡Pues no ha de haber! Y á propósito,
diga usté, ¿qué hay de noticias?
—No sé.
—¿No? Pues por ahí dicen
que nos buscan las cosquillas
los *yankees*, pa que saltemos
y se arme la sarracina
—Bueno.
—Y debe ser verídico,
porque hoy ha dicho un bolsista
que está bajando la Bolsa
la mar casi toos los días.
Pero pa mí que los *yankees*
no se marchan dè rositas,

porque ¡créame usté que ellos
la tien más baja entoavía!
—Puede.
—¡Pues poco que gruñen!
¿No ha visto usté cómo chillan
en Chicago? Por supuesto,
sin razón, si bien se mira,
porque hasta el mes de Noviembre
no empieza la degollina.
Y eso que quizás que este año
se hagan antes las morcillas,
si hay guerra; que no habrá guerra
porque son unos gallinas,
¿verdaz? Y además no ponen,
que es lo que les perjudica...
—¡Hombre, que está usté metiéndome
jabón por las ventanillas
de la nariz!
—Es que hablando
de los *yankees* me se excitan
los nervios y me atolondro.
Levante usté la barbilla.
Más. ¡Muy bien!
....
Usté dispense,
pero hace un porción de días
que yo y otro compañero

tenemos una porfía.
¿Usté es esteta?
—¡Riñones!
—¡Claro! ¡Si lo ve en seguida
cualesquiera que no lleve
nubes en las dos pupilas!
Yo al encontrarle á usté anoche
viendo *El Santo de la Isidra*
con aquel par de mujeres
tan guapas y tan castizas
me dije: *¡Miá tú que esteta!...*
¡Como yo caraztarística!
No crea usté, que así estamos
casi siempre yo y Elías,
porque discurre lo propio
que un encuarte del tranvía
del Este. ¡No se jugaba
conmigo hasta la camisa
la otra tarde, discutiendo,
referente á periodistas,
á que *Clarín* es un crítico
de los de primera línea!
—Tiene razón.
—¡Vamos, hombre!...
¡Donde está el señor García
Ladevese!...
—También vale.

—¡Como que tié mucha miga!
¡Mire usté que va á hacer cosa
de un mes publicó una crítica
contra *esos* que escriben piezas
de chulos... que echaba chispas!
—No era mala.
—¿Mala? ¡Super!
Bueno, pues entodavía
tié descaro pa decirme
que ya quisiera escribirlas
él así...
—¡No haga usté caso!
—¡Quién! Yo me río las tripas
y le oigo los disparates
lo mismo que el que oye misa
por compromiso. De modo
que el hombre se encorajina,
con razón, ¡y armamos unas!...
Usté puede ser que diga
que qué nos dice el maestro
cuando ve nuestras porfías;
na, porque estando presente
nos entendemos por mímica;
pero ahora, como no es fácil
que baje á la barbería
por su enfermedaz, ni Cristo
nos para la campanilla.

—Pero ¿está enfermo?
—¡Repuño!
¡Si por poco se las lía
tras de antiyer!
—Pues ¿qué tiene?
—¡Cualesquiera lo averigua!
El ¿sabe usté? la otra noche
se fué á ver *La noble y rica
pastora*, con un pariente
que ha llegao de Filipinas,
y le sentó como un tiro,
porque lleva quince días
en un ¡ay! ¡Falta de cárculo!
Na, que se acaloraría
demasiao, no tuvo luego
precaución á la salida...
y á morir. Pa mí es el denguo,
lo conozco por los síntomas.
Ahí tié usté á la maestra.
—¡Buena mujer!
—¡Extrafina!
¿Caliente ó fría?
—Templada.
—Muy bien. ¡Templada, Matías!
No crea usté, que á la pobre
no le llega la camisa
al cuerpo. Naturalmente,

como no hace entodavía
dos meses que se casaron...
Y luego, que si él espicha,
ya ve usté, ¿qué hace en el mundo
con esas criaturitas?
—¿Cuántas tienen?
—Dos.
—¡Qué lástima!
—Y además, ella está en cinta
de seis; de modo que... ¡Vamos,
y menos mal que es muy lista
y tié unas manos que valen
cualquier cosa!
—¿Sí?
—¡Maznificas!
Como que siendo más joven
sacaba lo que quería
de chalequera. Lo mismo
que su madre y que su prima
la sorda. ¡Si son más célebres
en eso que en las rosquillas
Fuenlabrá! Too Dios lo dice:
¡Pa chalecos, la familia
de la Salomé! ¿Ponemos
un poco de brillantina?
—Si es buena...
—¡No ha de ser buena!

¡La mejor que se fabrica
en París! Hay otra clase
que parece goma líquida
con un olor á sebazo
que no hay Dios que lo resista,
pero es pa *ciertos* salones,
porque aquí no se escatima,
don Luis. ¡Mire usté qué aroma!
¿Verdaz? ¡Como que es riquisma!
....
Servidor. Estoy pensando
que si va usté y se descuida
en venir, lo que es mañana
no ve usté mi personita
por el salón.
—¿Cómo es eso?
—Porque voy á la *Bombilla*
con unos cuantos amigos
y las hembras respetivas,
¡todas muchachas corrientes
y de bulla! Nos convida
Valentín el ayudante,
que se encargó el otro día
de velar por la pureza
del sufragio en la Latina
y de comprar unos votos
pa no sé quién .. ¡pa algún lila!

y como él es medio simple,
fué y se achantó con la guita...
—¡Bien hecho!
—¡No, que se juega!
¡Tres mil reales de rositas!
Dinero gastao en tonto,
¡porque elecciones más *sínceras!*
¿No es verdaz? Baje usté un rato,
verá usté que juerguecilla.
—Gracias, no puedo.
—¿De veras?
—¡Palabra que no!
—¡Matías,
un cepillo!...
—Ya está.
—Conque
señores, hasta la vista.
—¡Vaya usté con Dios, don Súpito!
Y no traiga usté esas prisas
aquí, que no da usté tiempo
ni pa saludar.
—¡Atiza!
¡Y habla más en diez minutos
que Moret en quince días!
—Pero con menos provecho,
don Luis.
—¡Taday, taravilla!

EPÍLOGO

¡Gracias á Dios!—diría un creyente:—¡Ya es hora, digo yo, de que se me entre por las ventanas de los ojos y refresque mi entendimiento el *aire* literario de la tierra, el ambiente español que va faltando en casi todos los libros españoles!...

¡Aaaf! ¡Con qué gusto respiro, paseándome por el *Zaguán* de Cavia y visitando uno tras otro los nuevos *corredores* que en su casa de Tócame Roque ha edificado López Silva!... ¡Vaya un zaguán! Es amplio, firme, hecho á prueba de modas y desvencijamien-

tos artísticos, sin *vanos* en la fábrica, sin trampa en el estilo, sin desconchaduras en el revoque; de una pieza, de castiza albañilería española. De los *corredores*, no hay que decir; López Silva ha aposentado en ellos, como en el resto de la casa, lo más *noble* de la andante golfería madrileña, y con tales inquilinos y tal húésped excusado es manifestar si tendrá sabor *barriobajero* y clasicidad truhanesca cuanto aquellos inquilinos hablan, hacen y deshacen á veces...

No es mi ánimo zurcir elogios para Cavia y para López Silva. ¿Á qué? No los necesitan *mayormente*. «Han hecho, *hacen lo suyo*», como diría cualquier personaje de *Migajas* ó *Los Madriles*, y no andan necesitados de alabanzas. Queden ellas para los otros, para quienes dan en la flor de sólicitar, sombrero en mano, lo que no pudieron conseguir pluma en ristre, para quienes viven de la limosna ajena porque no pueden vivir del talento propio. Bueno es dar cinco céntimos, cuando se tienen, al que humilde-

mente los mendiga, pero fuera ridículo ofrecer una peseta á un millonario...

Mi objeto es otro para el cual no necesita esfuerzos mi imparcialidad y requerimientos mi pluma. Esto que yo escribo no es un epílogo, es un desahogo de mis pulmones literarios que se esponjan y se dilatan aspirando una atmósfera pura, limpia de *estetismos*, *decadentismos*, *modernismos*, *sadismos*, *tontismos* y demás microbios envenenadores del arte sano.

A ese arte, al sano, pertenece CHULAPERÍAS. No es su autor uno de tantos como andan por ahí haciendo trasplantaciones de escuela raquíticas donde la impotencia para la concepción, la falta de masculinidad para el engendramiento, se disfrazan con refinamientos que excitan sin satisfacer y desfloran sin procrear; no es de aquellos que, incapaces de convertir á la naturaleza en madre fecunda, la convierten en prostituta asalariada. No es tampoco de esos escritores *novísimos* que hacen de Oscar Wilde el apos-

tol de sus *pederastismos* literarios y el portaestandarte de sus antinaturalismos orgánicos. No; afortunadamente para la literatura y para él, López Silva es un artista *macho.* Ni los *oscarwildistas* han entrado en él, ni él ha entrado en los *oscarwildistas.* Lo hago constar así porque las cosas se han puesto de tal modo que precisan declaraciones terminantes. Á cada uno lo suyo.

Fuera parte de esto,—y ya es mucho—López Silva es un literato español, de pura casta española. No ha ido á buscar sus inspiraciones en libros extranjeros, en literaturas extranjeras; no ha traducido caracteres, tipos y costumbres extraños para darlos como propios; se ha inspirado en la naturaleza—¡claro! ¿dónde va inspirarse el artista? —pero en la naturaleza patria, y ha escogido para modelos los hombres, las mujeres, las costumbres que ha encontrado delante de él. De ahí que sus libros recuerden, por su estilo y por sus personajes, los de las novelas picarescas, gala y orgullo de nuestra litera-

tura; de ahí que sean tan populares. ¿Cómo no han de serlo, si el lenguaje está arrebatado á los labios que lo crean y los personajes están vívidos, vistos, arrancados á la realidad, modelados con el desnudo enfrente?

¡Ah, si los escritores españoles jóvenes hicieran lo que López Silva, tendríamos literatura!... Si, en vez de buscar asuntos y costumbres y tipos en libros que la mayor parte de esos escritores ni siquiera de corrido pueden traducir, estudiaran lo suyo y lo vieran y lo vivieran, ¡qué hermosa literatura podríamos legar á los que nos siguiesen!

Los mismos seres de quienes López Silva aprovecha el lado cómico, el perfil truhanesco y la canallesca manifestación, tienen otros aspectos, otras manifestaciones en las que pueden inspirarse todos los acentos, desde el más tierno hasta el más dramático.

En el modo de vivir, de sentir, de pensar de aquellos seres hay asuntos para todas las expresiones artísticas. La cuestión es buscarlos.

Y al lado de ese pueblo español, genui-

namente español, canalla y sublime todo á un tiempo, hay una burguesía española y una aristocracia española y un clero español que tienen su característica, su determinante, y que debieran estudiarse, profundizarse, disecarse para llèvarlos después al libro, al teatro, al poema, á cualquier molde literario. Si esto se hiciera, ¿no sería otra cosa nuestra literatura?...

¡Lo sería! Porque si los hombres y las mujeres son en su esencia idénticos, nazcan donde nazcan, no lo son en las exteriorizaciones de esa esencia común. Las pasiones son iguales en todas partes, la forma de manifestarse distinta en cada una. Así como los franceses, los rusos, los alemanes, los noruegos, todos, se inspiran en la naturaleza que les vió nacer para producir sus obras de arte, inspirémonos nosotros en esta naturaleza española y tengamos una literatura donde, ya que la epidermis, el idioma es español, la carne y los nervios y la médula sean españoles también.

Yo declaro... Pero no es este momento de hacer profesiones de fe... Sería el epílogo más largo que la carta, y no me gusta molestar.

Conque... vuelvo al principio.

Querido López Silva: Mi enhorabuena por el *Zaguán* que le ha puesto Cávia á tu casa, y díles á tus nuevos inquilinos que no será la última *docena* que tomemos juntos.

Joaquín Dicenta.

ÍNDICE

Páginas

LA MUSA DEL ARROYO

J. LÓPEZ SILVA

LA MUSA DEL ARROYO

CON PRÓLOGO DE LA

CONDESA DE PARDO BAZÁN

Y EPÍLOGO DE

DON LUIS BONAFOUX



MADRID-BUENOS AIRES

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. PRIETO Y COMP.ª, EDITORES

1911

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID.—Imprenta de Juan Pueyo, Mesonero Romanos, 34.

AL PUEBLO ARGENTINO CON TODAS MIS SIMPATÍAS.

J. López Silva.



PRÓLOGO

No adivino qué ventaja pueden reportar á López Silva unas páginas mías al frente de un un libro suyo; en cambio, sé que para mí es gratísimo tener ocasión de repetir en letras de molde lo tantas veces expresado verbalmente: que este pintor y poeta popular merece mi simpatía y admiración, no vinculadas á género, asunto ni estilo alguno, y de antemano conquistadas para toda labor literaria, por cuyo sistema venoso circula vida.

No he de buscar á López Silva entronques ni filiaciones. Lo hizo con maestría Jacinto Octavio Picón, en el prólogo de *Los Madriles*. Trazado por tan experta mano el árbol genealógico, es inútil rehacerlo. Sin duda, nadie

nace de sí mismo, y así como no es López Silva un fenómeno de generación espontánea, tampoco es un caso de aislamiento en la época presente. Hay en las letras, y particularmente en el teatro actual, corrientes de costumbrismo y de sátira, que es imposible no relacionar con la labor de López Silva. El sainete, resucitado por tantos frescos ingenios, entre los cuales figura, en primer término, el inolvidable Ricardo de la Vega, tiene estrecho parentesco con los diálogos de López Silva, que por ley natural es sainetero también, y de los más castizos. Y los artículos firmados por aquel amenísimo y en el fondo tan observador Luis Taboada, responden á idéntica tendencia, aun cuando Taboada haya trabajado sobre la mesocracia, muy próxima al pueblo, y López Silva sobre el pueblo mismo, concretándose á tomar por modelos los *gatos* y *gatas* de Madrid. A pesar de estas relaciones y afinidades, López Silva no debe, hablando en plata, nada esencial á ninguno de antaño ni de hogaño. Tiene fisonomía inconfundible, originalidad innegable é innegada. El vaso en que bebe,

ora el argandeño peleón de figones y merenderos, ora la manzanilla olorosa, de rancias tradiciones, es suyo, y no pueden los numerosos imitadores que le han salido robárselo ni un instante.

Se ha creado López Silva su mundo chico. En ese mundo se agitan hombres y mujeres cortados por el mismo patrón que nuestro zapatero, el fumista que viene á deshollinar la chimenea, la planchadora que se lleva la ropa, la mendiga que nos tiende la mano y el golfillo que á la salida del teatro se ofrece á avisar el coche. Tal calaña de gente habla rasgado, suelta procacidades, tiene soberbia y punto de honra, sentimentalismo, concupiscencia, vanidad pueril; es sentenciosa, moraliza, predica, se baja por una perra ó una colasa, defiende opiniones políticas y la atrae el señuelo de una repleta bota ó una cazuela de bacalao con pimientos. López Silva, que es artista y no fotógrafo, dibuja las siluetas con provocativa gracia, y sorprende y acaso acentúa el palabreo de doble sentido, las picantes guindillas del discutir, y la conceptuosa soflama del

discreteo chulapo. Y ese mundo chico de López Silva está impregnado de realidad, bajo el forzoso convencionalismo de la rima satírica; y es un mundo bien radicado, plantado hondo en la seca estepa castellana donde la corte de las Españas se asienta; y parece madroñero de rojos frutos, áspero asl tacto y por dentro sabrosos á mieles de poesía.

El elemento cómico, en López Silva, diría yo que procede de un contraste, y contraste muy significativo para el conocimiento del alma nacional. Los personajes de López Silva se precian de hidalgos ó cosa análoga; no les falta cierto ideal de altivez; han oído hablar mucho del honor; aspiran á encarnar la belleza del sentimiento heroico... Lo malo es que, al mismo tiempo, experimentan deseo vivísimo de conservar la piel; y no sólo de tan prudente idea se hallan penetrados, sino de un cariño vehemente al *coci*, al apetitoso guisote, á la tensa bota, en cuyo vientre duermen la ilusión y la alegría... Así, los pruritos caballerescos, que tal vez sugiere un atavismo no muy remoto (el de los fieros majos de 1808),

paran siempre en salvar la pelleja á costa de la vergüenza, y el condumio, á costa de lo que fuere...

Sí; los personajes de López Silva no son jamás un Sancho Panza, que acepta tranquilo su villanía, y declara y reconoce que entre él y el Caballero de la Triste Figura existe infranqueable foso; que hay cosas de señores y cosas de gente baja; que la andante caballería no se hizo para los zafios, y á la vez es cristiano viejo y no le falta vergüenza. Los tipos de López Silva, que no han labrado la tierra, que viven en una gran ciudad, están amasados con partículas de orgullo entre el barro de su psiquis, y tienen también su aleación de sensualismo y hasta sus pujos científicos, cuando emplean las palabras nuevas adaptándolas, y ponen en circulación las ideas recientes dándoles tormento. Nada más opuesto al buen Sancho que el chulo de Madrid, resabido, fanfarrón, irónico, mezcla de loro y mico, y sin embargo, ingenuo como el *gavroche* parisiense, al cual va asemejándose en algunos respectos. Con ser tan nacionales los diálogos de López Silva, á

veces, como en ráfaga, han traído á mi mente el recuerdo de las canciones de Bruant, esas estrofas en que aparecen tipos como el *souteneur* y la *marmite*, tan á menudo y con tanto garbo delineados por nuestro poeta madroñero.

Los personajes de López Silva no renuncian, no, á la vieja leyenda. Ved sus alardes patrióticos ante "el Daoiz y el Velarde" y contra los "rifleños"; escuchad sus baladronadas de esposos calderonianos en la frase, aunque mansísimos apenas llegados al terreno de la acción, limitándose á quejarse de la "falta de franqueza" de sus esposas; contempladlos llevando al brazo una corona fúnebre, camino del cementerio, derrochando recuerdos de ternura, y detenidos por la juerga y la merienda que les salen al paso y dan al traste con todo su romanticismo de ultratumba, despertando su verdadera naturaleza de pícaros, más picardeados por el ambiente cortesano, de excitaciones al goce y á la holganza inquieta. Porque este chulo madrileño tampoco es el *lazzarone* napolitano que se tiende al

sol; es un espíritu despierto, goloso de todo, con opiniones acerca de todo; se mezcla en política (leed en *Los barrios bajos* el saladísimo *meeting);* se preocupa de lo que hace, de cómo vive la gente aristocrática: si pudiese, la parodiaría; mete cucharada en crítica teatral; hasta representa obras clásicas, entre dos vueltas de chotis y una copa de *anisao...* El chulo es eléctrico, vivaz como lagartija de pared agrietada; y no digamos la explosiva chula, toda pólvora, fuego y chispazos, toda manos y uñas, toda boca para soltar venablos, pullas y frescas... Como el Adán y la Eva que tanta fama dieron al pintor realista Van Eyck; la pareja humana de López Silva no es muy bella, pero, en su fealdad, la magia de la vida ardiente difunde un interés que atrae la mirada y entretiene la imaginación.

Sin duda fuera ocioso negar que la obra de López Silva refleja un momento poco halagüeño de la historia del pueblo matritense. Desde 1870, viene acentuándose la desaparición del manolo y la preponderancia del chulo; si me apuran, diré la hegemonía del hampón,

como á las patillas de boca de hacha, todavía predilectas del duque de Sexto, que era majo injerto en magnate, han sucedido los tufos y el pantalón ceñidito. Este descenso lo reconoce López Silva, y, por una vez, su musa se desciñe el mantón bordado, de Manila, viste peplo, calza coturno, y en una *Sátira*, oficialmente graduada de tal, dice al supuesto amigo que desde provincia le envidia la residencia en Madrid:

"Ya no es éste el Madrid cuyo recuerdo
de tu memoria en lo profundo guardas;
es un poblacho histérico y podrido,
reflejo fiel de nuestra pobre España;
vivero de Alfaraches y Manguelas,
plantel de entretenidas y de randas,
feria de apostasías y cohechos,
corte del organillo y la navaja..."

Muchos de los males que esta sátira lamenta acaso no sean de hoy tan sólo; otros tal vez los abulte López Silva, que ve la realidad concreta de un modo exacto; pero que, al generalizar, puede sustituir sus opiniones sociales á su agudeza de observador. Yo no veo, actualmente, tanto fraile, ni que hagan tanto daño. No cabe duda que en los tiempos cuya des-

aparición llora López Silva haciendo sátira en serio, había más frailes que ahora, muchos más, y eran doblemente influyentes en las costumbres. Cuando España tenía, digámoslo con palabras del mismo satírico, savia de pueblo grande, en cada calle se alzaba un convento, sino dos. Yo no pretendo que estos tiempos vuelvan; pide cada tiempo lo suyo; lo malo es si, como sucede quizás en nuestra patria, hemos olvidado lo grande de antes, y no hemos sabido crear lo grande de ahora. Hay en el chulo mucho de lo neto, castizo, característico, típico, y demás, del majo; pero cualquier lego de antaño le vence en instrucción, y cualquier villano de otros días en dignidad, porque uno de los tesoros de nuestra alma antigua fué la dignidad villana, la nobleza del pueblo, de la cual quedan rastros, y que nos es más preciosa aún, si cabe, que la aristocrática, que no ha desaparecido, pero anda asaz maltrecha también á la hora presente. Tienen los chulos del pueblo bajo su pintor y su poeta, que los retrata con insuperable donairel; ástima no retratar á los

chulos de automóvil, á las golfas vestidas por el gran modisto.

Y perdóneme el público la seriedad de estas parrafadas últimas, y no abandono el estilo grave para repetir que profeso al ingenio de López Silva la consideración que se merece, y la merece muy alta. No se mide la importancia de la obra ni por su asunto, ni por ninguna circunstancia accesoria ajena al arte. Murillo, que trasladó al lienzo la profundidad del misterio glorioso y las irradiaciones del Empíreo, no fué inferior á las *Concepciones* cuando trazó la figura de un chicuelo desharrapado, en cierto cuadro, cuyo nombre no me atrevo á estampar; un golfo que se entrega á la misma tarea que se entregó la Cava, según el romance, en la cabellera del rey Rodrigo.

Y me despido de esta musa regocijada y amarga, deseando al poeta palmas, tabacos y muchos años de inspiración, hasta que enmudezca... porque sus modelos hayan desaparecido ó den el salto atrás, al clásico, al legítimo *manolo*.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL TRIUNFO DE LAS FALDAS



EL TRIUNFO DE LAS FALDAS

A mi queridísimo amigo
CARLOS DIAZ VALERO

O á mí me han puesto en la bola
crin vegetal, ó confieso
que hay cosas en este mundo
que no las entiende el Verbo.
Chico, no sé; yo en la calle
soy un huracán y tengo
ca arrebato que me asusto
yo mismo; pero me veo
ante mi mujer y cambio
de genial en unos términos

que algunas veces debía
comprarme un *recoge abuelos.*
—¡Me choca!
—Pues es más fijo
que la luz. ¿Te explicas tú esto?
—¡Hombre, yo!...
—¡Miedo me paece
que no será!
—Desde luego.
—¿Es hinotismo?
—Pudiera.
—Hinotismo ú no, lo cierto
es que en mi casa no hay forma
de que se haga más que aquello
que á mi señora le sale
del moño. Y que no me quejo
de rutina, bien patente
lo está indicando mi aspezto.
—Sí que vas algo cochino,
sin que te ofendas por esto.
—¿Que si voy?... Fíjate un poco
pa que te enteres de lleno.
La camisa me la puse
la víspera de San Pedro,

y si la dejan, se va
sola al río.
—Sí lo creo.
—Y á este tenor ves contando:
los pantalones los llevo,
ya lo ves, que el mejor día
me se va á salir un hueso
por las rodillas, si no hay
quien me eche un par de remiendos,
y los calcetines, mialos:
uno lila y otro negro,
con ca tomate en las puntas
que, aunque te parezca un cuento,
hay semanas que me corto
las uñas con ellos puestos.
—¡Qué comodidaz!
—En fin,
otro detalle: yo tengo
que barrer ca quince días
una ú dos veces lo menos
el cuarto, pa que no llegue
la porquería hasta el techo,
y mi señora, en el ínterin,
¡buena, gracias! porque á tóo esto

concurre la circunstancia
de que no se la ve el pelo
más que á la hora de acostarnos,
y algunas veces ni aun eso.
—¿Y tu autoridaz, Sindulfo?
—¡La he perdido, Baldomero!...
Vergüenza me da la cosa,
pero, chico, te confieso
que aquí ande me ves estoy
dominao por la Loreto.
—Pues tú siempre la tuvistes
debajo de ti.
—Muy cierto;
pero, ¡qué quieres! el hombre
poco á poco va cediendo
sus perrogativas, cuasi
sin hacerse cargo de ello,
y el día que se da cuenta
ve que ya no tié remedio.
—¡Quién te conoce, Sindulfo!...
—¡Ya ves, en tan poco tiempo,
qué cambio!...
—Tú tiés la culpa;
si la rompieras un remo,

ya verías cómo andaba
más tiesa, porque te azvierto
que estas cosas no las cura
más que el *jarabe de fresno.*
—Y dándola un estacazo
en el toldo de los sesos,
conforme con tu juiciosa
reflesión, que yo agradezco,
¿qué adelanto, si lo que ahora
no hace por falta de aseo,
lisiándola malamente
no habría de hacerlo luego?
—Según.
—Y, por otra parte:
¿Quién tié medida, ya puestos
á zumbar, pa no meterse
en un fregao de mal género,
máxime yo con lo bruto
que soy cuando me caliento?
—¡Mirándolo así!...
—¡No hay otra
forma de mirarlo! Y luego
pa remate, ahora resulta
que, después de tanto tiempo

sin novedaz, antinoche
me notició la Loreto
que está de tres.
—No son muchos.
—Muchos ú pocos, que en esto
no hago hincapié, ¿quiés decirme
quién le sacude el pellejo
á una mujer que está en estas
condiciones?
—Pero bueno,
¿y cómo te explicas tú
(te pregunto yo) que habiendo
sido tu citada esposa
toda su vida un modelo
de limpieza y de cariño
(como lo reconocemos
tóos los que la hemos tratao
de cerca, con más ó menos
intimidaz, ahora y antes
de unirsos el Sacramento
matrimonial), de repente
se haiga salido por tientos,
haciéndote, salvo error,
desgraciao por tóos concetos?

—¡No sé; pero estoy ca día
más convito y más confeso
de que este indecente mundo
es un puro estercolero!
—Algo hay de verdá en el fondo.
—¡No te coja duda de ello!
—¿Y hace mucho de ese cambio?
—Desde que salió el decreto
de Canalejas coartándole
las facultades al clero.
—¡Anda!
—Te choca, ¿no?
—¡Claro!
—Pues na, chico; que se ha vuelto
clerical, y no se ocupa
de los asuntos domésticos
aunque la aspen, y no sueña
más que en sermones y clérigos,
y en recorrer sacristías
y en darse golpes de pecho.
—¡Pero, hombre, si tu mujer
es más liberal que Riego!...
—¡Era! Miá tú si sería
liberal, que cuando entremos

en relaciones, los amos
ande ella estaba sirviendo
de doncella se empeñaban
en meterla en un convento,
y además de que se puso
tan fuera de sí con ellos,
que si no estoy yo delante
los ves en el *Blanco y Negro*,
les dijo que menos monja,
que la metieran á aquello
que quisieran, inclusive
á fregar nodoros. Bueno;
pues hoy tié el clericalismo
tan incustrao en los huesos,
que si coge á Canalejas
se lo carga, Baldomero.
—¡Anda Dios!... Pues más valía
que te aplastara un *cangrejo*,
porque en el mundo tóo tié
compostura menos eso.
—¡Y que está poco orgullosa!...
Ahora dicen que la han hecho
secretaria de las *Hijas*
de no sé qué, y hasta creo

que echa discursos y tóo
pa derribar al Gobierno.
—Menos mal, porque si Maura
vuelve al poder, te prevengo
que esa acaba en mujer pública
y por ahí ná vas perdiendo,
porque si ella es lista y sabe
darle gusto al elemento
clerical de las derechas,
que es ande hoy está el dinero,
algo te tocará á ti
también.
—¡Te engaña el deseo!
—¡Hombre, según!
—¡La conozco!
Mi mujer acaba en eso
que dices y sacará
lo que pueda, Baldomero,
pero á mí me se ha torcido
la fortuna en unos términos,
que tendré que hacerme un saco
y dedicarme á trapero.



EL ANIVERSARIO



EL ANIVERSARIO

—¡Hoy estoy muy triste! ¡Por lo que más [quieras
no me hables, Cirilo, de cosas alegres!
—¿Qué concho te pasa?... ¿Por qué te acoqui- [nas?...
¿Qué pena te aflige?... ¡Contéstame, leñe!
Y alegra esa cara, que, al verte, cualquiera
diría que es martes y estamos á trece.
—¡No puedo, Cirilo!
—¡Me dejas asorto!...
—¡En estos istantes estoy que me pueden
ahogar con un pelo!...
—¡Rediéz!... ¿Pero lloras?

—¡Ya ves!
—¡Vamos... mira que tié pelendengues!
¿No te da vergüenza de estar ahí jipando
como una comadre? ¡Mentira parece
que tú haigas corrido las juergas á cientos
y tengas la fibra de plata Meneses!
¿Y tú te la dabas de enjundia y de yemas?
¿Y tú eres el Galo Cascales y Méndez
que estás desde el día que vino á este mundo,
según dijo el otro, de chufla perezne?
—Yo mismo.
—¡Mentira! ¡Tú no eres Cascales!
—¡Las cosas que pasan! ¡Cirilo, qué quieres!
¡También las personas de humor la *diñamos!*
¡También se impresionan los hombres de tem.
[ple!
—¿Que tú te impresionas?...
—¡Yo, sí!
—¡Miau!
—¡Te ruego
que no hagas el gato!
—¡Gachó; pero si eres
el fresco más grande que come cocido,
según lo atestiguan los hechos siguientes!:

Se murió tu madre, y estuvistes mustio
no llegó á dos horas, y, al volver del Este,
tú, con otros guarros que iban en el duelo,
sos emborrachasteis asquerosamente.
—Fué pa ahogar la pena que nos embargaba.
—Sí, ¿verdá?
—¡Por éstas!
—¡Qué buen humor tienes!
¿Te afligistes mucho por lo de la Rita
cuando, por tu culpa, tuvieron que hacerle
la *cesaria?*
—¡Concho! ¿Por mi culpa?...
—¡Claro!
Tú hablabas con ella cuando el acidente.
—¡Yo en lo de la Rita fuí nutral, Cirilo!
—¡Eso se lo cuentas á la diosa Ceres!
—¡Te lo juro!
—Bueno. ¡Pa tu abuela!
—¡Mialas!
¡Que me caiga muerto si te engaño! ¡Créeme!
—Y dao que así fuera, que en eso no insisto,
¿qué diosla importaba, pa que te ofendieses?
No te hagas el pípi, porque te conozco
como si te hubiera llevao en mi vientre,

y pa darme el timo de los perdigones
llevas en la chola muy pocos amperes.
—¡Ay, qué errao me juzgas!
—¡Vamos, hombre, calla,
que ya estoy hartizo de escuchar sandeces!
¿Qué dolor tuvistes el nefasto día
que al que fué tu padre (si el rumor no miente),
le ditaminaron los de las Salesas
el tomar las aguas del Peñón de Vélez?
¿Qué ataque de nervios fué el que te produjo
lo de que tu hermana, la menor, tuviese
que laztar un chico, pa ganarse el piri,
antes de casarse con el pobre Lesmes?
Ca hecatombe de esas, te ha aumentao la grasa
cerca de dos kilos, aunque tú lo niegues,
y así estás, á fuerza de pasar fatigas,
como si te hubieran rellenao con nueces.
¿Tengo ú no motivos pa llamarte sucio?
¿No son estos hechos pruebas endelebles
de que ande otros llevan la región cordíaca
Dios te puso á ti una rueda de escabeche?
Y si á mí me costa que es el Evangelio
tóo lo que te he dicho, ¿cómo concho quieres
que yo tome en serio lo de tu tristeza,

pa que, encima, vayas y te pitorrées?
—Tiés razón, Cirilo; yo, pa los afeztos
del hogar, he sido refraztario siempre;
pero en mi familia, sin faltar á nadie,
de vergüenza se anda muy medianamente,
y cuando no encuentras lazos que te liguen
ni á los que te dieron tu existencia breve,
¿dónde está la causa, la razón ni el título
pa que tú te aflijas aunque los degüellen?
Yo seré lo guarro que te dé la gana,
que ca cual se forja lo que le parece;
pero pa el cariño que me llega al hondo
no hay un sér más grande ni que más se afezte.
Mi aflición lo dice; que con tóo lo fresco
y con tóo lo sucio que queréis hacerme
llevo ya dos horas de llorar, lo mismo
que un niño de teta con dolor de vientre.
—¡Sí que será grande tu pesar!...
—¡Imenso!
Hoy hace tres años que murió la Teles,
y al recuerdo sólo de tan triste fecha,
al redor del alma me se forman pliegues
y la nuez me ostruye la garganta y ca uno
de mis lagrimales es un mar de hieles.

Ya sé que te ríes en tu forro interno
de mis arrebatos, porque no comprendes
que un hombre corrido pueda apasionarse
como yo lo estaba, tan esclavamente,
de una mujer tuerta, negra como el cisco
y con cuatro pelos matizaos de liendres.
—¿Pero á mí qué historias vas á colocarme
si te la he tenido que quitar cien veces
porque la mondabas á estacazo limpio?...
—¡Eso nos unía más estrechamente!
Ella sí, tenía lañas á montones
(¡quién podrá jaztarse de que no las tiene!);
pero yo no olvido que la pobre chica
hizo por mí cosas de esas que enternecen,
porque ¿y aquel rasgo generoso y noble
de dejar á Dimas, á los cuatro meses
de casaos, tan sólo porque la dijeron
que yo estaba en cama sin poder moverme?
¿Y el privarse en vida de lo más preciso
(porque ni siquiera se compraba peines),
pa que yo pudiera presumir de ropa
y llevar encima dos pesetas siempre?
¿Y las otras pruebas de su amor? ¿Y aquello
de que, con lo bruto que me pongo á veces,

no hubiera en el tiempo que estuvimos juntos
exigencia mía que ella no atendiese?...
¡¡Ay, Cirilo!!

—Bueno; sécate los ojos
y á olvidar las penas.

—¡Imposible!

—Vente,
que esta tarde vamos un porción de amigos
á un ventorro nuevo que hay en Vista Alegre
con las oficialas de Manolo el sastre,
y como son todas chicas muy corrientes,
si nos enredamos pué que haiga ludibrio...
¿Hace ú qué?

—¡Cirilo...

—¡Duro y no lo pienses!

—¡Déjame que sufra!

—¡Miá que eres panoli!

—¡Pobre Telesfora!...

—¿Ya qué hemos de hacerle!

—¿Son guapitas?...

—¿Guapas?... ¡Quitan la cabeza!

—¡Ay, Dios mío!

—¡Vamos!

—Nó sé si atreverme.

—Eso no se piensa.
—Si es que estoy muy triste!
—Aprovecha, primo, que la vida es breve,
y anda ya pa alante, pa que no se diga
que has cambio de sexo repentinamente.
—¿Va alguna rechoncha?
—La mujer del sastre.
¡Ya verás, muchacho, qué par de alicientes!
—¿Pero y el marido?...
—No te ocupes de eso;
él es muy tratable. Conque qué, ¿te vienes?
—¡Si te empeñas!...
—¡Ole!
—Pero no te estrañe
que atontao, por esta pesadumbre, llegue
á traslimitarme con alguna de ellas
sin saber lo que hago, porque estoy realmente
trastornao.
—No importa. Son de confianza.
—Pero, por si acaso, dilas que dispensen.

¡VIVIR PARA VER!



¡VIVIR PARA VER!

—No conozco una familia
como esa *del Pirindola,*
y hay que ver que son tóos ellos
una coleción de idiotas.
—Ya lo sé.
—Porque han juntao
seis duros en perras gordas
y han plantao en *las Américas*
un tenderete de lona
lleno de mugre, con media
docena de sillas rotas
y dos kilos de mendrugos
y un juego de cacerolas,

chavó, se traen unas ínsulas
que ni Don Rodrigo en la horca.
—¿Y á ti qué?
—Claro que nada.
—¡Pues mus!
—El que más me choca
es él.
—¿Quién?
—Luis.
—No hagas caso.
—¡Pero si hay que ser de porlan
y tener blanca la sangre
pa ver con calma estas cosas!...
Está cansao de comer
en mi casa de limosna,
como quien dice; por mí
no ha ido por ahí en pelota
muchos días; yo le he dao
albergue, dinero y ropa;
sin mí no hubiera tenido
más mujeres qne la propia,
porque á él con el sexo débil
siempre le ha faltao vis cómica;
en fin, yo he sido su hermano,

pero así, con letras gordas,
porque hasta pa que él bebiese
me lo he quitao de la boca;
pero se ha puesto de pronto
tan inflao, que si hoy se topa
conmigo cambia de acera
y se hace la cabra loca.
—¡Y á ti Prim!
—Es que además,
chico, le ha picao la mosca
de lo cursi en unos términos,
que le ofreces una copa
de Chinchón ó Valdepeñas
y se ofende y te la arroja
indiznao, porque no bebe
más que vermú y gaseosas,
y usa encendedor numático,
y se ha eliminao la roña
de los nudillos y lleva
Borsalino en vez de gorra.
En fin, un dato que basta
pa pintar á una persona:
cayó en cama la otra noche,
según me ha dicho *el Patolas*,

con un arrechucho de esos
que tié cuando se trastorna
el tiempo, y está, pa dárselas
de finolis y de *sporman*,
tomando el *seiscientos seis*
ná más que porque es la moda.
Vamos ¡te paece á ti!...
—¡Déjalo!
¡Cá uno sabe lo que toma!
—Y si él se ha subido, ¡excuso
decirte la Nicanora
con lo que es!... Toda su vida
hecha por ahí una golfa
de lo más tirao; con una
pestilencia por la boca
la que echaba, que tenías
que hablarla con zancos, y ahora
está que se le figura
que es doña Lucrecia Borgia...
—¡Déjala que esté!
—¿Y las chicas?...
Ese par de pindongonas,
que tóos hemos conocido
diendo á comer la guilopa

por los cuarteles y siendo
dos campos de maniobras
del Ejército, han sacao
los pieses de las alforjas
como su madre, y también
se las tiran de aristócratas.
—¡Déjalas que se las tiren!
—¡No puedo con ciertas cosas!
—Eso es cuestión de carázteres.
—¡Y de educación, qué diosla!
Como yo tengo este genio,
y lo mismo soy ahora
que cuando llevaba encima
veinte duros pa una broma,
me hace la santisma pascua,
por no dedir otra cosa,
ver seres que uno se piensa
que son como de su propia
familia, obrando de un modo
tan distinto de mi norma.
¿No te pasa á ti?
—¡Ca!
—Chico,
pues envidio tu pachorra.

—¡Yo soy escético, Lucas!
—¿Y eso qué es?
—Es una cosa
sinónimo de *Pucheta*,
ó explicándotelo en forma
que tú lo entiendas, escético
es el hombre ú la persona
despreocupá que se pasa
por el extrarradio todas
aquellas vecesitudes
que á ti tanto te alborotan.
¿Y sabes por qué soy eso?
Porque he visto tanta escoria
en el mundo, y he sufrido
ingratitudes tan gordas,
que me han puesto el corazón
más duro que una bigornia.
Yo también tuve un amigo
parejo *del Pirindola*,
y al igual que tú, le dí
cobijo y manducatoria,
y como pago de tóo esto
me se fué con la Melchora
y con treinta y dos pesetas

que tenía en una cómoda,
sin ponerme cuatro línias
de disculpa.
—Sé la historia.
—Yo he sido pa Canalejas
un perro de Terranova,
y le he preparao el trunfo
y me he ganao muchas tortas
por su credo..., ¡y miá el resumen!
Hoy, que mandan los demócratas,
está chupando del bote
tóo dios, y yo con mi historia
me pego así en el estómago
y hecho polvo por la boca.
Yo me he casao cuatro veces
en diez años, y de todas
las mujeres que he tenido
la mejor era una golfa,
lo cual ha sido la causa
de que á mí me se conozca
más que por el nombre propio
por un mote que abochorna.
—Lo sé.
—Tú me lo pusistes.

—¿Yo?...
—¡Tú! Y esto corrobora
que en el mundo los afeztos
son una pura bazofia.
—Dispensa; el que yo te puse
fué el otro.
—Si no me importa
tanto así. Vuelvo á decirte
que ya me ha nacido costra
en este lao y que tóo
lo miro como un utómata.
—Voy creyendo que te asiste
la razón.
—¡Es que no hay otra!
Si quieres vivir tranquilo,
come, bebe, trunfa y goza;
no te tomes berrenchines
por ná en el mundo, ni pongas
tu ilusión en las mujeres
ni tu esperanza en las obras
de la amistaz, porque el día
que te haga falta una rosca,
si la esperas de un amigo,
ya verás dónde te montas.

—Aquí; ya lo sé,

—¡Qué duda
cabe! Por eso me choca
que una nimiedáz como esa
te haiga revuelto la cólera.

BRINDIS

BRINDIS

PRONUNCIADO EN UN FAMOSO BANQUETE QUE SE CELEBRÓ Á ORILLAS DEL MANZANARES, EN HONOR DE LA «EMINENTE» DIVA CALLEJERA YUCUNDA CONDE, CONOCIDA EN EL MUNDO DEL ARTE POR »MADAME PIMENTÓN»

Ruiseñor con pelerina:
tu garganta peregrina,
cuando trina, me enajena;
es como el de la Sirena
tu canto, porque fascina.
Tiene tu voz tal imán,
que tras de los pliegues van
de tu esclavina incolora,
los que te oyen, ¡oh, canora
trovadora de mi afán!

No eres tú de esas cantantes
de estropajo y de soplillo
que se forran de brillantes
cantando cosas picantes
y moviendo el solomillo;
tú, lo grosero desdeñas,
y como tan sólo sueñas
con rendir al Arte culto,
te *empeñas*... porque no enseñas
lo que debe estar oculto.
Deja que tu mano estreche,
fenómeno de mujer,
y ¡ojalá que te aproveche
la ensalada de escabeche
que te acabas de comer!



¡VIVA MADRID!

¡VIVA MADRID!

—Cá día estoy más ufano,
más orgulloso y más hueco
por haberme dao mi madre
á la luz en este pueblo
de Madriz, ande radico,
y que me dispense el resto
de las provincias si queda
su amor propio por el suelo;
pero la verdá se impone,
Valentín. Y al decir esto,
que he manisfestao, no vayas
á figurarte que tengo
presente ni la Gran Vía,
ni la estatua de Espartero,

ni el nodoro surterráneo
que nos están costruyendo,
ni lo benizno del clima,
ecétera; me refiero
prencipalmente á la salsa
ú al estinto que tenemos
pa organizar festivales
chipén.
—Ese es mi criterio.
—¡En esta materia estamos
de non!
—Escucha, Norberto:
y tú ¿á qué lo achacas?
—Hombre...
debe ser un previlegio
que Dios nos ha dao, lo mismo
que á otros les da, por ejemplo,
los aroplanos. En fin,
un don especial.
—El hecho
inrebatible es que hoy día
pa festivales seleztos
Madriz na más.
—¡Y que no

te se olvide! Porque bueno;
que en París, un supongamos,
que están forraos de dinero,
levanten torres *Eifeles*
y sepan hacer festejos
se comprende, porque pa algo
sirve el tener elementos;
pero que aquí, como sabes,
con cuatro duros en perros,
tóo lo más, se haiga batido
el recor... ¡Es que hay que verlo,
Valentín!
—¡Y con la rémora
de que se ha pensao en menos
de ocho meses!
—¡Pues calcula
lo que pasa si podemos
prepararlo tan siquiera
con dos años más de tiempo!...
¡No cabe mejora!
—Cabe.
—No se cuála.
—Yo la veo.
—¡Miá que se ha hecho mucho!...

—Estoy
penetrao de lo que se ha hecho,
y aunque me sé de memoria
cómo están los forasteros
de entusiasmaos con el túmulo
de cosas que han visto, creo
que han faltao dos ú tres toques
pa quedar como Dios.
—Bueno;
es que hablar se habla muy fácil
también, porque yo recuerdo
perfetamente el pograma
de las fiestas, y te dejo
cortarme lo que tú elijas
si hay quien lo haga más completo.
—¡Hombre, según!
—No permito
discursión sobre este extremo;
porque ponte tú la mano
en el lateral izquierdo,
y dime concretamente
si estoy borracho ú si llevo,
sin haberme dao yo cuenta,
virutas en el celebro.

—¿Pero quién te ha rebatido?
—Es que me ataca á los nervios
el pensar que haiga quien pueda
sacarnos algún defezto.
Porque veste tú fijándote
en la lista de festejos,
y á ver ande está el maúfas
que haiga presenciao na idéntico
—¡Lo sé!
—Pa que te convenzas,
ves contando con los dedos
y suma. Primera cosa:
trenes á mitá de precio
por todas las linias...
—¡Digo!...
—¡Cállate, que hay más! Relevo
en Palacio tóos los días,
gratis pa los forasteros.
—¡Otra pequeñez!
—¡Y floja!
Verás cómo van saliendo.
—Sigue.
—Maniobras noturnas
pa jóvenes de ambos sesos

en el Botánico (un número
que ha tenido la mar de ésito),
entrá libre al Bazar X
y oción á ver los ojeztos
sin gravamen; bailes públicos,
al nivel del estranjero,
en la estación de las Pulgas,
el ventorro del Chaleco,
el campo del Tío Merege
y el muladar de Mamerto;
películas catarrales
al aire libre; concierto
cá dos horas por la banda
municipal ande menos
te lo figuras; concurso
internacional de puestos
de rosquillas, alcagüeses,
algarrobas y otros géneros
en la Pradera, con vistas
á dos ú tres cementerios
pa mayor solaz; cucañas,
fut-bul, viajes de recreo
de Sol á Cuatro Caminos
y vice, por veinte céntimos

ida y vuelta, y otros muchos
espetáculos de menos
atración, pero que ayudan,
como es, ahora que me acuerdo,
la *repris* de *Los Madgiares*
en Apolo.
—¡Ya lo creo!
—Y aún hablabas de mejoras...
¡Hombre, por Dios, no hay derecho!
—Si estoy conforme contigo,
pero ven acá, so terco;
dí tú: ¿qué es lo que sucede
si encima de lo que se ha hecho
le añides á este pograma
un par de atraztivos de esos
escecionales que esisten,
como son, sin ir más lejos,
regatas en el Arroyo
Abroñigal, por ejemplo,
ú certamen de acordiones
ú carreras de cangrejos?
—¡Hombre... estremando las cosas,
claro que sí!
—Pues por eso

te he manifestao que cabe
mejoría.
—Estoy de acuerdo.
—¿Lo ves?
—Cuando se razona
y se sacan argumentos,
hay que *diñarla*.
—¡Qué duda!
Ahora, eso sí, te prevengo
que lo que es el año prósimo,
tomándolo con sosiego,
al pogramita que hagamos
le van á zumbar los huesos.
—¿Más?...
—¡Más! ¡Nos sobran agallas
y gusto á los madrileños
pa montarnos en Uropa
cuando haiga interés en ello!
—¡A ver si nos toman tirria
las otras naciones luego!
—No te preocupes. ¡Obrando
como lo estamos haciendo,
se dinifican los hombres
y se agigantan los pueblos!

EL PATIO TRANQUILO



EL PATIO TRANQUILO

SAINETE COMPRIMIDO

PRÓLOGO

A telón corrido.

(Personaje único: ORTIZ,
inspector de Policía
Urbana, con más galones
que el ministro de Marina.)
(Sale Ortiz, *pausadamente,*
llega hasta la batería,
se atusa los cuatro pelos
que tiene en la coronilla,
tose, adopta una actitud

gallarda y así se explica
ante el público, después
de hacer una cortesía):
Señoras y caballeros:
Como no quiero que digan
que aquí estafamos á nadie,
yo, por propia eniciativa,
salgo á decirles á ustés
la verdáz. Esta cosita
que vamos á hacer no vale
dos pesetas, y es indizna
de que la oigan y la vean
personas tan distinguidas
como ustés, aunque comprendo
que está mal que yo lo diga.
El autor la hizo antinoche
de dos patás y no tira
con ella á que le levanten,
una estatua en la Gran Vía.
Ahora, si se la levantan,
¡eso, allá ca uno! A lo que iba:
Se trata de una ligera
custión entre dos vecinas
de barrio, que no conocen

la urbanidaz ni de oídas,
y, es claro, como estas gentes
no han ido á las Orsulinas
ni tienen, como nosotros,
la educación que es debida,
pues suelen meter la pata,
llevás de su fantesía,
y emiten dichos que atañen
al padrón de la familia.
Pero, en fin, después de tóo,
¿qué persona, por muy fina
que sea, no la ha metido
alguna vez?... ¡Tonterías!
Quié decirse que, si ustés
oyen cualquier grosería
por un casual, no hagan caso
nenguno, que en esta vida
las cosas hay que tomarlas
según el que las emita,
porque, ¿es lo mismo la coz
que dé una caballería
que la que dé yo, en un razto
de acaloro? ¡Es muy destinta!
(me paece á mí), porque siempre

hará más daño la mía.
Y ahora vamos á otra cosa,
que es bueno que tóo se diga.
Toman parte en el asunto:
la Filo, una cupletista
que menea el caderamen
y baila la *danza egicia*
en los cines, con cá molla
y cá redondez que priva.
Marcos, esposo legítimo
de la anterior, se dedica
á las labores domésticas
y fué triple de capilla.
La Dioni, chula ordinaria,
pero frescachona y limpia,
que cuando se descompone
y la buscan las cosquillas,
tié una lengua que hay que usar
burlete para no oirla.
Vitor, su... conglomerao,
mixto de caballería
y de arbañil, que no ladra,
pero es porque no se estila
Un niño, fruto inocente

de un choque de simpatía
entre la Dionisia y Vítor...
en fin, ¡cosas de la vida!
Pepa, mujer de *Manolo,*
curda de primera fila,
que tiene el campeonato
de resistiencia en la pítima,
y *Ortiz* (servidor), que está,
por si ustés le necesitan,
en el *Ramo de Limpiezas*
de la Casa de la Villa.
He de azvertir, pa que luego
no tengamos tonterías
ni gaitas, si el espetáculo
se concluye de seguida,
que por mucho que estiremos
la cosa, no dura arriba
de un cuarto de hora, y que aquí
no hay farrucas ni machichas,
ni enseñan ná las señoras,
ni mueve nadie la tripa.
Ahora, si ustés nos machacan
después de dar esta ristra
de esplicaciones, qué le hemos

de hacer; ¡pacencia y saliva!
Conque beso á ustés la suya,
y á ver si pa cuatro días
que va uno á vivir nos dan
ustés en la coronilla.
¡Melitón, arriba el trapo!
Señores, hasta otra vista.

(Mutis.)

Lugar de la acción: Un patio
de vecindad. Es de día.
Al empezar el sainete
peina al Chico la Dionisia
y le introduce las púas
de la lendrera en la crisma.

ESCENA PRIMERA

Dionisia y el Chico

Chico. ¡Ay, ay!
Dion. ¡Cállate, arrastrao!
Que te he de arrancar á tiras.

El pellejo pa que mires
otra vez ande te arrimas.

CHICO. ¡Ay, ay!

DION. ¡Toma, so cochino!
¡Lástima de pulmonía!

ESCENA II

DICHOS y MARCOS

MARC. *(Que viene de los Mostenses*
con un cabás modernista,
contando dinero.)
Ochenta
y treinta... ¡Muy buenos días!

DION. ¡Vaya usté con Dios!

MARC. Ochenta
y treinta de la lejía
una con diez... ¡No me sale!
¿Sabe usté, señá Dionisia,
si ha subido mi señora?

DION. Me paece que no.

MARC. ¡Qué chica!

DION. Mucho madruga.

MARC. ¡Si no

se ha acostado todavía!

DION. ¿Pero es que no duerme en casa?

MARC. Ya hace tres noches.

DION. ¡Atiza!

MARC. ¡Ese dichoso teatro
la está quitando la vida!
¡Claro está! Como ella es la única
que resulta en la taquilla,
¿sabe usté?, porque hace todo
lo que hace la *Fornarina,*
pues unas noches con otras
sale á tres piezas, y encima
la hacen ensayar después
de la función muchos días.
Así es que viene la pobre
lo que se dice molida.

DION. ¿Pero la deja usté ir sola?

MARC. ¡Cómo sola! ¡No, hija mía!
¡Qué disparate! ¿Usté crée
que ella?... ¡Ca! ¡Sí, sí; bonita
es mi mujer!... La acompaña
un abonado, bolsista,
que se ha ofrecido á ir con ella
hasta que encontremos chica.

DION. ¡Tenga usté cuidao!
MARC. ¡Quien!... ¡Nada!
¡Es persona correctísima!
¡Por Dios!... Siempre la está hablando
de la Bolsa y de las fincas
que tiene, porque es muy rico,
pero, nada: sin malicia.
DION. ¡Ya es de agradecer!
MARC. ¡Ay, sí!
Calcule usté si me quita
molestias, porque se viene
con ella todos los días.
No tardarán.
DION. Y usté aquí.
MARC. ¡A ver! ¿Quién barre y quién limpia?
Antes me echaba una mano
la criada en la cocina;
pero ahora, como también
se ha metido á cupletista,
me lo tengo que hacer todo
yo solito. En fin, vecina;
voy á hacerla el desayuno
por si viene.
DION. ¡Mariquita!...

MARC. ¿Eh?...
DION. ¡Sácate la cofaina!
MARC. ¿Cómo?...
DION. Hablaba con mi chica.
MARC. ¡Ah!... Bueno, hasta luego.
DION. Adios,
vecino. (¡Los hay con pintas!)
(Entra el amigo en su cuarto
del corredor y en seguida
sale del suyo la Pepa,
que es una chula castiza.)

ESCENA III

DIONISIA, el CHICO y PEPA

PEPA. ¡Manolo!... Adiós, seña Dioni.
¡Vamos, hombre; á ver si estiras
la asadura! ¿O vas á estarte
en la cama toá tu vida?...
¡Pero, ve usté!
DION. Mujer, déjale
que duerma la *papalina,*
que anoche creo que vino
cargao...

PEPA. ¡Maldita bebida!...
¡Míste que la trajo gorda
el ladrón!... ¡Así permita
Dios que se le vuelva dentro
cardenillo!

DION. ¡Por Dios, hija!...
Es un vicio de la sangre.

PEPA. Es una... no sé lo que iba
á decir, porque me tiene
muy harta, señá Dionisia!

DION. ¡Harta!... ¡Ya, ya!

PEPA. ¡Sí, señora!

DION. Siempre sales con la misma
relación, y en cuanto te hace
dos ú tres zalamerías
de las suyas te derrites
igual que la mantequilla.

PEPA. ¡Sí, señora! Eso es lo que á una
la pierde, señá Dionisia;
el ser una pa los hombres
tan eso... tan...

DION. Sí; no sigas,
que aunque des con la palabra
no vas á poder decírmela.

PEPA. ¡Miá que es usté maliciosa!
DION. Vamos, anda, date prisa;
no tardes, y cuando vuelvas,
te sacuda la polilla.
PEPA. Tié usté razón. Hasta luego.
DION. Anda con Dios, hija mía.
(Vase Pepa por el foro,
y el niño de la Dionisia
berrea como un becerro,
sujetándose la tripa.)
Pero, chico, ¡qué te pasa!
¿Otra vez?.. ¡Jesús, qué vida!
¿Qué has comido, condenao,
pa que estés así tóo el día?
CHICO. ¡Ay, ay!
DION. ¡Ven aquí, cebón,
y á ver si revientas!
(Tira
de él y se lo lleva á rastras,
lo mismo que las mulillas
á los pencos. Por el foro
entra un guardia á toda prisa
y llama en el bajo izquierda,
mientras dentro, la Dionisia

le pone á golpes al chico
las nalgas en carne viva.)

ESCENA IV

ORTIZ y GUARDIA

ORTIZ. *(Dentro, con voz destemplada.)*
¿Quién llama?
GUARD. Soy yo: Fariñas.
(Abren la puerta y Ortiz
sale en mangas de camisa,
con una pluma en la oreja
y en la mano unas cuartillas.)
ORTIZ. ¿Qué traes?
GUARD. El Teniente alcalde
que vaya usté de seguida
ORTIZ. ¡Quién! ¿Yo?...
GUARD. Sí, señor.
ORTIZ. ¡Rediezla!
¡Pues me echa una lavativa!
GUARD. ¿Por qué?
ORTIZ. Porque estoy haciendo
un *melódrama* á toá prisa

pa Barbieri, y no me falta
más que darle la puntilla.

GUARD. ¿Pero usté también escribe
comedias?

ORTIZ. ¡A ver qué vida!

GUARD. ¿Pero usté?...

ORTIZ. Sí, hombre. ¿Qué pasa?
Ya te daré una entradita
pa el estreno.

GUARD. ¡Anda diez!

ORTIZ. Veste,
que yo voy pa allá en seguida.

GUARD. ¡Este escribiendo!... ¡Señores,
cómo está el arte hoy en día!

ESCENA V

FILO, CABALLERO, y en seguida, DIONI
y el CHICO

FILO. *(Despidiéndose en el foro
del caballero bolsista
que, por descansar á Marcos,
la sirve de compañía.)*
¡Adiós!... ¡Vete!

CAB. Hasta la noche.
FILO. No faltes.
CAB. ¡Adiós, mi vida!
(Vase el galán. Filo sube
la escalera de puntillas,
mientras reanuda el expurgo
del chiquillo la Dionisia,
y al acercarse á su cuarto,
da un grito y se pone lívida
por algo que ve en el suelo
que la remueve y la indigna.)
FILO. ¡¡Uf!!... ¿Pero qué redemonios
ha pasao aquí? ¡Maldita
siá la casa y el que la hizo!
¡Oiga usté, señá Dionisia!
DION. ¿Que se le ha roto á usté?
FILO. Nada.
Advertirle á usté que el día
que al niño vuelva á ocurrírsele
hacer chistes aquí arriba,
le va á quedar la fragancia
pa tóo el mes.
DION. ¡Jai, jai, qué risa!
FILO. ¡Tan poca vergüenza tiene

la madre como la cría!

DION. ¡No se enfade usté, *señora!*

FILO. ¡Qué asco de niño!

DION. Pero, hija,
¿es que quié usté que le amarre
del pescuezo una tomiza
y que le saque al arroyo
lo mismo que á una perrita
de lanas?... ¡Pues no ha cambiao
que digamos, su ilustrisma
desde que dejó los zorros
pa meterse á sicalítica!

FILO. ¡Vaya usté de ahí, so ordinaria!

DION. ¡Adiós... la *señora* fina!...

ESCENA VI

DICHAS y MANOLO

MAN. *(Asomándose á la puerta
en paños menores.)*
¡Niñas!
¿Me hacen ustés el osequio
de entornarse las boquitas

pa ver si puedo coger
el sueño?

FILO. La papalina,
será lo que pué que coja
usté, como tóos los días.

MAN. Ca uno coge lo que puede,
como usté sabe.

DION. ¡Ahí le pica!

FILO. ¿Qué quié usté decir?

MAN. Yo, nada.
¡Muy buenos!

FILO. ¡Qué porquería
de gentuza!

DION. Buen remedio:
tome usté la Equitativa,
y así estará usté más ancha
y más ventilá, *querida.*

FILO. No puedo. Estoy esperando
que construyan la Gran Vía
pa alquilar un entresuelo
de tóo lujo

DION. ¿Es usté rica?

FILO. Con lo que tengo en el Monte,
me sobra.

DION. ¿A ver la cartilla?
MARC. *(Saliendo.)* ¡Oiga usté!...
FILO. ¡Cuidao!
(Mostrándole la reliquia
que hay en el suelo.)
MARC. ¡Jesús!
¡Qué atrocidad!...
DION. Más valía
que en lugar de ir por las noches
á cantar las porquerías
que canta usté, y á encitar
á los hijos de familia
moviendo el mondongo, mientras
está fregando ese lila,
lavase usté los guiñapos
que saca ahí pa que se ría
la vecindaz.
VÍCT. *(En la puerta.)*
¡A casa!
DION. No quiero.
FILO. ¡Ay, hija!
¡Quisiera usté mis guiñapos
pa ponérselos el día
del *Corpus* y darse tono

de persona destinguida!

DION. ¿Tié usté por ahí unas gafas?

FILO. ¿Ahumás ú de roca antigua?
Porque yo las gasto oscuras
pa que el sol no tenga envidia
de estos ojos.

DION. ¡Ay, qué lástima!

FILO. Pero si se nesecitan
de aumento, pongo por caso,
se buscan.

DION. No corre prisa.
Eran pa que viera usté unos
bajos como no se estilan
en la casa; sobre todo
en los cuartos de ahí arriba.

FILO. ¡Ay, á verlos!

MARC. Mujer, déjala,
que ahora está de cacería
y vas á espantarle alguna
pieza mayor.

DION. ¡Miá qué rica!

VÍCT. ¡Oiga usté, so cabezota!

MARC. ¿Es á mí?

VÍCT. ¡A usté, mi vida!

¿Se pué saber quién ha sido
el alma caritativa
que le ha dao á usté la vela
pa este entierro?

DION. ¡Vete!

VÍCT. ¡Quita!

MARC. ¡A mí no me ha dado nadie
vela!

FILO. Ni la nesecita,
porque él la tiene á toas horas.

MARC. ¡Eso!

DION. ¡Ya lo presumía!

VÍCT. Cuando dos mujeres riñen,
es decir, cuando porfían
esta dama de aquí abajo
y esa golfa de ahí arriba,
usté se guarda la lengua
y se mete en la cocina
á ver si hay que fregar algo,
¡so animal!

CHICO. ¡Padre!

MARC. ¡Qué risa!...
Oye: le ha llamado padre;
¿ves qué chico tan bromista?

(Víctor trata de subir,
en actitud agresiva,
y su mujer le contiene
para evitarle una ruina.)

VÍCT. ¡Baje usté aquí!
CHICO. ¡Padre!
DION. ¡Vítor!
FILO. ¡So... siéguele usté, vecina!
DION. ¡Entrate!
VÍCT. ¡No tié él la culpa!
MARC. La tiene el que se denigra
discutiendo con pelambres.
DION. ¿Y usté, qué es?
VICT. Calla, Donisia;
que lo que él es, ya estás harta
de oirlo decir tóos los días.
MARC. ¡Repítalo usté!
VICT. No quiero,
que hay niños,
FILO. ¡Golfo!
DION. ¡Gallina
FILO. ¡Déjame!
DION. ¡Maldita siá!
MARC. ¡Ven acá!

VICT. ¡No subas!

DION. ¡Quita!

ESCENA VII

DICHOS y ORTIZ

ORTIZ. *(Que entra como se le hubieran*
llamado con campanillas
cuando los nervios estallan
y los golpes se avecinan).
¡¡Alto!!... ¿Qué escándalo es éste?
¡Señores! ¡Que no se diga
que cuatro personas serias
y bien edueás y diznas,
por un quítame esas pajas,
pierden su buena armonía!
Ea; ca cual á su cuarto,
y que no haiga más rencillas!

VICT. ¡¡Puaf!!...

FILO. ¡¡Burro!!

ORTIZ. ¡Vamos pa adentro!

MARC. No te arrebates, vidita,
y entra á descansar un rato,
que habrás venido rendida.

FILO. Anda, saca la bayeta.
MARC. ¡Eso es lo que me fastidia!

(Entre unos y otros se cruzan
miradas torvas, que indican
que el asunto no ha tenido
solución definitiva;
escupe Marcos á Víctor,
y al recibir la saliva,
éste, sin hablar, contesta
de una manera expresiva;
pero cumpliendo el mandato
de Ortiz, todo se termina
por el pronto, haciendo mutis
en direcciones distintas,
la Filo con su consorte,
y Víctor con su costilla.
Entonces el inspector,
volviéndose á las vecinas,
que al olor de los azotes,
salen lo mismo que hormigas,
dice con voz campanuda
y en actitud tribunicia):
¡Comprímase aquel que tenga

genio fuerte y sangre viva,
y miren qué fácilmente,
si no es por mi voz amiga,
se ven dos hombres perdidos
y dos mujeres perdidas!

TELÓN

TODO POR LA IDEA

TODO POR LA IDEA

—¡Pero, hombre, vente á razones!
—¡Es inútil tóo lo que hables!
La acción que tú has cometido
teniendo los ideales
de la izquierda, se merece
que si el partido lo sabe
te eche á patás de su seno,
porque esas cosas no se hacen.
—¡Hombre!...
—¡No hay hombre que valga!
¿Te paece á ti razonable
que, traicionando al partido
republicano y ciscándote
en el dozma (disimula

si es algo cruda la frase),
haigas tenido el cinismo
de ir al cerro de los Angeles
con los neos, en lugar
de hacerles el *bueycotage?*
—¡El hambre es muy negra, Dimas!
—Ya sé que es muy negra el hambre,
porque la he pasao cien veces
más gorda que tú, si cabe;
pero el honor está encima
del estómago y no valen
surtefugios, porque el dedo
ya hay pocos que se lo mamen.
¿No hubiera sido más propio,
más decente y más laudable,
haber ido con los cólegas
de tu matiz por la calle,
metiéndote con los curas
pa probar que aún hay coraje
en el pueblo? ¿De qué sirve
que los jefes prencipales
cospiren por la República
y estén hechos unos mártires,
si tú y otros indecentes

no le secundáis sus planes?
¿Quiés decir qué adelantamos
con que nuestros concejales
haigan metido las cosas
del Concejo por el cauce
de la reztituz, á fuerza
de cevismo y de carázter,
cuando el que ha de darles alas
les merma sus facultades?
¿Cómo vamos á quejarnos
de que la *ola negra* avance
si está minao el partido
de póstatas y farsantes
como tú?
—¿Qué?
—¡Na mas
—¡Eso
no me lo dice á mí nadie!
¡Yo soy más republicano
que Dios y que don Melquiades,
con serlo mucho, y daría
la última gota de sangre
de mis venas, por mechar
un obispo y por cargarme

media docena de monjas
ca ocho días! ¡¡Yo; Miñambres!!
Pero el hombre no depende
de su voluntáz y hay trances
en la vida que te ponen
á parir.
—¡Pue ser!
—¿Tú sabes
mi situación la antevíspera
del *apleche* de Getafe?
—No.
—Bueno; pues porque echaron
de la obra de Cañizares
al *Zurdo,* que es un gandul
y un sinvergüenza muy grande,
la Direztiva del gremio,
por espíritu de clase
ditó el paro, porque aquí
cuando hay conflitos sociales
no sabemos darles cara
na más que martirizándose
los intestinos. De modo
que hará tres meses el martes
que en mi casa no se enciende

la hornilla, que á los chavales
se les están osidando
poco á poco los molares,
y que á estas horas no tengo
ni sillas donde sentarme,
porque llevo, como ves,
un trapo atrás y otro alante.
—Sigue.
—En estas circustancias
vino á verme cierta tarde
la mujer de mi casero,
y después de recordarme
que tengo una longaniza
de alquileres en el aire,
vá y me pega un cachetito
en la miajilla y mirándome
de cierto modo, se arranca
y me dice así:—*Miñambres:*
¿quié usté ganarse dos duros
y una tortilla?—*¡Puñales!*
(dije yo) *¡Pues ya lo creo!*
¿Qué hay que hacer?—Ir á Getafe
de pelegrino.—¿Yo?—¡Claro!
—¿Y á qué?—A orar.—¡Anda mi madre!

Le azvierto á usté que yo soy
de Lerroux.—Eso no le hace.
La cuestión es engrosar
aquello, pa que se rasque
Canalejas.—Por ser cosa
de usté, iré.—¡Dios se lo pague!
Pues esté usté en la estación
á las diez, que es cuando salen
los de San Justo, y allí
le entregarán á usté un pase
de tercera, la tortilla
(pídala usté de las grandes),
la bendición y un lacito
que debe usté colocarse
en el ojal.—Bueno, sí;
pero ¿y los dos machacantes?
—Esos se darán después
que la ceremonia acabe,
porque van muchos granujas
y no puede uno fiarse.
En resumen, pa no ser
pesao: que llegué á Getafe;
subí entre varios pendones
al cerrillo de los Angeles;

cantemos unas folías;
me apoquinaron los *jambes,*
trabé amistaz en el Cerro
con una gachí de *¡Agárrate*
que vuelven!, que iba también
á engruesar la cosa, ¡y pásmate!
simpaticemos de un modo
que á la hora del piscolabis
me propuso que juntásemos
lo de los dos; yo, galante,
la dí gusto; nos bajemos
por aquellos andurriales;
improvisemos al lao
de una viña el *restaurante*
y nos dimos un banquete
que ríete tú de Lhardy.
Resultao inrebatible
de la escursión: que me traje
diez pesetas pa comer
cuatro días á diez reales;
que la mujer del casero
se ha comprometido á darme
de su *motu* la primera
portería que le vaque,

y que la gachí de marras,
queriendo manifestarme
su gratituz, me ha asiznao
siete cincuenta mensuales
de pensión, con la promesa
de subírmela si hay margen.
¿Y es esto pa que te pongas,
como te has puesto endenantes,
hecho un toro y pa que me haigas
llamao póstata y farsante?...
¿Habrá alguno en el partido
que, teniendo dos adarmes
de sentido común, diga
que mi acción es repuznante?
¿O es que el ser republicano
me va á privar de buscarme
con decoro dos pesetas
pa un indecente potaje?
¡Hombre, no hay derecho!
—¡Así,
tiés razón!
—¡Qué duda cabe!
. . . .
. . . .

—Oye una cosa.
—Qué.
—Tú,
después de lo de Getafe,
¿cómo estás con tu casera?
—¿Yo? ¡Como los propios ángeles!
—¿Y dices que son dos duros?
—¡Eso sin contar los gajes!
—Pues hombre, voy á pedirte
un favor.
—¿Cuálo?
—Que la hables
por mí, si organizan otra
cuchipanda de esa clase.
—Ningún trabajo me cuesta,
pero he de manifestarte
que pa la otra son ya muchos
los que quieren contratarse,
y que, en su vista, han bajao
la tara á catorce reales.
—¡Buenos son! Menos producen
las nuestras, que son de gratis.

AL MAESTRO VEGA

AL MAESTRO VEGA [1]

(MI PADRE ESPIRITUAL)

Cantor egregio de los Madriles,
pintor sublime del pueblo bajo:
perdón si turba tu paz solemne
la voz plebeya de un pobre bardo,
que no sabiendo pulsar la lira
tañe las cuerdas de un mal guitarro.
Hoy se congregan para cantarte
doctos varones, hombres preclaros
que al propio tiempo que honor te rinden
de honor se cubren, y pues que al acto
de tu homenaje, sin merecerlo,

(1) Composición leída en el Ateneo de Madrid, en homenaje al insigne sainetero D. Ricardo de la Vega.

ara honra mía vime invitado,
si otros te cantan con arpas de oro,
yo, á mi manera, también te canto.
Entone himnos á tu grandeza
quien tenga arrestos para entonarlos;
yo, padre mío, tan sólo puedo
decirte cosas de gusto amargo,
porque hoy mi musa cascabelera,
que también sabe sentir á ratos,
á verme vino, de luto el alma,
tristes los ojos y mudo el labio.
Llora mi musa, porque, al recuerdo
de este homenaje, mira al pasado
y ve el tesoro de tus sainetes,
que son orgullo del arte patrio,
envuelto en nubes de indiferencia,
de ingratitudes y desengaños.
Llora mi musa, porque ya sabe
que, aunque vergüenza da confesarlo,
murió el sainete castizo y neto
la tarde misma que te enterraron.
Llora mi musa viendo á Talía,
que, á la rebata su honor tirando,
con mercachifles y con jayanes

vive en perpetuo concubinato.

. . . .

Por el decoro de nuestra escena,
con noble esfuerzo, digno de lauros,
luchan algunos; pocos, ¡muy pocos!
(me sobran dedos para contarlos);
mas con ser ellos bravos y fuertes
por sus prestigios y por su rango,
temo que al choque con la morralla
rendidos queden y avergonzados,
que hoy es el Arte sanchopancista,
y ahora el que escribe para el teatro
sólo endereza sus ideales
á ver si cobra más que Fulano,
y, atento al logro de las pesetas,
confía el triunfo de sus garbanzos
al molinete de alguna golfa
ó á las piruetas de algún payaso.

. . . .

Murió el sainete porque, sin duda,
los que pusieron en él antaño
las lozanías de sus amores
y el fuego virgen de su entusiasmo
volar quisieron á las alturas

en plena gloria, y allí olvidaron
la risa franca de los humildes
por la lisonja de guante blanco.
Bien los conozco (te estoy oyendo),
y es cosa triste que esos ingratos,
por servir gustos de gente frívola,
sólo me dejen con mis quebrantos;
mas ¿por ventura no hay más autores?
¡Ay, sí, maestro!... ¡Vienen á carros!
¿Es que no escribe la gente nueva?
¡Sí, padre mío; más que el Tostado!
Jamás la fiebre de escribir obras
tuvo en España nivel tan alto,
que haciendo copias de las ajenas
no dan algunos paz á la mano,
porque las gentes, desde que saben
que no hay presidios en el Parnaso,
como el del cuento, las roban hechas,
ya que inventarlas cuesta trabajo.
Nunca como ahora tuvo Talía
con sus galanes goces tan varios,
ni hubo fregona de ventorrillo
que más danzara de mano en mano,
porque en los tiempos de garrotines

y de operetas que atravesamos,
brotan autores entre los guijos,
hay veinte *cines* en cada barrio,
suple al ingenio la desvergüenza,
y en lucha loca por los ochavos,
entre erotismos de bajo vuelo
y melodramas patibularios
y revistitas que ya eran viejas
cuando reinaba Felipe Cuarto,
han convertido nuestros beocios
en vertederos los escenarios.
Y aquí termino. Perdón, maestro,
si este romance deslavazado
turbó un momento tu paz solemne
con las tristezas de su relato;
perdón á todos si mis palabras
rudas y torpes os lastimaron,
y al enjuiciarme tened en cuenta
que son palabras de un pobre bardo
que, no sabiendo pulsar la lira,
tañe las cuerdas de un mal guitarro.

—

Damas ilustres: á vuestras plantas.
Nobles amigos: besoos las manos.

TAL PARA CUAL

TAL PARA CUAL

—A ti van á darte un día
dos palos en la cabeza,
y ¡ojalá Dios que te la abran,
á ver si al fin escarmientas!
—¿Por qué lo dices?
—Lo digo
porque posées una lengua
que debían de picártela
pa hacer morcilla perrera.
—¿Yo?
—¡Tú!
—¡Muchas gracias!
—No
se merecen, porque en esta

manifestación que me oyes
no hay más que justicia seca.
—¡Anda éste!... ¿Pero yo qué hago?
¡Paece mentira que tengas
el tupé de dirigirme
intrepelaciones de esas!
¿Que qué haces? Pues no haces mas
que difamar, á sabiendas
de que mientes, y quitarle
á Dios padre la pelleja.
Mujer que tenga el capricho,
la desgracia ú lo que sea
de azmitir tu compañía
por sitios ande sos vean,
ya puede meterse á *oblata*
ú marcharse á Suz América,
porque si te oyen á ti,
¡cualquiera carga con ella!
Secreto que te confíe
cualquier amigo en reserva,
¡ni *Los Tiroleses!* Antes
de diez minutos se entera
tóo dios de lo que has oído
y de algo más que tú agregas.

Si una moza te promete
tal ó cual condescendencia
pa más alante, lo dices
buscando unas triquiñuelas
que te lo dan por comido
sin olerlo tan siquiera.
Quiere decirse que el día
que tú pongas una agencia
de publicidaz y dejes
de afeitar por las afueras
vas á ganar más millones,
que pelos tiés en las cejas.
—¡Atiza!
—¿Que no? Reciente
tiés el caso de la Aurelia:
la pobre mujer estaba
pa casarse en toda regla,
y desde el día que tú
sacastes á la vergüenza
ciertas cosas de la chica
que la ponen en videncia,
resulta que no hay un hombre
que la hable, como no sea
de asuntos que están en puzna

con la Santa Madre Iglesia.
—¡Caray!... ¿Si resultará
que le he cortao la carrera
á la infeliz?...
—No te *chufles*
ni salgas por peteneras,
Venancio, porque aunque sé
que no es la *casta Josefa,*
realmente, y aunque me costa
que si no fuese por ella
y por otras de su misma
costitución, á estas fechas
el destrito de la Inclusa
hubiese cambiao de lema,
no hay derecho pa que tú,
que paeces un sacamuelas,
pregones por ahí las macas
de una mujer indefensa,
másime más cuando tóos
sabemos de ciencia cierta
que ni te va ni te viene.
—Bueno; pues pa que tú veas,
¡sí me viene! Y sí me viene,
porque el novio de la Aurelia

es primo mío, y un miembro
de mi familia no lleva,
como yo esté en el intríngulis.
madroños en la cabeza.
—Está bien. En este caso
disculpo tu ligereza;
pero ¿y lo mío?... Lo mío
es una mala vergüenza
que no tié nombre, mediando
las circustancias que median:
el miércoles por la tarde
te pedí cuatro pesetas
pa un compromiso de faldas,
que sabes que era de urgencia,
y encima de que salistes
del paso con una treinta...
—¡Dos diez!
—¡Es igual! Y encima
de darme aquella miseria,
como digo, ya lo saben
hasta los niños de teta,
porque tú te has encargao
de correr por ahí la especia.
¿Es esto de hombres?... ¿Mereces

alternar con gente seria?...
¿No eres dizno de que te hinchen
las narices por boceras?
Bueno que uno se aproveche
del mundo tóo lo que pueda,
y que le dé gusto al cuerpo,
y que acapare las hembras,
porque á lo mejor la *diñas*
y al que se muere le entierran;
pero aquel que es caballero
y sabe obrar con decencia,
procura guardar las formas
y hacerse un ñudo en la lengua.
¿Habré tenido yo enredos
desde que vine á la tierra?...
¡¡Dos mil!! ¿Habré malograo
matrimonios?... ¡¡A docenas!!
¿Pasarán hombres hoy día
por calles y por prazuelas
junto á mí sin maliciarse
que fuí yo?... ¡Más de un cincuenta
por ciento de los iscritos
en el Censo! No te quepa
duda, Venancio. Pues bien;

¡á ver si hay uno que pueda
mencionar un trapicheo
de los míos!
—¡Ni siquiera!...
—¡Ya se ve que no!
—Lo tuyo
con Paca *la de las greñas*
¡no lo supo nadie!...
—Aquello,
si se supo fué porque ella
se lo dijo á las amigas
pa lucirse.
—¡Como quieras!
Y lo del medicamento
que le distes á la Usebia
de incónito, ¡ni las moscas!...
—Porque lo contó la Prensa.
¡Miá ahora tú éste! ¡Pues menuda
zambra se armó!...
—Y la sospresa
del marido de la Otilia,
cuando te rompió la pierna,
¡sonó poco!...
—Pero, bueno,

y eso, ¿qué?
—No le des vueltas;
tú has tenido en este mundo,
tóo lo más, media docena
de líos, aunque presumas
de tacón; pero te arreglas
de un modo, con tóo tu tazto,
tu mutismo y tu decencia,
que hasta el Colegio de Ciegos
y Sordo-mudos se entera.
—Eso es desgracia.
—¿Desgracia?....
¡¡Satisfación!!
—No lo creas.
—¡Dí que eres un jesuíta,
y á otra cosa! ¡Pues apenas
distingo yo de colores
pa tragarme tus comedias!
Las cosas de las mujeres
son de tal naturaleza,
que el pedirle á uno sigilo
es pedirle al olmo peras;
porque en el amor no esiste
mas que una verdáz, y es ésta:

cuando una moza de mérito
te hinotiza y te subleva,
y después de achicharrarte
se rinde á tus esigencias,
por mucho que te comprimas
y por muy formal que seas,
más que con el hecho en sí,
disfrutas conque se sepa.
¿Voy mal?
—¡Hombre, yo!...
—En redondo,
di tú lo que te parezca.
—Algo hay de verdáz, Venancio.
—¡¡Como que es la salsa, Esteban!!...

Á UN RUFIÁN

Á UN RUFIÁN

No eres tú, chulapo ruin,
pinturero y farfantón,
el hijo de mis Madriles
ni el chulo que canto yo,
que aunque madrileños ambos
y aunque de igual exterior,
tenéis, porque á Dios le plugo,
distinta la filiación.
No fía el mío á la faca
los éxitos del amor,
ni tunde el cuerpo á las hembras,
ni hace oficios de *macró;*
no usa el mío, como tú,
pantalones de farol

ceñidos por los ijares
y rellenos de algodón,
para fingir robusteces
que tu padre te negó,
ni subasta la figura,
ni blasfema por *sport*,
ni es guapo de merendero
ni es vago de profesión.
El madrileño castizo
es noble y trabajador,
gracioso sin petulancia,
valiente sin presunción,
y agareno con sus hembras,
que en las cosas del amor
el chulo neto no admite
ni dá colaboración.
Porque viste en Maravillas
por primera vez el sol,
de Malasaña te juzgas
legítimo sucesor;
mas si el ínclito chispero,
por un milagro de Dios,
tornara á la vida y viera
tu facha y tu condición,

moriríase cien veces
de coraje y de rubor
al sospechar qne pudieran
confundiros á los dos.
No eres chulo porque digas
en tu rufianesco *argot*,
sipi, nopi, ninchi, furcio,
naturaca y *la diñó,*
ni porque en el cuello luzcas,
de tu empuje y tu valor
como limpia ejecutoria,
ese innoble costurón,
que aunque tú achacas á Marte,
para darte más charol,
dicen, los que están en autos,
que en aquella operación
fué Venus la cortadora
y Mercurio el zurcidor.
¿De qué tarasca naciste?
¿Qué bellaco te engendró?
¿Qué académico de la hampa
sirvióte de preceptor
para que los tres hicieran
de tu ruin caparazón

el sinvergüenza más grande
que en el mundo se crió?...

. . . .

. . . .

Ya sé que tú y otros tales
á la clara luz del sol
del Madrid de mis amores
reyes y señores sois;
ya sé que, para ignominia
de la civilización,
no ha habido quien os anule
por desidia ó por temor;
mas yo os juro, con la mano
puesta sobre el corazón,
que si fuera, quince días
siquiera, gobernador,
no iba á quedar ni memoria
del cura que os bautizó.

¡HAY QUE VIVIR!



¡HAY QUE VIVIR!

—¿Tú en qué partido militas?
—Chico, si te he de ser franco,
no tengo matiz ninguno.
—¿Pues no eras republicano?
—De Pi; pero me ha venido
le reflexión con los años,
y he visto tantos farsantes
y estoy tan desengañao
de tóos ellos, que hoy en día,
por mi salú te declaro
que lo mismo me dá Azcárate
que Maura y que Don Dalmacio.
—¿Y Lerroux también?
—Lerroux
y Moret y el ¡Padre Santo!

—No lo creo.
—¡Que me muera
de repente si te engaño!
—Eso es, dicho así en escueto,
pa pensar que eres un piazo
de nogal, porque tóo el mundo,
desde el más chico al más alto,
debe tener una idea
y debe soñar con algo.
—Te contestaré en seguida:
las ideas las acato,
pero los hombres políticos...
¡el mejor pa degollarlo!
—¡Qué bruto!
—¡Lo que te cuento!
—¡Miá que vienes sanguinario!
—¡Natural! Pero, so primo,
¿tú me crées á mí tan sándio
que me voy á dir detrás
de esa coleción de vagos?
—¡Hombre... me paece algo fuerte!
—Bueno; pues no me retrato.
Hoy cá quisque va á lo suyo,
y el que tié más desparpajo

pa mentir es el que trunfa
y el que se lleva los cuartos.
—Habrá de tóo.
¿Tú te piensas
que en este siglo que estamos
le importa á ninguno de ellos
el bien de España ni un rábano?
¡Que se la aten aquí!
—¡Tú
has bebido y te ha hecho daño!
—¡Si nos lo dice la práztica,
señor!... Cuando están lampando
por subir, tóos son lo mismo:
mucho de querer salvarnos
y mucho de atar los perros
con longaniza, y estamos
cá vez más hechos la cusca,
y Dios no encuentra trabajo,
y hoy día tiés que coger
las roscas con aeroplano,
y no ves más que conventos,
y se han puesto los garbanzos
de una forma que te cuestan
más que si comieras záfiros,

—¿De modo que tú no tiés
ilusiones?
—¡Pero, Paco!...
¿Qué ilusión quiés que me ispire,
á mi edaz el mamarracho,
que pide pa desayuno
filetes de cura párroco,
y cuando llega á su casa
con un poco de retraso
le machaca su señora
las costillas á estacazos?...
¿Qué quiés que haga cuando veo
que andan por ahí pedricando
moralidáz en los mítines,
con tóo su santismo cuajo,
un montón de sinvergüenzas
que van sueltos de milagro?
¿No he de tronzarme de risa
si conozco ciudadanos
que hace ná como quien dice,
andaban por ahí pisando
con el contrafuerte, y ahora
tienen por resmas los *pápiros?*
—Yo confío en Canalejas.

—Ese ahora está prencipiando
y dicen que se trae cosas
y que vá á armar un serrallo;
pero dentro de dos meses
verás cómo tóo eso es flato.
—Es decir, que en asoluto
tú no eres na, Vespurciano.
—¡Hombre, sí!... No reconozgo
ni jefaturas ni mandos
de nenguno, pero yo,
como ser, soy libertario.
—¿Tú?...
—¡Servidor! ¡Y me tomo,
pa que trunfen los de abajo,
cuatro tiros con mi padre!
Porque entérate bien, Paco:
¡lo único que hay en el mundo
dizno de apoyo y de amparo,
es el que se amasa el pan
con el sudor de sus manos!
—Bueno, y tú, con esas másimas,
¿por qué andas por ahí de vago?
—¡Será porque puedo!

—Fincas

no posées
—En eso estamos.
—Pues no me lo explico entonces.
—Pues hombre, voy á explicártelo.
—A ver.
—Mira: yo he resuelto
el poblema del garbanzo
sin trabajar, de una forma
que ha de merecer tu aplauso.
—¿Cuála?
—Verás, dos pesetas
que le rinde á mi muchacho
el *Pombia*, son ocho riales,
¿no?
—Sí, señor.
—Otros tantos
que le saca la Raimunda
por la mañana á los rábanos
y á la Prensa por la noche,
suman deciséis.
—Esazto.
—Agrégale, de unos días
con otros, un duro largo
que se agencia mi muchacha,

la mediana, con el tráfico
de los décimos, las flores
y algún que otro extraordinario,
y tóo esto me arroja un líquido
de dos duros, con los cualos,
aunque no haiga pa tener
cuenta corriente en el Banco,
puedo vivir, á Dios gracias,
sin pedirle á nadie un cuarto
y sin esponerme á hacer
piruetas en un andamio.
—¡No está mal!
—Las atenciones
nuestras, á vista de pájaro,
se enjugan con la mitáz,
y sobra; porque hazte cargo:
al chico mayor le tengo
en los Asilos del Pardo
de huéspede; el que le sigue
se pasa cuasi tóo el año
de quincena; la comida
nos la dan los Escolapios,
porque mi mujer les haga
la limpieza tóos los sábados,

y la chica, por su parte,
no nos grava ni en un chavo,
porque como es una pólvora
y le ha dao Dios ese trato
que dice que sí á tóo Cristo,
siempre la están osequiando.
De modo que pué decirse
realmente que nuestros gastos
son: decisiete cincuenta
de arquiler del sotabanco;
una de cuarenta y cinco
que me compran á diario,
con su caja de cocina
y un librillo del *Galápago;*
cinco duros cá semana
que me asizno, por si acaso
se tercia echar unas copas
ó hay que ir á ver al *Machaco*,
y mi endumentaria, que es
un par de trajes al año,
porque como quié la chica
que vaya de vez en cuando
con ella por ahí, pues siempre
conviene vestir con algo

de polcrituz, pa que vean
que su padre no es un guarro.
—¡Valiente vida!
—Te azvierto
que yo no me estoy tocando
las narices, como puede
que sos penséis más de cuatro,
porque entre llevar la cuenta
de los cobros y los gastos,
y aconsejar á la chica,
y enseñarla ratimagos
pa que no la den un mico
y se la lleven los cuartos
del negocio, mi par de horas
no me las quita ni el gallo.
—Sí que abusarán algunos
de ella.
—¡No hay quién, Vespurciano!
—¡Hombre, por Dios!
—¡Tú que sabes!
¿La ves que paece un retaco
de menuda? Pues la pones
cuatro ceviles y un cabo,
y se las mantiene tiesas

con tóos, porque es un jabato
de valiente. En fin, su madre,
calcá desde arriba abajo.
—¡También tendrá que moverse
la pobre chica!
—¡Hazte cargo!...
Como que muchismas noches
la ocurre que del cansancio
toma un *simón* pa ir á casa
porque no pué con el rabo.
—Está en la edaz.
—¡Chico, yo
es la reflesión que me hago!
Y ahora dí si merecía
que me engancharan de un carro,
después de esto, si siguiera
calentándome los cascos,
como antes, pa mal comer
cuatro porquerías.
—¡Claro!
—¿Tengo ó no razón?
—¡Qué duda!
¡Eres un tío!
—No; práztico

más que otra cosa. Después
de tóo, si lo ves despacio,
paece un mundo y es el huevo
de Colón.
—¡Qué zumba, Paco!
—Haz tú lo mismo.
—Quisiera,
pero hay un pequeño ostáculo.
—¿Cuál?
—Que yo no tengo chicas.
—Es verdáz, que tóos son machos.
—Y los varones, por mucho
que se espabilen...
—¡Ah, claro!
Cero al cociente. Los chicos,
su jornal y pára el carro.
—¡Pa ti es el mundo!
—¡Figúrate,
con tres personas ganándolo
en casa, si aquí estuviera
retribuído el trabajo...
—¡Una tontería!
—¡Dime,
quién iba á meterme mano!

EL VICIO NACIONAL

¡Chico, si me sangran no echo
gota!
—¿La conozco yo?
—Más que á tu padre.
—¡Quién era?
—¡Va á paecerte una ilusión!
¿Te acuerdas de la Duvigis,
aquella que se casó
cuando estaba en relaciones
conmigo?
—¿Cuála?... ¡No doy!
—¡Sí, hombre, sí! ¿No te recuerdas
que entre otros varios y yo
le regalemos al novio,
la antevíspera, un bastón
con puño de asta de ciervo?...
—¡Ah! ¿Dices la de Puchol?
—¡Esa!
—¿Pues no he de acordarme?
¡Mucho!
—¡Pa chasco que no!
—¿Sigue tan guapa?
—¡Más!
—¡Echa!

—No existe comparación;
ahora es rubia.
—¡Cómo rubia,
si era más negra que el cok!...
—¡Toma, pero no te digo!
Ha cambiao hasta el color
del pelo y está de carnes
chico ¡que asfisia!
—¡Anda Dios!
—En fin; que al verla la dije,
con mi miaja de emoción:
—*¡¡Chiquilla... pero eres tú!!*
—*¡Yo misma!* (me contestó).
—*¿Qué te haces?*
—*Pues ya lo ves:*
con mis peines.
—*¿Y Puchol?*
¿Sigue como antes?
—*¡Lo mismo!*
—*¡Qué suerte!...*
—*¡Anda daí guasón!*
—*¿Cuántos chicos tiés?*
—*Ninguno.*
—*¡Pero qué inútiles sois!*

—¡Velay!...

—¿Sabes una cosa?

—Cuála.

—Que cstás superior.

—De qué.

—De guapa.

—¡Sí, guapa!...

¡Tú si que lo estás!

—Quién ¿yo?

—Ya te lo habrán dicho.

—¡Nadie!

—¡Pobre!

—¡Más fijo que el sol!

—Pues sí que lo estás.

—¿Te gusto?

—¡Bien lo sabes tú, ladrón!

—¡Menos que tú á mí cien veces!

—¡De veras!

—¡Como que estoy

que no vivo ni sosiego

por ti!

—¡Cállate, traidor!...

¡Si no me has querido nunca!

—¡Más que la que te parió!

—¡Ya se vé por las visitas
que me haces!
—Es que Puchol
me las tié jurás.
—¡Anda éste!...
Aquello se le pasó.
—Claro; como que no fué
ná más que una ocecación.
—¡A ver!...
—Digo, tú lo sabes
demasiao.
—Y sobre tóo,
que ahora está fuera.
—¿Sí?
—En Burgos.
—¡Mecachis!...
—Miá qué ocasión
pa echar un párrafo á solas.
—Si quieres, echamos dos.
—¡De pico, echas muchos tú!
—Eso con verlo...
—¿A que no
te vas por casa una tarde?
—¿Qué te apuestas á que voy?

—¿Cuándo te espero?
—Mañana.
—¿Chipén?
—¡Palabra de honor!
—¿A qué hora?
—De tres á cuatro.
¡A ver si no estás!
—¡Estoy!
—¿Dónde vives?
—Mira al Río,
tres, prencipal.
—Pues adiós.
—Oye: no compres merienda,
que allí tenemos de tóo.

. . . .

Resultao: que llego esazto;
me la veo en el balcón
esperándome, más guapa
que la Venus del Milor;
subo, me abren, entro, cierra,
nos damos un apretón
de manos, coge una silla,
me la alarga, la hago yo
sentarse á mi lao, acede,

y á poco de estar los dos
recordando nuestras cosas,
(¡carcula con qué ilusión!)
me pregunta sonriéndose;
—*¿Traes mucho apetito, Eloy?...*
—*Me se ha abierto al verte á ti.*
—*Y á mí también.*
—*¡Pues* alón!
Trae lo que tengas.
—*¡Volando!*
Conque va al aparador
y empieza á sacar pestiños,
chicharrones, salchichón,
bacalao crudo, cazalla,
en fin, muchacho, ¡un convoy!
—*¿Pero ande vas, criatura?...*
(la digo)
—*¡Aquí mando yo!*
(me responde) *¡Usté á comer*
y soniche! Pues señor,
que empezamos la merienda
en paz y en gracia de Dios,
y estaba la pobre chica
con toda su educación

ofreciéndome una raja
de *orduvres*, cuando la voz
de un hombre exclama:—*¡Duvigis;*
abre la puerta!
—¡Ay, Eloy!
(dice ella desencajá)
¡Mi marido!
—¿Quién?...
—¡Puchol!
—¡Atiza!
—¡Escuso decirte
la *matiné* que se armó!
No había tenido tiempo
de salir de mi estupor
cuando ¡zas! van y me arrean
traidoramente una coz
en los riñones, chiquillo,
que vi las estrellas; voy
á levantarme pa dar
lo mío, y con el bastón
de asta de ciervo (que fué
lo que más me molestó,
por tratarse de un osequio
que le hice con ocasión

de su boda), me sacude
dos palos que me dejó
mortecino; conque entonces
me vuelvo como un león
y le llamo lo que sabes,
pero se inrita el gachó
y empieza á diñar estopa,
con una exageración,
que aquél no era brazo, chico.
—¿Pues qué era?
—¡Un ventilador!
Resumen total; que al ver
semejante chaparrón
de estacazos, la Duvigis
se esconde en el *guater glós;*
yo salgo de pira, el tío
me alcanza en el corredor,
me coge así, me levanta
lo mismo que un cañamón,
me zamarrea y diciendo:
—*¡Ves bajando, que ahora voy!*
va ¡pum! y me tira al patio
sin darme una esplicación.
—Me alegro.

—¿Por qué?
—¡Por primo!
—Gracias.
—¡Natural, señor!
¿A quién se le ocurre el ir
á un sitio de exposición
sin un arma?...
—Cállate, hombre...
¡Si estaba armao cuando entró!
—Ah ¿sí?
—¡Toma!
—¡Pues haberle
dao pa el pelo!
—Mi intención
fué esa, pero del primer
voleo me desarmó.
Ahora sí; que me las paga...
¡no te coja la menor,
porque yo me vengo!
—Y ella,
si tié vergüenza.
—¡Los dos!

EL TRIUNFO
DE LA OPERETA



EL TRIUNFO DE LA OPERETA

—Bueno; decididamente
esto no pué ser, Candelas;
me estoy pasando la flor
de mi vida de quincena,
y si has venido á este mundo
pa no disfrutar siquiera
de la juventuz, más vale
que te subas á una de esas
colunas que hay con dos huesos
cruzaos y una calavera
y te eletrocutes.
—Chico,
no te entiendo ni una letra.

—Pues la cosa es muy sencilla:
yo prencipié la carrera
contigo, semana menos
ú semana más, y sea
porque tú tiés una zumba
que no te cabe en la prenda
correspondiente, ú porque haigas
nacido con unas yemas
en los dedos que ni Cristo
te sosprende una faena,
resulta que en los tres años
que andas *haciendo* carteras
por los tranvías, no sabes
lo que es pisar una celda,
ni te conoce la *poli,*
ni te han calentao la jeta,
y encima vistes que paeces
un socio de la *Gran Peña,*
en el ínterin que á mí,
que he nacido con la negra,
me ocurre que en cuanto le echo
los garfios á una cadena
de níquel ya me han largao
dos palos en la cabeza.

—¡Mala suerte!
—Ya lo sé
que es mala suerte, y por esa
circustancia he decidido
buscar otra industria nueva
pa dinificarme un poco,
y poder comer con regla,
y no ir por ahí poco menos
que enseñando las vergüenzas.
—¿Y dónde vas á meterte,
si no sabes una letra
de ná, ni entiendes de números,
ni has cogido una herramienta?
—¡Hombre, no tanto, que he sido
grabador!
—Sí: tengo idea
de que has andao machacando
grava por las carreteras.
—Sí, ¿verdá?
—¡Qué duda!
—Bueno;
tú tómame la güedeja
tóo lo que gustes, pero antes
de un año pué que me veas

con más fajos de billetes
que pelos tié Canalejas.
—¿Y qué vas á hacer?
—¡Lo que haga!
—¡Vamos, hombre, no te ofendas,
que es una chufla!
—Pues pienso
dedicarme á la opereta.
—¿Tú?
—*¡Güí!*
—¡Rediéz!... Pero cómo,
¿de aztor?
—¡Cuidao que eres bestia!
—Muchacho, pues no lo entiendo.
—¡Natural que no lo entiendas!
Verás: yo y un tal Meléndez
amigo mío, que lleva
lo menos cinco ú seis años
repartiendo pan de Viena,
y que ya sabe un sinfín
de palabras extranjeras,
como *chaflán, isquimosis,*
pitaluga y *ecetéra,*
nos hemos juntao con otro

que tié la primer cabeza
y está componiendo un método
pa tocar las castañuelas
por cifra, y hemos formao
un *trús* de los tres, ú sea
una liga, con ojeto
(¡miá si es bonito el poblema!)
de vivir sin trabajar.
¿Qué te paece?
—¡De primera!
Pero sigo á oscuras.
—Bueno,
voy á esplicarte la idea.
—A ver.
—Existen en una
parte de Uropa (dispensa
que no diga cuála), varios
que sacan de sus cabezas
unas cosas superiores
que las llaman operetas,
y que dan, donde las hacen,
los pápiros por fanegas.
—¡Ah, sí; ya sé lo que dices!
¿Esas que se cantan?

—¡Esas!
Pues bien; yo y estos amigos
ú socios, ú como quieras
caleficarlos, valiéndonos
de la mucha ú poca cencia
que yo disfruto en mi endustria,
y del dominio de lenguas
del antes citao Meléndez,
y del mérito que ostenta
como músico el del método
pa tocar las castañuelas,
les vamos á echar los dátiles
á todas las operetas
que salgan ¡y no nos tose
ni Dios! El del pan de Viena
las copia en limpio; después
las pone unas medias suelas
el otro; las pesco yo,
las llevo á un *cine*, las echan,
hacen tilín, y el dinero
que nos rindan se disgrega
entre los tres honrámente
¡y á vivir en la pulencia!
Chico, pues es un negocio

què ni la Tabacalera.
—¡Como que paece mentira
que no haiga habido á estas fechas
nadie que esplote una cosa
tan útil y tan benéfica!
—Sí que es raro.
                    —Qué ¿te gusta?
—¡Mucho! Pero tié una quiebra.
—Cuál.
            —Que la guardia civil
se entere y vayáis á Ceuta.
—¡¡Si es legal!!...
                    —¿Sí?
                            —¡Claro, primo!
Toma, pues si no lo fuera
¿pa qué me iba yo á cambiar
de ruta?... ¡Por Dios, Candelas!...
—Eso sí.
            —¿Ves ahora clara
la cosa?
            —¡Menuda breva!
—¿Verdá que hago bien?
                            —¡Pa chasco!
¿No has de hacer bien? ¡Si te dejan!...

EL VIEJO VERDE



EL VIEJO VERDE

DIÁLOGO REPRESENTABLE

PERSONAJES

SEÑÁ GREGORIA, vendedora de "gangas" y reclamo de amores fáciles.
LA FILO, planchadora.
DON NARCISO, viejo sátiro.
UN MOZO DE CAFÉ, que no habla.

I

Telón corto de calle con puerta practicable que da entrada á un café. A los lados de ésta dos mesas y sillas.

GREGORIA Y DON NARCISO

—Límpiese usté las legañas
y mire usté despacito
ese par de orlas. Me paece

que esto es servir á un amigo.
—¡Pero si son más antiguas
que la puerta del Hospicio!
¡Ah! ¿Sí? La última *dernière*
de Lacloche. ¡Poco ruido
que han armao estos pendientes
en tóos los mejores círculos
de Madriz! Como que son
de la señora de un título
que tié un apuro y no quiere
que lo sepa su marido.
¡Si nó de qué iba ella á darlos
ni por dos mil!... ¡Corriendito!
—Es mucho dinero.
—Vaya;
las quinientas veinticinco
y terminao. Que no sêa
ni lo de usté ni lo mío.
—¿Sirven cien duros?
—No puedo
rebajar ni un perro chico.
—¡Pues á otra cosa!
—Pero hombre;
que los záfiros son finos

y ahora está la pedrería
por las nubes, Don Narciso.
Además, que la persona
que va á gastar los zarcillos
se lo merece, si son
pa la que yo me imagino.
—Pa quién.
—Pa Doña Tomasa.
—¡Mi mujer no tié orificios
en las orejas!
—¡Ah, vamos!...
Entonces con más motivo.
—¿Hace ó no?
—Suba usté un poco.
—No pué ser.
—¿Ni dos cochinos
duros siquiera?
—Ni un céntimo.
—¡Vaya por Dios!... Ahí van, hijo;
que siempre saca usté raja...
—Toma y cuenta.
—(¡Cayó un primo!)
—¿Te has enterao?
—Sí.

—Pues ahora
voy á darte un encarguito.
—Usté dirá.
—¿Tú conoces
á esa que la llaman Filo,
que tié el obrador de plancha
frente á San Carlos?
—¡Muchismo!
—¿Qué te paece?
—¡Una real moza!
—¿Verdá que sí?
—Como físico
no conozco quien la llegue
ni al ribete del vestido.
—Pues pa ella son estas orlas
que te he comprao.
—¡Don Narciso!...
¡Pero que no pué usté estarse
nunca quieto!...
—Mi organismo
que es así.
—¡Qué pocos hombres
van quedando tan castizos!
—Bueno, al asunto: esa chica

me ha trastornao los sentidos
de una forma, que me tié
materialmente en un grito;
pero como yo no puedo
ser con ella tóo lo explícito
que es menester, por mis años,
mi posición y mi juicio,
y es muy natural que trate
de evitarme un compromiso,
quiero que tú, que dominas
estas cosas y que has sido
la que en otras ocasiones
me has allanao el camino,
te llegues allá y, después
de ofrecerla el regalito,
la pintes como tú sabes
los tormentos y el martirio
que estoy pasando en el mundo,
cétera... ¿Me has comprendido?...
—Le azvierto á usté que tié novio
pa casarse, y que la Filo
ciega por él.
—¿Pero es novio?...
—No creo que haiga ascendido,

porque ella en ese terreno
pisa firme.
—Da lo mismo.
—Se hará tóo lo que se pueda.
—Esa moza es un capricho
que yo tengo, y hace falta
que acete lo que la envío.
—¡Lo acetará!
—Tú ya sabes
que yo soy agradecido;
conque á ver cómo manejas
el trapo.
—Esté usté tranquilo.
No hay hembra que se resista
ni á estas orlas ni á este pico.
—Lo sé. ¿Cuándo vas á verla?
—Ahora, en caliente.
—¡Manífico!
Por aquí te espero. ¡A ver
si me dejas en redículo!
—¡Quién! ¿yo? ¡Pues ni que acabara
de llegar ahora en el mixto!...
—Bueno; tú verás.
—Ni media

palabra. ¡Eso es pan comido!
—¡Olé mi cuerpo serrano!
¡Mozo! Sácate un *Torino.*

II

(Obrador de planchado.)

GREGORIA Y FILO

—¿Se pué pasar?
—Adelante.
¡Caramba, señá Gregoria!...
¿Cómo usté por aquí?
—Chica,
pues ná; que he venido á Atocha
con un encargo, y he dicho:
¡Pues voy á ver á esa golfa!
—Se la estima á usté el piropo.
—¡Mujer, ya sabes que es broma!
—¿Y qué hace usté?
—Lo de siempre.
—¿Se trabaja?
—Poca cosa.
¡Está el negocio, hija mía,

que no hay una perra gorda!
—¡Vaya por Dios!
—Ya me han dicho
que te casas.
—Por ahora
á eso se tira.
—Bien hecho.
—¡A ver!
—¿Y cuándo es la boda?
—Pues pa Agosto.
—¡Chica, vais
á sudar pringue!...
—No importa.
Pa casarse, tóos los meses
son buenos, señá Gregoria.
—¿Y por fin, con quién?
—Con Paco.
—¿El pollero?
—Sí, señora.
—¡Anda, hija mía, que bién
te vas á poner las botas!...
—¿Por qué?
—Porque él tié bastante,
según dice su parroquia.

—No le he preguntao.
—Podías
saberlo...
—No soy curiosa.
—Le quedrás mucho.
—¡Un poquito!
—Paece muy buena persona.
—Pa mí, superior.
—Pues basta.
—¡Natural!
—Oye: ¿estás sola?...
—Sí. ¿Por qué?
—No, por ná... ¡Hombre,
y á propósito!... Una cosa
tengo que decirte.
—Cuála.
—Pues chica; que una señora
muy rica, de la grandeza,
que se va á meter á monja,
por un desengaño, quiere
que la coloque unas orlas
que tié, porque en el convento
no las dejan gastar pompas,
y como tú estás á pique

de casarte y andas ahora
con el *truchó*, me he pensao:
¡Miá que ocasión tan hermosa
se le presenta á la Filo
pa hacerse una buena compra!...
—¿Las trae ústé?
—¡Casualmente!...
Míralas.
—¡Ay, qué preciosas!...
—¿Te gustan?
—¡Son bonitismas!...
—¡Y que te estarían *pochas*,
con esa cara tan tuna
que tiés, grandisma ladrona!...
—¿Cuánto piden?
—Pues pa ti,
cien duros
—¡Eche usté ropa!...
—¡Anímate!
—¡Es mucho arroz
pa mí!
—¿No las gastan otras?...
—¡Toma, podrán!
—¡Bah! Lo mismo

que tú, si no fueras tonta.
—¡Clarito!
—¡Si tú quisieras!...
Conozco yo una persona
que en cuanto dijeras ¡óle!
por gusto, no digo yo orlas,
¡ibas á dir á entregar
las camisas en carroza!
—¿Sí? ¡Caray!...
—Es un señor
muy decente, maestro de obras,
que tié, pero cómo, ¡así!
los brillantes y las onzas...
¡Si vieras!... Le ha entrao al pobre
una pasión y una cosa
por ti, que paece talmente
que se alimenta con moscas.
¡Se parte el alma, hija mía!...
—¿Qué quié usté decir, señora?
—Quién ¿yo?
—¡Usté!
—(¡Malo!) Pues ná...
—¡O se calla usté la boca,
ó la estampo á usté en los sesos

la cofaina, tía galocha!
—¡Pero, chica... no te enrites
ni te pongas tan nerviosa,
que tú deseguida coges
el rábano por las hojas!...
—¡Si no mirara!...
—Mujer...
pero ¿tú por quién me tomas?
—¡Por una...
—¡Jesús, María!...
¿Qué ibas á decir, so loca?
—¡Amos, hombre!...
—¡Sabré yo
lo decente y lo juiciosa
que eres tú!... No te se puede
gastar una chirigota...
¡Cuidao contigo!... ¡Amos, ven!
—¡Déjeme usté á mí de historias!
—¡Mujer, á un grillo se le oye
y cuesta una perra gorda!...
Atiende y no te amontones:
¿A tí te gustan las orlas
de verdá?
—Sí que me gustan.

—¡Puñales! ¡Pues me las compras
y se acabó!
—¡No sé cómo!
—¿No tiés ahorrao pa la boda
ná?
—Cuarenta duros.
—Bueno,
me los das, luego me abonas
tres tóos los meses, con algo
de interés por la demora,
y tuyos en poco más
de un año.
—Eso es otra cosa.
—Anda, tráelos.
—Serán buenos,
¿eh?
—¡Mujer, no gastes bromas!
¡Superiores! (¡Qué le digo
yo al otro, Virgen de Atocha!)
—Ahí van. ¿Está bien?
—Al pelo.
Tómalos, escandalosa...
¡Miá que lo de antes!...
—Usté

dispense, señá Gregoria,
fué una figuración mía.
—¡Valiente genio! Adíós, loba.
—Adiós.
—Y ya pués estar
satisfecha de tu compra.
—¡Qué bonitas!...
—(Si descubre
que son *boro,* me desloma.)

III

La misma decoración de la parte primera. Sobre una de las dos mesas habrá seis copas de vermouth, vacías.

DON NARCISO y luego GREGORIA.

¡Por vida de Dios!... ¡Las siete!
¿En dónde se habrá metido
esa bruja? Se conoce
que le ha costao trabajillo...
¿Lo habrá lograo?... ¡Cá minuto
que pasa me paece un siglo!
Allí asoma. ¡Vamos, hombre!...
¿Dónde andas?

—¡Ay, don Narciso!...
—¿Qué sucede?
—¡Ay, qué disgusto!...
—¡Habla, mujer!
—¡Ay, Dios mío!...
—¡Rediez!...
—¡Míste cómo vengo!
—¿Pero qué pasa?
—¡El delirio!
—¡Revienta ya de una vez,
si quiés reventar!
—Pues hijo
me fuí, pa lo que usté sabe,
al obrador de la Filo;
entré, la metí el capote
y ná, mú bien; al prencipio,
naturalmente, la chica
me se encampanó un poquito...
por la *novedáz*.
—Es claro;
eso ya estaba previsto.
—Pero cuando vió las orlas
y la hablé de los martirios
que usté pasa, y de lo guapo,

lo reservao, y lo limpio
que es usté, pues lo de todas...
—¡Ah! ¿sí?...
—*¡Dóminus vobiscum!*
—Lo carculao.—¡Muchas gracias!
—¡No se merecen! Pues hijo,
que estaba yo contestisma
por haberle á usté servido
tan bien, cuando en esto sale
bramando como un novillo
el novio de la muchacha,
que había estao escondido
oyéndolo tóo...
—¡Mecachis!
—¡Y aquello fué pa escribirlo
en uno de esos romances
que hay pa asustar á los chicos.
Míste: se viene pa mí
con los ojos encendidos,
que daba miedo; me atiza
un guantazo en los hocicos,
que estuve tres cuartos de hora
sangrando como un cabrito;
se acuerda de mis difuntos;

me agarra del añadido;
me da un puntapié en el... bueno
(figúrese usté en qué sitio),
con unas botas de lluvias
que pesaban cuatro kilos,
y tirándome á la calle
como un guiñapo, me dijo:
¡Vaya usté daí, so indecente
y dígale usté á ese tío
que el día que me lo tope
le rajo como á un gorrino.
—¡Caray!... ¡Pero cómo! ¿A mí?...
—Sí, señor.
—¡Pues te has lucido!
¿Y pa esto me he tomao yo
seis *vermús* consecutivos?
—¡Ay qué horror!
—Bueno: ¿Y las orlas?
—Las orlas tuvo el cenismo
y el desahogo de quedarse
con ellas aquel bandido,
porque como usté tié antojo
de que las gaste la Filo,
dice que por ná del mundo

le quita á usté ese capricho.
—¡Repuño!
—¡Y quién va por ellas!...
—¿Cómo que quién va? ¡Yo mismo!
¡Pero en seguida!
—¡Por Dios!
¡No vaya usté, don Narciso,
míste que está como loco
y va usté á buscarse un nicho!...
—¿Pero y á mí quién me paga
los daños y los perjuicios?
—¡Ay!...
—¡Qué te pasa?
—¡Que viene!...
—¿Quién?
—¡El pollero! ¡Ay, Dios mío!...
—¡Le mato!
—¡Que tié usté nietos!
—Es verdáz.
—¡Ay, don Narciso,
qué navaja!...
—¡Caracoles!
—¡Corra usté!
—¡Con tu permiso!

—¡Que viene!
—¡Por tu salú
no le digas que me has visto!

. . . .

—Creí que no me quitaba
de encima este sinapismo...
¡¡Lo que tié que sudar una
pa ganarse un panecillo!!
¡Mozo! ¡Un bisté con patatas
chuflés y chica de vino!

LOS CORTEJOS

FIN DE FIESTA CON MÚSICA

PERSONAJES

Jenara.
Naranjera.
Lorenza.
Paca.
Pepa.
Manuela.
Una maja.
Don Paulino.
Dionisio.
Alfonso.
Rafael.
Un fraile.
Ceferino.
Blas.
Un criado.
Un manolo.



LOS CORTEJOS

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Una calle de Madrid á principios del siglo XIX. En el centro fachada de una casa de modesta apariencia con puerta principal practicable. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CEFERINO y BLAS, de majos, con guitarras, por la izquierda. Luego un criado.

CEFER. Entra, que estará impaciente
la reunión, y ya sabes
que á la *Tuerta* no le gusta
que empiecen las cosas tarde.

BLAS. Has de saber, Ceferino,
que no hay cosa que me cargue
como tocar, para que otros
se diviertan en el baile.

CEFER. Y toquen también.

BLAS. Pero uno
viene á comer lo que traen,
si es cosa de gusto, y tiene
que callar.

CEFER. Y que hoy es fácil
que de bollos y compota
te puedas llenar el zaque,
porque vendrán personitas
de rumbo: Dionisio el Sastre,
con su mujer y el cortejo
que á entrambos paga los gajes;
la Curra, que tiene mano
con famosos personajes,
y Juanita la *Bisoja*,
que como enterró ayer tarde
al marido, anda buscando
ocasión de consolarse.

BLAS. Ya se consolaba en vida
del difunto.

(Sale un criado *por la derecha con una bandeja llena de viandas y vino.)*

CEFER. *(Al criado.)*
Hola, compadre.
¿Qué es eso?
Queriendo husmear en la bandeja.)

CRIADO. Unas frioleras...
(Retirando la bandeja.)
¡qué comerá el que las pague!
(Entra en la casa.)

CEFER. Entra, no sea que empiecen
por la cena, y tú ya sabes
que sería de mal gusto
entrar después de que acaben.
(Cuando van á entrar, aparecen por la izquierda Lorenza y Naranjera, de majas.)

ESCENA II

DICHOS, LORENZA y NARANJERA

NARA. Anda, prima, date priesa.

CEFER. ¡Hola! ¿Son primas?

NARA. Carnales.

CEFER. Pues han venido á buen tiempo,
que *primas* así siempre hacen
buen avío á los que tocan
estos estrumentos.

(Acercándose á ellas.)

NARA. *(Rechazándole bruscamente.)*
¡Arre!
Que estas *primas* no se han hecho
pa que las toquen pelambres.

CEFER. Eso se verá.

(Entra detrás.)

BLAS. Si tocas,
no dejes de templar antes.

(Suena una bofetada.)

¡Saltó la *prima!* Por no
pisar con cuidao los trastes.

(Entra.)

ESCENA III

ALFONSO, de manolo rico, y RAFAEL, de militar, que salen por la izquierda.

ALFON. La sastra viene esta noche
y yo voy á hacer que acabe

la zambra, curando al viejo
de todos sus alifafes.

RAFA. Déjala y vaya en buen hora,
y ve que no han de faltarte
mujeres, porque nos tocan
á cada macho seis pares.

ALFON. Pero ella es la que me enciende
y no es justo que me abrase
yo por dentro, para que otro
por la mano me la gane.

RAFA. ¡Mira que acaba de entrar
la Naranjera en el baile
y si te conoce el juego
van á llover cardenales!

ALFON. ¡Cuchilladas que llovieran
no harían que me parase!

RAFA. Aquí llega. ¡Sé prudente!
(Señalando á la izquierda.)

ALFON. *(Con rabia.)*
¿Lo ves? Viene con el sastre,
su marido, y el cortejo
de sesenta Navidades.

RAFA. ¡Ten juicio y vamos adentro!

ALFON. ¡Milagro será que acabe

la fiesta en paz!

RAFA. *(Empujándole.)*

Entra.

ALFON. Vamos.

RAFA. ¡Pero has de mirar lo que haces!

(Entran en la casa.)

ESCENA IV

Salen por la izquierda DIONISIO con un farol encendido, alumbrando y sirviendo de guía á JENARA, que sale detrás, del brazo de DON PAULINO.

DION. Ya llegamos, á Dios gracias,
aquí, Don Paulino, pase
su mercé, que yo me marcho
á oir el sermón del padre
Gaspar. Su mercé procure
cuidármela.

JENA. *(A Dionisio.)*

¡Que no tardes,
hechizo!

(Con mucha dulzura.)

PAUL. Ve descuidado,
que mientras yo no me aparte
de ella, tu honor no peligra

ni un punto.

DIONI. Lo sé; pero ande
su mercé con mucho tiento,
que hay quien ronda estos parajes
por robarnos nuestra joya.

JENA. *(Con enojo.)*
¡Que tal digas!

DIONI. No te enfades,
rosicler, que la firmeza
de tu virtud todos saben
y yo el primero.

PAUL. ¡Y yo! Entremos,
no nos echen menos.

DIONI. Hazle
caso en todo; y si me tardo,
mi ausencia no te embarace,
que para eso vino aquí
Don Paulino á acompañarte.

JENA. ¡Qué triste estoy!

PAUL. A mi arbitrio
queda la pobre.

(Entran en la casa. Don Paulino y Jenara después de mirarse expresivamente.)

DIONI. *(Enternecido viéndolos marchar.)*
¡¡Ni un padre!!
¡Qué amigo más complaciente
y qué corazón tan grande!...
No me deja que me ocupe
de ella, por no molestarme
y además de hacer mis veces
cada mes me encarga un traje.

ESCENA V

DIONISIO y FRAILE, que sale por la derecha llevando del ronzal un pollino cargado, al hombro unas alforjas repletas y en la mano que le queda libre un farolillo encendido.

DIONI. Buena noche.
FRAILE. Hola, Dionisio.
¿Dónde se camina?
DIONI. Al Carmen,
que hay sermón.
FRAILE. ¡Santa costumbre!
¿Y tu mujer?
DIONI. En el baile.
FRAILE. ¿Vino sola?

DIONI. *(Ofendido.)*
¿Soy yo tonto
quizás? ¡Lleva quien la guarde!
FRAILE. ¿Y cómo marcha esa vista?
DIONI. Tal cual.
FRAILE. ¡Que Dios te la aclare!
DIONI. Gracias, hermano.
(Vase izquierda.)
FRAILE. *(Viéndole marchar.)*
¡Por qué,
Dios mío, seré yo fraile!...

Música.

Cuplés.

¡Dóminus tecum
fraile mostén!
¡Ay, qué mujeres
las que se ven!

—

El prior del convento
de San Antonio

dice que las mujeres
son el demonio.
Y pone torvo el ceño
y alza las cejas
y huye de las devotas...
cuando son viejas.
¡Ora pro nobis,
fraile mostén!
¡Tú lo quisiste!
¡Tú te lo ten!

—

En fuerza de abstinencias
y de oraciones
ahuyenta fray Domingo
las tentaciones.
Y cuando una devota
ve que le atrapa
no deja que le tiente...
si no es muy guapa.
¡Anda, borrico,
mírame bien
que soy por tonto
fraile mostén!

ESCENA VI

El FRAILE, la PACA y la PEPA que salen precipitadamente por la izquierda.

PEPA. ¡Corre, Paca!
PACA. Pára un poco.
FRAILE. (¡Lindo par!)
PACA. Que me se cae
una liga y no es decente
lucir lo que ha de guardarse.

(Se inclina para atarse la liga y al Fraile se le abren los ojos, como á cada hijo de vecino en semejante caso.)

PEPA. ¡Cambiada estás!
FRAILE. *(Acercándose á ellas y rezando á media voz.)*
¡Padre nuestro!...
PACA. *(A Pepa.)*
Ponte aquí por si llega alguien
con deseos.

(La Pepa se coloca delante de la Paca, extendiendo la falda.)

PEPA. ¡Anda!

FRAILE. *(Saludando.)*

¡Buenas!

(¡Y gordas!)

PACA. *(Con sorna.)*

¡Dios le acompañe!

(Entran las dos en la casa después de mirar al fraile burlonamente y de soltar una carcajada.)

FRAILE. *(Alzando la vista al cielo.)*

¡Señor! ¡Qué dura es la vida
para los que sufren! ¡¡Arre!!

(Arreando al animal.)

(Vase por la izquierda con el burro. Ataca la orquesta y se oye dentro de la casa el ruido de las castañuelas que acompañan el fandango y se hace la

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Portalón de una casa en que se celebra un baile de candil; mesas, sillas y bancos distribuídos convenientemente. En el centro de la escena y colgando del techo un gran velón con los cuatro mecheros encendidos.

ESCENA PRIMERA

RAFAEL y ALFONSO, á la derecha: este último sin dejar de mirar á JENARA y DON PAULINO, que están sentados á la izquierda. CEFERINO y BLAS tocando las guitarras en el fondo y PACA y PEPA á su lado. Una maja y un manolo en el centro de la escena bailan el fandango, que acompañan la NARANJERA, MANUELA y otras majas y majos que forman grupo en torno á la pareja que baila. El criado distribuye vino y manjares á los concurrentes. Poco después de alzarse el telón termina el baile y cesa la música. Mucha animación en escena. Aplausos de todos.

NARA. ¡Bien bailado!
RAFA. Y con donaire.
PACA. ¡Y bien tocado!
CEFE. Se estima,
pero echen acá la jarra,
porque la sangre me pica
del calor.

(Procurando abrazar á la Naranjera. El criado alarga la jarra.)

NARA. *(Esquivando el abrazo.)*

¡Las manos quedas
ó escupes en la vesita,
de una vez todos los huesos
de la boca!

CEFE. *(Tomando la jarra.)*

No dirías
eso si el que te tocara
fuera Alifonso.

(Señalando á Alfonso que sigue fijo en Jenara. Siguen hablando bajo.)

PAUL. *(A Jenara.)*

Dí, rica
¿estás á gusto?

JENA. *(Zalamera; pero atendiendo más á Alfonso que á don Paulino.)*

Yo, al lado
de su mercé ¿cómo había
de estar?

PAUL. *(Reparando en la insistencia con que Alfonso les mira.)*

Yo no, que hay enfrente
quien parece con la vista
comernos.

JENA. *(Por Alfonso. Suspirando.)*
(¡Qué lindo mozo,
y cómo su amor me tira!)

PAUL. ¿No me oyes?

JENA. Sí.

PAUL. Pues no mires
allá, que me mortifica.

JENA. No haya su mercé cuidado,
porque miré sin malicia.
Conmigo no tendrá nadie
más dominio de por vida
que su mercé y mi marido.

PAUL. Así debe ser.

ALF. ¿Ves?
(Haciendo un ademán de ira al ver á Jenara y don Paulino que hablan muy acaramelados.)

RAFA. *(Sujetándole.)*
¡Quita!
¡Has de estar quieto ó me marcho!

ALFON. ¡Si es ella la que me incita!

LOR. *(A la Naranjera por Alfonso y Jenara.)*
¡Míralos, tú!
NAR. Me se antoja
que la sastra del usía
se va á llevar esta noche
lo de atrás en carne viva.
LOR. ¡Que ella no es manca!
NAR. Eso luego
se verá.
RAF. ¿Pero qué misa
de *requiem* es ésta? ¡Vamos,
tocar!
PACA. ¡Vengan seguidillas!
PEPA. ¡Que empiece el baile, Jenara!
RAFA. ¿Con quién?
PACA. Con quien ella diga.
JENA. *(A Paulino.)*
¿Su mercé me da licencia?
PAUL. Haz tu gusto, prenda mía.
(Se levanta Jenara.)
ALF. *(A Rafael, levantándose también.)*
(¡Verás!)

(Se dirige resueltamente hacia Jenara, y al verlo se levantan de sus asientos como movidos por un resorte la Naranjera y don Paulino.)

JENA. (¡Ya viene!)

PAUL. *(Aparte á Jenara.)*

(¡Con ese no!)

LOR. (¡Me huele á chamusquina!)

ALFO. *(A Jenara.)*

(¿Sirve este cuerpo?

PAUL. *(Airado.)*

¡No sirve, porque está comprometida!

NARA. *(Adelantándose resueltamente.)*

¡Y porque á mí no me da
la rial gana de que sirva!

LOR. ¡Muy bien!

ALFO. *(Agresivamente.)*

¿Y á ti quién te mete en este asunto?

NARA. ¡Yo misma,
que no necesito bula

para comer carne en vegilia!
Y como tengo costumbre
de llevar la frente limpia
de *estorbos*, porque á Dios gracias
no hay sastres en mi familia,
(Movimiento agresivo de Jenara, contenido por don Paulino.)
sepan sus mercés y sepan
otros, que mientras yo viva
(Por Alfonso.)
éste no hace centinela
ná más que en esta garita.
(Señalándose ella misma.)

JENA. ¿Va eso por mí?
(Tratando de abalanzarse sobre la Naranjera.)

ALFO. *(Cogiendo violentamente de un brazo á la Naranjera que imita á Jenara.)*
¡Quieta!

PAUL. *(A Jenara.)*
¡Calla
y demuestra que eres dina!

JENA. Tenéis razón.

PACA. ¡Siga el baile!
JENA. Pues venga, y pa que no diga
nenguno que la Jenara
se asusta de medios días,
vamos á bailar juntitos
los dos
(A don Paulino.)
PAUL. ¡Diablo de chiquilla!
CEFE. ¡Duro!
PACA. *(Por don Paulino).*
¡Bien por los señores!
RAFA. ¡Viva el garbo!
NARA. *(Mirando gozosa á Alfonso.)*
(¡Traga quina!)
LOREN. *(A la Naranjera para calmarla.)*
¡Esto se ha acabao!
NARA. ¡Mejor
dijeras que ahora prencipia!

Música.

(Bailan las seguidillas Jenara y don Paulino; éste todo lo torpemente posible y aquélla lanzando

de vez en cuando miradas rencorosas á la Naranjera.)

PACA. La capa colorada
tiene mi majo
y la gloria del mundo
lleva debajo.
¡Toma confites,
y échalos en la boca
no te los quiten!

CORO. ¡Toma confites,
etc., etc.

—

(Hablado con música en la orquesta.)

LOR. *(Con sorna á Don Paulino:)*
Su mercé es una peonza.

PAUL. Gracias.

ALF. *(Por Jenara.)*
(¡Cómo la maldita
me hace sufrir!)

LOR. ¡Otro baile!

PAUL. *(A Jenara.)*
¿Quieres?

JENA. Como mande usía.
NARA. Yo canto la copla.
JENA. (¡Esta anda
buscándome las cosquillas!)
NARA. Yo conozco á mi maja
desde muy lejos
porque siempre la siguen
cuatro cortejos;
y como es justo,
si ellos tienen el gasto
yo tengo el gusto.
CORO. ¡Toma canela!
Si no lo has entendido
vete á la escuela.

Hablado.

VARIOS. ¡Vítor, vítor!
ALF. *(Violentameute.)*
Ya no puedo.
más.
(Rafael intenta sujetarle, y en vista de que se esfuerza en vano, le suelta.)

RAF. ¡Pues anda!

ALF. *(Adelantándose en ademán provocativo.)*

No termina

eso bien.

PAUL. *(Galleando.)*

Pues... ¿cómo quiere?

(Alfonso se queda un momento mirando á Don Paulino de alto á bajo despreciativamente, y por último, le derriba el sombrero de un revés.)

ALF. ¡Así!

(Alboroto y confusión. Alfonso se arroja sobre Don Paulino.)

PAUL. *(Sofocado.)*

¡Quítenle de encima

que le he de matar!

PACA. ¡Socorro!

JENA. *(A Naranjera.)*

¡Por ti, bribona!

PEPA. ¡Justicia!

NARA. *(A Jenora.)*

Nos veremos.

JENA. Cuando quieras.

NARA. Pues ahora, por si se olvida.

JENA. ¡Pues ahora!

(Disponiéndose para la lucha.)

NARA. *(A todos.)*

¡Chicos, fijarse,
que van á empezar las vistas!

(Se acometen. Jenara se agarra al moño de la Naranjera y ésta levanta las faldas de Jenara y la azota, mientras Alfonso pega á Don Paulino. Momento de alboroto, en el que varios tratan de apaciguar á los combatientes.)

RAF. ¡Alfonso!

(Queriendo desasirle.)

LOR. *(A Naranjera.)*

¡Suelta, muchacha!

RAF. ¡Bueno está ya!

(Tirando violentamente de Alfonso.)

LOR. ¡Basta, Isidra!

(Haciendo lo mismo que Rafael.)

ESCENA II

DICHOS y DIONISIO, que aparece en la puerta cuando acaban de separar á los combatientes.

DION. ¡Ténganse allá!

(Todos se callan y se detienen un momento.)

JENA. *(Arreglándose disimuladamente la ropa.)*

¡Mi marido!

BLAS. *(Sujetando á Don Paulino.)*

¡Cálmese!

JENA. (¡Me haré la vítima!)

¡Ven, que voy á desmayarme!

(Dionisio se adelanta pausada y gravemente á Jenara.)

DION. ¡Aquí mis brazos te brindan

fuerte coluna! ¿Qué ha sido?

(Interrogando á todos.)

JENA. ¡Ay de mí!

(Cae en los brazos de Dionisio fingiendo un desmayo.)

DION. ¿Naide me explica?...

PAUL. ¡Fué que agravióla un canalla!
ALF. ¡Cómo!
(Queriendo abalanzarse de nuevo á él.)
DION. ¡Quieto! ¡Haré justicia!
(Todos se apartan al segundo término, dejando en primero á Dionisio, que sostiene á Jenara, y formando grupo: á la derecha, Alfonso desafiando con el ademán á Don Paulino, y Rafael, majos y manolas que le contienen, y á la izquierda, Don Paulino provocando á Alfonso y contenido por Blas, Ceferino, Paca y Pepa. Dionisio dice pausadamente, después de contemplar un momento á Jenara.)
¡Fiera suerte! ¡Horrible duda!
¡Desdichada esposa mía!
Tan honrada, tan prudente,
tan generosa, tan limpia...
y siempre lleva estas guerras
consigo. ¡¡Dios la bendiga!!
PAUL. Dionisio, vamos á casa.

DION. Vamos donde quiera usía,
y este lance, de escarmiento
y de enseñanza nos sirva.
¡Ya vuelve!

(Por Jenara que suspira lánguidamente.)

PAUL. Toma mi brazo.

(Jenara se coge del brazo de Don Paulino, y éste mira con aire de triunfo á Alfonso.)

JENA. *(A Dionisio.)*
¡Ay, marido de mi vida!

(Vanse por el foro los tres, y antes Jenara vuelve la cabeza para mirar coquetonamente á Alfonso. Este trata de salir detrás.)

NARA. *(Sujetándole de un brazo.)*
¡Tú te quedas!

ÁLF. *(Enérgico,)*
¡Suelta!

NARA. ¡No
te suelto aunque me hagas trizas,
que de la hija de mi madre
no ha nacido el que se ría!

ALF. *(A Rafael.)*
¿La mato ó la dejo?
RAF. ¡Déjala!
LOR. ¡Venga música!
NARA. *(A Celedonio.)*
¡Prencipia,
que este majo va á bailar
conmigo las seguidillas!
(Pone á Alfonso delante de ella y rompe la música.)

TELÓN

Á GUISA DE EPÍLOGO



Á GUISA DE EPÍLOGO

Con más razón que Maura, cuando dijo:

Nosotros, somos nosotros,

López Silva pudiera decir, si no se lo vedase su modestia:

—*Yo, soy yo.*

Porque si los Mauras han abundado siempre en España, casi tanto como las bellotas en el Pardo, López Silva no hay más que uno. Le plagian, le imitan, le saquean, hasta le asesinan. ¡Inútil! Esos son otros López.

Decir algo de este poeta de costumbres madrileñas, es la cosa más fácil, á la vez que la más difícil, del mundo. La más fácil, porque con repetir un poco de lo mucho que se

ha escrito de su musa chulapona pueden llenarse muchísimas cuartillas; y la más difícil, porque, aun diciendo algo nuevo á propósito de ella, se corre el riesgo de pretender *descubrir* á quien es tan popular en España y fuera de España.

Yo no conozco en Francia—donde algunos periodistas, como los del *Journal,* quieren copiar, y copian malamente y sin pizca de gracia, el vocabulario y el gesto de los chulos parisienses,—yo no conozco una musa francesa que equivalga literariamente á la española de López Silva. Hay, sí, en las letras parisienses una musa callejera, la de Bruant, pero triste y dolorosa hasta cuando habla, como en *Chant d'Apàches,* el argot que ha hecho nido en las fortificaciones. Tiene la tristeza del fango de París y el dolor que parece desprenderse de los tejados pobres de la gran ciudad. Tiene también el aspecto siniestro que presentan de pronto los ángulos de las calles de estos barrios bajos de mentalidad y corazón.

La musa de López Silva es una chula, me-

jor dicho, *la chula.* Tiene alegrías en el corazón, malicias en la boca, retozos en el cuerpo salado, que no huele á perfume de tienda, pero sí á hembra sana. Tiene desenfados y descocos que suelen rayar en desvergüenzas, pero siempre ingeniosas y chisperas. Tiene filosofía, pero honda, oculta en las entretelas del espíritu, y si se asoma es á hurtadillas y como con miedo de que la vean. La musa de López Silva lleva un gran sol en el alma, y cuando de pañuelo y mantón sale del brazo de Goya, taconeando por las calles de Madrid, hay que decirla:

—*¡Olé, tu madre!...*

He hablado de filosofía, porque son filosóficos, á su manera, los diálogos de esos chulos de López Silva, que empiezan á discutir con arrestos de Cid y acaban con mansedumbres de Sancho. Si fuera aceptable—como debiera serlo—que también en la broma haya grandeza trágica, la de algunos de los diálogos de López Silva parecería épica. No todos los chulos del poeta español son Pangloss. Alguno es, al revés, Hamlet.

Yo no conozco poeta español de más gracia clásica, ni de más ingenio castizo, ni de más cuajo madrileño. Leyéndolo, trasládome á los Viveros, á las Vistillas, á las Ventas del Espíritu Santo, y mi juventud se despierta al son de un organillo, bailando un tango de *desmigue* personal en el arroyo. Leyéndolo, vuelvo á verme en un portal cualquiera de los barrios bajos madrileños, en noche de verano, de sandías y de melones al aire libre, oyendo chulaperías de la vecindad, que toma el fresco en la acera. Leyéndolo, río, gozo y me rejuvenezco. ¡Y son tan escasas las ocasiones de gozar, aunque son tantas las ocasiones de reir, que nos dan nuestros escritores!...

Como lector, yo tenía una deuda de gratitud con López Silva. Hace tiempo que deseaba darle públicamente las gracias por haberme amenizado la existencia.

LUIS BONAFOUX

París, Marzo de 1911.



ÍNDICE



University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

306631
LS
L8647c
Author López Silva, José
Title Chulaperías.
DATE. NAME OF BORROWER.

